

Biblioteca Studium

Ant. 10

ANTOLOGÍA DE POETAS
VALLISOLETANOS
MODERNOS

Al ilustre escritor D. R. Foulché Delbosc, su admirador y amigo

Narciso Alonso Cortés

ANTOLOGÍA
DE POETAS VALLISOLETANOS MODERNOS

CON PRÓLOGO DE

NARCISO ALONSO CORTÉS



BIBLIOTECA STUDIUM

VALLADOLID
B. de Ferrari, 4 & 6

HABANA
Neptuno, 35 & 37

De positiva conveniencia es la publicación de *Antologías,* donde el curioso encuentre en grupo á cierto número de poetas que, dispersos, podrían conocerse con dificultad. Por desmañado que sea el colector, como en el presente caso sucede, evita á lo menos el trabajo, insuperable muchas veces, de buscar los libros ó periódicos donde la producción de cada autor se contiene.

Si la antología es solamente de autores regionales, puede reflejar fielmente el peculiar temperamento literario de la región respectiva, patentizando todo el alcance de sus aptitudes. No ha de exigirse, claro es, que todos los autores comprendidos en una colección de este género tengan el mismo mérito, ya que al límite de la talla son pocos los que llegan; pero, sin perder de vista las naturales desigualdades, puede muy bien formarse una cabal idea del conjunto.

Con más ó menos vehemencia, en Valladolid no ha dejado de manifestarse nunca el gusto

hacia la poesía. Si en el siglo XV aparece algún ejemplo suelto, como el del bohemio Juan Poeta, hijo de «un verdugo é pregonero», que andaba recitando coplas por la corte de Nápoles, ó como el del famoso doctor Villalobos, nacido probablemente en estas tierras, y en quien el estro poético no corría ciertamente parejas con la donosura, luego aumenta de modo considerable el número de los servidores de las musas. Don Hernando de Acuña, soldado en el Piamonte, como Garcilaso, cultiva también, como éste, el *dolce stil nuovo* y compone rendidas poesías amorosas; Jerónimo de Lomas Cantoral entra igualmente en el coto de la escuela italiana, traduce á Tansilo y se ejercita en las églogas y elegías; Damasio de Frías y el doctor Pedro de Soria derraman sus sentimientos en acompasadas canciones; el regidor Pero López Enríquez de Calatayud trae á nuestra lengua *El nacimiento y primeras empresas de Orlando,* de Ludovico Dolce; el licenciado Pedro Sánchez de Viana cultiva el género didáctico y pone en versos castellanos las *Metamórfosis,* de Ovidio; el médico Alonso López, no contento con escribir una poética meritísima, compone poemas heroicos y versos líricos; Diego Alfonso Velázquez de Velasco, autor de una de las más valiosas imitaciones de *La Celestina,* refleja en sus odas religiosas toda la unción de los salmos; Suárez de Figueroa, el maldiciente y empecatado auditor que se entretenía en minar reputaciones, muestra su facilidad de versificador en lindas estancias y romances; Don Gabriel de

Corral emula brillantemente á los mejores epigramistas; muchos otros—la lista sería pesada—echan por los mismos caminos con afortunado éxito, sin dejar que se interrumpa un momento la tradición de los poetas vallisoletanos.

No se sostiene tan robusta, ni con mucho, en el siglo XVIII, porque logran preferencia los estudios históricos y científicos, y aparecen sociedades y centros de cultura, como la Academia Geográfico-Histórica y la de la Purísima Concepción. No obstante, la universidad vallisoletana, vivero perenne de sabios y poetas, sabe formar hombres como D. Nicolás Fernández Moratín y D. Félix María Samaniego, mientras que por la noble y vetusta Chancillería pasaba, en calidad de oidor, D. Juan Meléndez Valdés, dejando sentir su influencia en las letras locales. Ni faltaba algún poeta vallisoletano de reconocida significación y general fama, como D. Agustín de Montiano y Luyando, el clasicista autor de las tragedias *Ataulfo* y *Virginia,* y D. José Alonso Ortiz, abogado de nota, traductor español del falso Ossian, como lo fué también de *La riqueza de las naciones,* de Adán Smith.

Larra, Escosura, Gil y Carrasco, pisaron las aulas de la universidad vallisoletana en el primer tercio del siglo XIX. Diríase que aquella universidad estaba llamada á jugar un papel importante en la historia del romanticismo español, porque en los años de 1835, cuando éste comenzó á luchar con armas propias, cursaban sus estudios en ella algunos de los románticos más exaltados:

Pedro de Madrazo, que poco tiempo después, en *El Artista,* había de ayudar á su hermano Federico en su campaña á favor de la nueva escuela; Manuel de Assas, arqueólogo-poeta al modo de los Piferrer y los Quadrado; José Zorrilla, que iba encendiendo su poder imaginativo cabe las torres románicas de la Antigua y San Martín; Miguel de los Santos Alvarez, á duras penas privado por la vigilancia paterna de alistarse entre la bohemia literaria; Jerónimo Morán, acaso el más precoz de todos ellos; Ventura García Escobar, que, por el contrario, había de tardar algún tiempo en darse á conocer como poeta. Pocos años después vino á estudiar en la universidad, ó más bien á distinguirse por sus ingeniosas diabluras, el arevalense Eulogio Florentino Sanz.

Zorrilla, Alvarez, Morán y García Escobar eran vallisoletanos. Zorrilla, defraudando las esperanzas de su padre el antiguo relator de la Chancillería vallisoletana, se dedicaba á vagar por las iglesias y cementerios, á recorrer los pueblos próximos, especialmente el de Fuensaldaña, y á escribir versos patibularios «sobre las hojas del Vinnio y del Heineccio.» Así se engendraron los versos *A Elvira* y el espeluznante cuento *La Madona de Pablo Rubens*. No por eso dejó de prestar su concurso al periódico satírico *El Burro,* que fundaron varios escritores vallisoletanos para combatir la política imperante.

Miguel de los Santos Alvarez—*Miguel de los Infiernos,* como decía Villergas,—no pudo resistir

al cabo las excitaciones de sus amigos. Como Zorrilla, marchó á Madrid, y allí fué el gran amigo de Espronceda—cuyo *Diablo Mundo* continuó,—y dió gallardas muestras de su ingenio con obras como *María* y *La protección de un sastre.*

Jerónimo Morán tomaba parte activa—como Pedro de Madrazo,—en la academia de la universidad, con la lectura de poesías. Los periódicos locales elogiaban grandemente á aquel joven de diecinueve años que escribía ya composiciones como las tituladas *A Florinda, Las catacumbas, Zaida y Gonzalo* y el romance morisco *Zulma:*

En los floridos jardines
del rey moro de Granada,
Zulma de sus negros ojos
copioso llanto derrama...

Trasladado á Madrid, Morán supo mantener su fama y conquistarla también en el teatro. Hoy apenas se le recuerda como poeta; pero su preciosa *Vida de Cervantes* le ha asegurado un nombre estimadísimo.

García Escobar, nacido en Medina de Rioseco, no compartía aún con sus camaradas de estudios este género de triunfos; pero su alma iba incubando los gérmenes que habían de producir un poeta, más acaso que en sus mismas poesías, en los artículos sobre los templos y castillos de la provincia, insertos en el *Semanario Pintoresco Español.*

En Valladolid escribía también, y vallisoletano debía de ser, un José de Grijalba, que empezó colaborando en *El Piloto* y *El Entreacto* y tuvo luego entrada en otros importantes periódicos de Madrid. Sólo el no tener certeza absoluta sobre su pueblo natal, puede impedir su inclusión en esta *Antología;* que, en otro caso, sería muy digno de ello el autor de *La gloria del poeta* y *Don Jaime Ruiz de Arellano.*

Algo más joven, pero no menos romántico, fué Vicente Sáinz-Pardo. El romanticismo fué sin duda quien, como á Larra, llevó á Sáinz-Pardo al suicidio. Reputado ya como poeta, en un rapto de amor ó de locura puso fin á sus días, no sin escribir antes—como lo hizo más tarde el americano Manuel Acuña,—una poesía donde vertió todo el amargor de su corazón.

Entretanto otro poeta vallisoletano andaba haciendo el regocijo de lectores menos dados á cosas tristes: Juan Martínez Villergas. Con sus violentos escritos de sátira política, con sus romances y sus letrillas, Villergas logró una popularidad que muy pocos habrán alcanzado. Su pluma no respetó á grandes ni á chicos, y el ingenio que él malgastó en escritos de circunstancias, hubiera sido suficiente á surtir la vena de cualquier poeta festivo más metódico y regulado.

La hornada progresista dió á Valladolid cuatro poetas: Calvo Asensio, la Rosa González, Cazurro y Núñez de Arce. Sin pretender que los tres primeros—y menos aún Calvo Asensio,—

lleguen como tales á inconmensurable altura, es lo cierto que el último basta para compensar lo que á los otros les falte y para dar á un pueblo honor perpetuo. A través de los años, cuando la humareda de efímeras fogatas se haya disipado, podrá verse incólume y grandiosa la obra de Núñez de Arce, como sólido bloque que resiste los más fieros y pertinaces golpes.

Coincidiendo con la Revolución, hubo en Valladolid notable movimiento literario. Numerosos periódicos salieron al público, especialmente satíricos, y en ellos hicieron alarde sus redactores de una musa fácil y juguetona. José Estrañi—que, por dicha, todavía vive y conserva jugoso su gracejo,—fué incansable sostenedor de esta prensa, desde que en 1865 fundara *La Murga,* hasta que en 1877, á consecuencia de un artículo publicado en *La Mar Azul,* marchó desterrado á Santander. En 1872 se fundó la sociedad *La Casa de Cervantes,* que en la vieja vivienda del Rastro celebraba sesiones literarias, y con ella y con el lindo semanario *El Museo,* dirigido por el catedrático D. Eduardo de Ozcáriz, tuvieron ocasión de desenvolver sus facultades diferentes escritores, no todos vallisoletanos. Entre ellos figuraban los burgaleses D. Gregorio Martínez Gómez, hombre de muy escogida erudición, y D. Anselmo Salvá, que publicó luego, y sigue publicando, obras históricas preciadísimas; el alavés D. Fermín Herrán, crítico concienzudo del teatro echegarayesco; el montañés D. Albino A. Madrazo, que durante largo tiempo insertó

poesías en los periódicos vallisoletanos (1). De Valladolid eran D. Vicente Colorado, poeta más tarde escéptico y pesimista; D. Tomás Acero, versificador de cierta fluidez, y su hermano Don Nicolás, personaje originalísimo, autor de una *Teodicea* y de un estudio sobre *Ginés Pérez de Hita;* D. Martín Arroyo, gran aficionado á los *sonetos filosóficos* puestos en boga por Manuel del Palacio; D. Enrique Macho Quevedo, muy aplaudido en obras teatrales; D. Angel Alvarez Taladriz, cuya oratoria cálida y vibrante admiramos todavía hoy los vallisoletanos; D. Emilio Ferrari, que bien pronto sabría abrirse más amplios horizontes. Y no carecía Valladolid de escritoras como doña E. Feijóo de Mendoza, autora de una novela histórica, *El Puente Mayor,* muy amena y entretenida.

Ferrari publicó entonces muchas poesías, suscritas algunas con el anagrama *Ramiro Fierlei,* y que no llegó á coleccionar. Deseaba él, años más tarde, que las preservara de curiosas inquisiciones «el ángel alegórico del sueño eterno, puesto el dedo en la boca»; mas lo cierto es que el poeta brioso y expresivo, lapidario exquisito del verso, aparecía ya en muchas de ellas, como la

(1) Claro es que, no habiendo nacido en Valladolid, ninguno de estos poetas puede tener cabida en la presente antología, aunque alguno de ellos echara fuertes raíces en esta ciudad. Por la misma razón no figuran tampoco en ella, con mucho sentimiento mío, otros como Estrañi, Mariano Chacel — el amargo humorista que escribió la *Galería de retratos lúgubres,*—José Borrás, Andrés Torre Ruiz, Antonio Reglero y otros, siquiera su formación y actividades literarias correspondan á Valladolid.

titulada *En la soledad* y la leída en la casa de Cervantes, que luego se incorporó á sus obras completas:

> La Edad Media se hundió. Cual se derrumba
> gigante el árbol carcomido y seco,
> el feudalismo descendió á su tumba;
> en la campana comunera, el eco
> de la futura libertad retumba.

En 1875, gracias al esfuerzo de D. Mariano Pérez Mínguez, se reorganizó la sociedad *Casa de Cervantes,* que abrió sus puertas á nuevos literatos y poetas. Por entonces empezó á estrenar sus obras dramáticas Leopoldo Cano y Masas, que en breve plazo supo colocarse en la fila de los autores más aplaudidos, y recorrió en triunfo todos los escenarios de España.

Después, por los años en que el gran Macías Picavea dirigía *La Libertad,* surgieron otros poetas. Los periódicos *¡Velay!* (1885, 1888 y 1895), *Bocaccio* (1886), *Castilla* (1902) y otros de feliz recordación, sirviéronles de palenque para probar sus armas.

Apolo permita que la serie continúe y que la noble tradición no se interrumpa.

N. A. C.

La presente *Antología* comprende cierto número de poetas nacidos en Valladolid ó su provincia, y que han florecido desde los comienzos del siglo XIX. El recopilador ha procurado incluir á

los más conocidos dentro ó fuera de la región: de todas veras sentiría haber cometido involuntariamente alguna omisión de interés.

Precede á las composiciones una breve nota biográfica de cada poeta, meramente informativa y desprovista de todo carácter crítico.

Manuel Silvela

Nació D. Manuel Silvela en Valladolid, el día 31 de Octubre de 1781. Educóse en Avila, al lado de un tío materno, y en el Colegio de San Jerónimo de aquella ciudad cursó tres años de Filosofía. En la Universidad de Valladolid se graduó de Bachiller en Artes, y más tarde de Abogado.

Secretario de la Sociedad de Amigos del País é individuo de otras corporaciones, residió durante algún tiempo en Valladolid. Al acaecer la invasión francesa se trasladó á Madrid, y arrastrado por el ejemplo de su maestro Díaz de Lavandero y de algunos otros amigos, reconoció el gobierno de José Bonaparte y aceptó el cargo de alcalde de casa y corte, con que éste le agració. Entonces nació su amistad con D. Leandro Fernández de Moratín, no entibiada hasta el fallecimiento del ilustre autor de *La Comedia nueva.*

Fué luego nombrado individuo de la Junta Criminal de Madrid. Al evacuar nuestra patria las tropas de Napoleón, Silvela, como los demás afrancesados, tuvo que seguirlas. «El día desig-

nado para la partida—dice un autor—su casa se llenó de gente, queriéndole detener; muchas personas notables y de valimiento le aseguraban que no sería perseguido, y la *Gaceta* de 25 de Agosto de 1813, la quinta que se publicó en Madrid después de la salida de las tropas enemigas, y la primera que habló de la dominación francesa, decía: *¡Ah! Cuán doloroso debe sernos que la humanidad del incauto juez Silvela estuviese confundida con la tiranía de los F. y de los C.* En aquellos tiempos en que se agotaba el diccionario de nuestro idioma buscando las palabras más duras y los calificativos más infames, el mismo periódico oficial se contentaba con llamarle *incauto*. Es el mayor elogio que se puede hacer del Sr. Silvela.»

En Burdeos residió Silvela hasta 1827, procurándose la subsistencia con un colegio para españoles y americanos, al lado de Moratín y de D. Pablo Mendivil. Luego se trasladó á París, y allí murió el día 9 de Mayo de 1832.

D. Manuel Silvela fué padre del insigne hombre público D. Francisco Agustín, nacido también en Valladolid, y abuelo del no menos ilustre político D. Francisco, muerto hace pocos años. (1)

OBRAS

Compendio de la Historia antigua hasta los tiempos de Augusto (1843).—Fué editada por don Francisco Agustín Silvela. Comprende Egipto,

---

(1) V. Juan Ortega Rubio: *Vallisoletanos ilustres*, pág. 7-15.

Grecia, y con más extensión Roma. Tiene mapas basados en los de Rollin y el Conde de Segur.—*Obras póstumas* (1845).—2 tomos. Publicados también por D. Francisco Agustín. Comprenden: Discurso preliminar de la «Biblioteca Selecta de la Literatura Española». Noticias biográficas de varios autores incluidos en la misma. Correspondencia de un refugiado con un amigo suyo de Madrid. Sentencias. Vida de Moratín. El Reconciliador (comedia). D. Simplicio de Utrera (íd.). Poesías varias.

A la muerte de D. Leandro Fernández de Moratín

Comœdia luget, scœna est deserta,
Deinde risus, ludus jocusque et numeri.
Innumeri simul omnes collacrimarunt.
Varrón, *á la muerte de Plauto.*

Al ronco són de su funesta trompa
De la rica Lutecia en los confines
Su vuelo remontando, *«murió Inarco,»*
Grita la Fama, y Eco lastimera
De valle en valle triste resonando,
«Murió» repite. De Yalemo el canto,
De la elevada cima del Pirene
A las columnas de Hércules famoso
Con dolorido acento entona el ibero,
Y uniéndose á su voz, fúnebre coro
Forman con él el lusitano, el galo,
Los de Albión, los del Danubio y Tíber...
Crece el clamor... á Oriente se difunde;
Ni exento queda de Coricia el antro...
En su sagrado cóncavo retumba
El general lamento. Presurosa
Huye Talía la festiva danza,
Y en luto su alegría convirtiendo,
Desceñida el talar, suelto el cabello,
Desde la cumbre del Parnaso al Sena
Desciende en raudo vuelo, y sollozando,
Entre la tumba de Molière é Inarco,

Que inefable destino juntar quiso,
Pone llorosa su ligera planta.
Allí desnuda sus divinas sienes
De la corona que su frente ornara...
En menudos fragmentos la deshoja
Girando en torno del recinto santo...
«¡Mortales! Si acatáis el númen mío,
Aquí el ara erigid, mi templo sea!»
Dijo, y con paso trémulo se acerca,
Y de la yerta mano de su Inarco
Lanzando un ¡ay! su máscara recoge,
Que allá, del Manzanares en la orilla,
Dulce imprimiendo su ósculo divino,
Risueña le entregó, sólo á Menandro,
A Terencio, á Molière antes cedida,
Y en enlutado carro desparece.

Epigramas

A. Geroncio

¿Conque haces versos latinos,
Y en griego estás traduciendo
El *Bernardo* de Balbuena,
Y tu traducción es buena
Y tus versos son divinos?
Sigue, Geroncio, escribiendo;
Embarra papel y tinta,
Pon el *Quijote* en caldeo;
Vierte al siriaco la *Aminta*...
Con griego, latín y hebreo
Y erudición tan distinta,
¡Cuán feliz, Geroncio, fueras,
Cuán feliz, si no tuvieras
De tonto más que la pinta!

Al falso saber de la edad nuestra

El duelo, que en nuestros padres
Era estúpida rudeza,
En nosotros es de luces,
De grandes luces la prueba.
La ignorancia... Si... no hay duda,
Fué el mal de la edad pretérita.
¿Qué va que el de la presente
Es la demasiada ciencia?

Al que tenga de vidrio su tejado

Por quince dias que debe
De cuarto, servicio y cama,
A un poeta, en su buhardilla,
Un escriba inventariaba
De su tísica maleta
Los trapos que le quedaban.
Él, entretanto, en cortarse
Las uñas el tiempo pasa...
¡Tris!... y una de los pulgares
Del dedo á los autos salta.
—Item— dice el alguacil,—
Un peine grande de asta.
—¡Hola, señor don corchete!
¿Le gustan los epigramas?
Pues aprovéchese de éste
Que el poeta le regala.
Mis uñas crecen ociosas
Mientras yo compongo octavas.
¡Cuántos hay que no las tienen
A fuerza de ejercitarlas!

A M. de F.

Versos compone Fonteyo
En diez lenguas extranjeras.
Como no escriba en la suya,
Démonos la enhorabuena.

A Aulicovilio

Sufrió de la fortuna los vaivenes
Cervantes pobre, y se murió de hambriento.
¡Feliz, Aulicovilio, tú que tienes
Puesto en la rabadilla tu talento!

Juan Martínez Villergas

Villergas, el satírico español de más notoriedad en el siglo XIX, nació en Gomeznarro el día 8 de Marzo de 1816. Fueron sus padres D. Manuel Martínez y D.ª Vicenta Villergas.

En 1834 pasó á Madrid, donde vivía un tío suyo, y después de estar empleado algún tiempo en la Contaduría de Rentas, y de empuñar el fusil de miliciano nacional, dióse á conocer como escritor. Desde el primer momento se dedicó á la sátira, tanto política como literaria.

La publicación de su violento folleto en verso *El baile de Piñata* le obligó á salir ocultamente de Madrid. Más tarde fundó su periódico *El Tío Camorra* — suprimido por una real orden — y escribió sin descanso poesías, cuentos y obras dramáticas. A consecuencia de sus dos libros *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez* y *Desenlace de la guerra civil,* se vió

envuelto en un proceso, y después de seis meses de cárcel tuvo que emigrar á Francia.

De regreso á los dos años en Madrid, continuó dando á la imprenta folletos y periódicos satíricos. A fines de 1854 fué nombrado cónsul de España en Newcastle, y más tarde en Haití; pero invalidado este último nombramiento, quedóse Villergas en la Habana, en situación no poco apurada. Su renombre literario le abrió, sin embargo, las puertas en la capital de Cuba, y fundando primero *La Charanga* y después *El Moro Muza,* continuó sus campañas satíricas. Durante algún tiempo residió en Méjico.

Desde entonces la vida de Villergas transcurrió en viajes contínuos de Cuba á España y de España á Cuba. Allí resucitaba su *Moro Muza,* sustituído luego por *Don Circunstancias,* y sostenía enérgicas campañas patrióticas; aquí daba al público, bajo el título de *Jeremías,* otro periódico satírico. En 1872 fué elegido diputado por Alcañices.

Una de las veces que estuvo en Cuba — en 1874—prolongó sus correrías por toda la América del Sur: costeó la Argentina, traspuso el estrecho de Magallanes, visitó las poblaciones de Valparaíso y Santiago, y continuó hasta llegar á Lima. Su situación pecuniaria llegó á ser tan crítica, que se vió obligado á dar lecciones de matemáticas en el pueblo peruano de Huacho. Fué entonces cuando, divulgado el hecho por España y repúblicas americanas, se abrió en su favor una suscripción, encabezada por Alfonso XII y fa-

milia real, y que produjo unos cuantos miles de duros.

Murió Villergas en Zamora, el día 8 de Mayo de 1894 (1).

OBRAS

Poesías jocosas y satíricas (1842).—*La Ingratitud, Musa X... Sátira* (1842).—*El baile de las brujas. Poema fantástico-político* (1843).—*El baile de Piñata* (1843).—*Ir por lana y volver trasquilado.* Comedia (1843).—*El padrino á mojicones.* Comedia (1843). — *Pedro Fernández.* Comedia (1844).—*Carta del Cuco al Coco* (1844).—*El Cancionero del Pueblo.* Colección de novelas, cuentos y canciones originales en prosa y en verso. (En colaboración con D. Wenceslao Ayguals de Izco.—1844).—*Los misterios de Madrid.* Novela (1844-45). — *Sotillo.* Comedia (1845). — *Soto.* Comedia (1845). — *Soto mayor.* Comedia (1845). — *Palo de ciego.* Comedia (1845).—*Los políticos en camisa* (en colaboración con Ribot y Fontseré.—1845-47). —*Los siete mil pecados capitales.* Poesías (1846). —*Todo se queda en casa.* Comedia (1847).—*El Tío Camorra.* Periódico (1847-48). — *Espartero* (en colaboración.—1848).—*Los amantes de Chinchón.* Parodia de Los Amantes de Teruel (en colaboración con Príncipe, Larrañaga, Eduardo Asquerino y Gabriel Estrella.—1848).—*Historia de Bertoldo, la de su hijo Bertoldino y la de su nieto*

(1) V. Narciso Alonso Cortés: *Juan Martínez Villergas*, 1 vol. 8.°, 217 páginas.

Cacaseno. Notas y un apéndice por Villergas (1849).—*El quid de la dificultad* (1850). Quedó en publicación.—*Carta acerca del drama «Isabel la Católica»* (en colaboración con Ribot.—1850).—*Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez* (1851).—*Desenlace de la guerra civil* (1851).—*Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera* (1853).—*El Correo de Ultramar.* Periódico (1853-54).—*Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos* (1854).—*El Látigo.* Periódico (1854).—*Apuntes para un drama* (1855).—*La Charanga.* Periódico (1857-58).—*Me lo ha dicho la portera.* Comedia (en colaboración con D. Laureano Fuentes, 1858).—*Colección escogida de artículos literarios y de costumbres* (1858).—*D. Junípero.* Periódico (1858).—*El Moro Muza.* Periódico (1859-61, 1862-64, 1867-68, 1869-71, 1874-75).—*La vida en el chaleco.* Novela (1859).—*Jeremías.* Periódico (1866, 1869).—*Varias piezas cómicas.* (Contiene *El Alcalde de Berlanga, Ir por lana y volver trasquilado, El padrino á mojicones* y *El Asistente.*—1868).—*Los Espadachines.* Novela (1869).—*Al ciudadano J. Rispa y Perpiñá.* Epístola (1872).—*Antón Perulero.* Periódico (1875-76).—*Estudios geométricos* (1878).—*Don Circunstancias.* Periódico (1879-81, 1884, 1888).—*La Unión Constitucional.* Periódico (1888).

Soneto [1]

Mandó el tío Antonio, el ciego, al lazarillo
Que si su tabernera conocida
No llenaba fielmente la medida,
Le diese un golpecito en el tobillo.
Fueron á la taberna, y el chiquillo
Hizo luego la seña convenida;
Y aquél gritó con voz descomedida:
«¿Por qué no llena usted ese cuartillo?»
Viendo la tabernera que no era
El dicho ningún falso testimonio,
Contestó: «Crea el diablo en tu ceguera.»
«¡Bastante ciego soy (dijo el tío Antonio);
Pero es usted capaz, tía tabernera,
De hacer abrir los ojos al demonio!»

La confesión

Con los ojos arrasados
en lagrimones, María
á su confesor decía
sus culpas y sus pecados.
¿Por qué de tan triste duelo
no pudo estar al abrigo?
¿Halló, cuitada, el castigo
donde buscaba el consuelo?

---

(1) Este soneto fué la primera composición de Villergas que vió la luz pública.

Lo que tengo averiguado
es—y entro ya en el asunto,—
que al llegar á cierto punto
sin duda asaz delicado,
gimiendo, fuera de sí,
mas descansando en la fe:
—¡Señor!—exclamó—¡Pequé!
¡tened compasión de mí!
Quiera Dios, y no el dios Baco,
perdonar mi desvarío,
porque... ¡Jesús, padre mío,
cómo huele usté á tabaco!
El cura, con ceño torvo,
—Huelo—contestó,—lo sé,
porque me gusta el rapé.
Y agregó, tras dar un sorbo:
—Diga, joven, lo que quiera,
que todo ello será nada.—
Y la niña, sosegada,
prosiguió de esta manera:
—Ya que es usted tan clemente,
diré, ajena á la falacia,
que un vecino, por desgracia,
tengo en la casa de enfrente.
Siéntale bien la levita,
y es tan gallardo y buen mozo,
que yo me muero de gozo
cada vez que él me visita.
De verle tan currutaco
hasta siento escalofrío.
Pero... ¡Jesús, padre mío,
cómo huele usté á tabaco!
—Sí, mujer, ya sé que huelo
—tornó el cura á contestar.—
Conque... puedes continuar
tu relación sin recelo.—

Llegó el trance en que debía
la niña hablar sin rebozo,
y dijo, tras un sollozo
que del alma la salía:
—Puesto, señor, que no escasa
encuentro su compasión,
sepa que el mozo en cuestión
estuvo ayer en mi casa;
donde los dos, rozagantes,
girando cual mariposas,
nos dijimos... esas cosas
comunes en los amantes.
Cuando Paco (porque Paco
se llama el galán impio...)
Pero... ¡Jesús, padre mio,
cómo huele usté á tabaco!
—¡Otra vez!—replicó el cura—.
Chica, no seas tenaz;
tengamos la fiesta en paz
y acabar luego procura.—
Ella, de tales enojos
sintió ser causa notoria,
y así continuó su historia
con lágrimas en los ojos:
—En vano busqué maneras
de esquivar las malandanzas;
el trato admite esas chanzas
que suelen parar en veras.
Quise, hasta en puntos y comas,
corregir al pecador;
pero no pude, señor,
que también gusto de bromas.
Y conociendo mi flaco
y temiendo un extravio...
Pero... ¡Jesús, padre mio,
cómo huele usté á tabaco!—

La pesadez era ruda.
Miró el hombre á la taimada
penitente, y agotada
ya su paciencia, sin duda:
—¡Basta—gritó descontento,—
alumna de Belcebú!
A otra cosa hueles tú
desde que empezaste el cuento.
Nunca por ello pensara
darte imprudentes chacotas,
y una falta que en mí notas
me la estás echando en cara.—
Por fin la santa indulgencia
consiguió luego vencer,
tanto que, tras de imponer
una floja penitencia,
tomó el padre un nuevo polvo,
y para no ser prolijo:
—Cuidado con otra—dijo,—
ya que de ésta... *ego te absolvo.*

Letrilla

Que al que hace un gran sacrificio
del procomún en servicio,
su recompensa le den,
parece bien.
Mas saciar al de uñas largas
que debe llevar á cargas
los nabos á Fuencarral,
parece mal.

Que á bien morir se prevenga
mujer que ya casi tenga
la edad de Matusalén,
parece bien.

Pero que aspire al deleite,
porque el pincel y el afeite
borren su aspecto feudal,
parece mal.

Que algún interés el rico
gane, cuando presta un pico
á los que pobres se ven,
parece bien.
Mas que usurero malvado,
al recoger lo prestado,
triplique su capital,
parece mal.

Que, viendo el semblante cuco
de Rita, yo diga: «truco»
y ella me responda: «amén»,
parece bien.
Pero que de mi embeleso
costar deba cada beso
lo que vale un rico chal,
parece mal.

Que al soldado, si es valiente,
como al cabo, ó al teniente,
se le premie á tutiplèn,
parece bien.
Pero que, en jornada larga
ó corta, lleve la carga,
y la gloria el general,
parece mal.

Que, pues honran á Castilla,
se aplauda á Larra, á Zorrilla,
á Campoamor y otros cien,
parece bien.

Mas que por eso perversos
versos publique y más versos
tanto soberbio animal,
parece mal.

Que al finchado mozalbete
que la echa de matasiete,
se trate con gran desdén,
parece bien.
Mas que, si en brillar se emperra,
dando á los vecinos guerra,
no le pongan un acial,
parece mal.

Que otro encaje en una obra,
si imaginación le sobra,
de versos un almacén,
parece bien.
Mas que, de mi audacia en muestra,
prolongue yo esta menestra
tan sin salero y sin sal,
parece mal.

Romance

¡Válgame Dios, Periquillo!
tanta gresca y tanta bulla
para hacer caer á Inés
en la amorosa coyunda.
Para tamaña ignorancia
¿de qué sirve lo que estudias?
¿O es timidez lo que el goce
de tus deseos perturba?

¿No sabes, pobre, que á causa
de tantas guerras sañudas
tocamos á tres por barba
los hombres, y no son muchas?
¿No sabes que hay solteronas
que de enamoradas bufan
y al que no piden le piden
y al que se pierde le buscan?
Tiende la red, Periquillo,
por la solteríl laguna,
que, si no pesca besugos,
no la sacarás sin truchas.
Arremángate, Perico,
y no te se olvide nunca
que son pocos los que cogen
peces á bragas enjutas.
No te espanten los reveses
que por atrevido sufras,
ni el ceño de ciertas damas,
ni los sofiones de algunas.
Que un clavo saca otro clavo,
dolor con dolor se cura.
Baila tú si bailan ellas.
¿Refunfuñan? Refunfuña.
Sé para las locas loco,
para las traidoras Judas,
para las agrias vinagre,
para las dulces azúcar.
Si son calladas, no chistes,
si son parleras, no escupas,
y si te se muestran tercas
ten la cabeza muy dura.
No acudas donde no vayan,
no faltes adonde acudan,
baila con ellas si puedes,
mas no galop ni mazurca:

un pausado rigodón
te da ocasión oportuna
para charlar, mientras otros
se lucen en la figura;
ó da dos vueltas de wals
apretando sin excusa,
con la derecha el costado,
la derecha con la zurda.
Aunque baile mal tu dama
y trote como una mula,
dila: «Baila usted muy bien;
pesa menos que una pluma».
Llámala nieve, aunque sea
su tez como una aceituna,
y aunque mientas como un bruto
di que sus ojos relumbran.
Ella dirá que es favor
y exclamará: «Usted se burla».
Entonces vuelve á la carga,
que es prueba de que la gusta.
Si con ternura la miras,
te mirará con ternura;
dala un apretón de mano,
que ella apretará la tuya.
Y con esto y un suspiro,
guiñala y está segura,
porque si es muda la lengua,
nunca una mirada es muda.
Esto, Perico, te encargo
cuando esté virgen la fruta,
mas no con las recatadas,
de puro catadas, viudas.
Estas son algo más blandas;
por eso son más impuras,
porque la más blanda breva
más pronto se despachurra.

Luego, como acostumbradas
á domar nuestra bravura,
te harán rodar como bola
sin que te valga la bula.
Y aunque fuera su marido
más malo que el moro Muza,
siempre estará recordando
su virtud y su sandunga.
No hay escape; si no quieres
que á las barbas te se suba,
la has de atizar, á lo zorro,
de cuando en cuando una zurra.
Muchas cosas, Periquillo,
dijera mi pobre pluma;
pero la maldita mesa
se me clava en la pechuga;
y se agota mi paciencia,
y me voy quedando á obscuras,
y se me acaba la tinta
y se me cansa la pluma.

Epigramas

Una viuda y un cesante
fueron por la bula juntos.
No hizo más el despachante
que mirarles al semblante...
y se la dió de difuntos.

Cierto escultor, no afamado,
pero de numen travieso,
hizo un San Antón de yeso
poniendo su cerdo al lado.
Y entrambos, en un renglón,
explicó, prudente y cuerdo,

cuál de los dos era el cerdo
y cuál de ellos San Antón.

Aquí disfrutan sosiego
un cursante en cirugía
y un veterinario lego.
Uno *erraba* á sangre fría
y el otro á frío y á fuego.

Tanto quisieron tirar
del coche del rey Fernando
los realistas de un lugar,
que, segura de volcar,
iba la reina temblando.
—¡Alto!—Fernando exclamó;
mas, como iban desbocados,
y nadie le obedeció,
gritóles con furia: –¡Sooooo!—
y se quedaron clavados.

De tantas visitas harto,
se acostó el médico Juan,
y al irse á dormir... ¡tan! ¡tan!
llamáronle para un parto.
Abrió el hombre la ventana
y gritó con torvo ceño:
¡Diga usté que tengo sueño!
¡Que lo deje hasta mañana!

«¡Ministros!» gritó Pulido.
«¡Que fusilados se vean
todos los que ya lo han sido
y cuantos serlo desean!»
A lo cual yo responder
supe, diligente y serio:

«¡Pero hombre, usted quiere hacer
de la patria un cementerio!»

«¿Qué es lo que más te ha gustado
de mi libro?», al buen Trifón
preguntó un autor finchado;
y al punto el interrogado
dijo: «La encuadernación.»

A ojos cerrados, Gaspar
distinguió—¡ved qué primores!—
cuantos vinos y licores
se quiso hacerle probar.
Mas diéronle agua después
y exclamó muy sorprendido:
«¡Diantre! Me doy por vencido,
pues esto... no sé lo que es.»

Un alcalde mentecato,
allá en un pueblo del norte,
dijo, al ver mi pasaporte:
«¿Qué es eso de *literato?*»
A lo cual yo contesté,
como si hablase de veras:
«Fabricante de literas»,
y así le tranquilicé.

A Ruiz escribió Quirós
saturado de ilusiones:
«Tengo dos hijos varones,
del sexo fuerte los dos.»
«Protéjate siempre Dios
(aquél contestó ladino),
ya que á mí sólo el destino,
que tantas dulzuras siembra,
me ha dado una hija... hembra...
del género femenino.»

José Zorrilla

Don José Zorrilla, el gran poeta español del siglo XIX, nació en Valladolid el día 21 de Febrero de 1817. Fueron sus padres D. José Zorrilla, funcionario en la Administración de Justicia, y D.ª Nicomedes del Moral.

Pasó algunos años de su niñez, por traslados de su padre, en Sevilla y Madrid, asistiendo en este último punto como alumno al Colegio de Nobles. Desterrado aquél á raiz de los sucesos políticos de 1832, á Torquemada y Lerma le siguió su hijo José, que poco después, ya en edad de incorporarse á la grey estudiantil, cursó algunos años de Derecho en Toledo y Valladolid. Pero su imaginación no se acomodaba al prosaísmo de las leyes: al regresar á Lerma en cierta ocasión, apoderóse de una yegua que libremente pastaba en el campo, y tomó el camino de la corte.

El conocidísimo episodio de los versos que Zorrilla, todavía mozalbete de veinte años, leyó en el entierro de Larra, le abrió las puertas de la

gloria. En el mismo año de 1837 publicó su primer tomo de poesías, al cual siguieron muy pronto otros seis.

En estos volúmenes se hallan las más bellas composiciones líricas del poeta: *Indecisión, El día sin sol, La duda, Gloria y orgullo...* Allí también algunas de esas admirables leyendas que exhalan el aroma de la tradición: *Para verdades el tiempo, A buen juez mejor testigo, Recuerdos de Valladolid, Príncipe y Rey, Las dos rosas, El Capitán Montoya, Justicias del Rey Don Pedro, El Escultor y el Duque...* Y sin interrupción fueron tras éstos otros libros de versos — *Cantos del trovador,* entre ellos, — y numerosas obras dramáticas.

En 1846 fué Zorrilla á Francia, de donde hubo de volver bien pronto por la muerte de su madre; pero, trasladado de nuevo á Burdeos y París, vendió á la casa Baudry la propiedad de sus obras y adquirió la amistad de hombres como Dumas, Musset, Gautier, etc. Otra vez, al morir su padre, vino á España y pasó algún tiempo en su casa solariega de Torquemada; en 1855, tras corta estancia en París, se embarcó para Méjico, y allí disfrutó la decidida protección y el afecto del desdichado emperador Maximiliano. Antes había escrito su grandioso poema *Granada.*

En 1866, después de once años de ausencia, volvió Zorrilla á España. Sin dejar de producir, aunque no con la febril actividad que en su primera época, vivió casi de continuo en Cataluña hasta 1881. Después trasladó la residencia á

Valladolid, y últimamente á Madrid. En Junio de 1889 fué solemnemente coronado en Granada.

El día 23 de Enero de 1893 bajó al sepulcro Zorrilla, el poeta asombroso que, como dice Menéndez Pelayo, «será querido y admirado mientras lata un corazón español y mientras no se extinga la última reliquia del espíritu de raza».

OBRAS

Poesías (1837-40).—*Más vale llegar á tiempo que rondar un año*. Comedia (1838).—*Vivir loco y morir más*.—*Juan Dandolo*. Drama. (En colaboración con García Gutiérrez.—1839).—*Ganar perdiendo*. Comedia (1839).—*Cada cual con su razón*. Comedia (1839).—*Lealtad de una mujer y aventuras de una noche*. Drama (1840). —*El Zapatero y el Rey*. Primera parte (1840). —*Id.* Segunda parte (1841). — *Cantos del Trovador*. Colección de leyendas y tradiciones históricas (1841).—*Libro de la juventud*. (Trad. de Silvio Pellico en colaboración con D. Francisco Pareja y Alarcón.—1841).—*Apoteosis de D. Pedro Calderón de la Barca*. Loa (1841).— *Vigilias del estío* (1842). —*Los dos Virreyes*. Drama (1842).—*El caballo del rey D. Sancho*. Drama (1842).—*Sancho García*. Tragedia (1842). —*El eco del torrente*. Drama (1842).—*Caín, pirata*. Cuadro de introducción á *Un año y un día* (1842). —*Un año y un día*. Drama (1842).—*El molino de Guadalajara*. Drama (1843).—*El puñal del godo*. Drama (1843).—*La mejor razón, la espada*. Comedia (1843).—*La oliva y el laurel*. Alegoría (1843). — *Sofronia*.

Tragedia (1843).—*Recuerdos y fantasías* (1844).—*Don Juan Tenorio*. Drama (1844).—*La copa de marfil*. Tragedia (1844).—*La azucena silvestre*. Leyenda (1845). — *El desafío del diablo* y *Un testigo de bronce*. Leyendas (1845).—*El alcalde Ronquillo*. Drama (1845).—*Alhamar el Nazarita* (1847). — *La calentura*. Drama (1847). — *El rey loco*. Drama (1847). – *La reina y los favoritos*. Drama. — *Ofrenda poética al Liceo Artístico y Literario* (1848).—*El Excomulgado*. Drama (1848).—*La creación y el diluvio*. Espectáculo teatral (1848). — *María*. Corona poética de la Virgen. (En colaboración con D. H. García de Quevedo. 1849). — *Traidor, inconfeso y mártir*. Drama (1849).—*Un cuento de amores*. (En colaboración con D. H. García de Quevedo.—1850).—*Cuento de cuentos* (1851).—*Granada*. Poema oriental (1852).—*Cuentos de un loco* (1853).—*La flor de los recuerdos* (1855).—*La rosa de Alejandría*. Leyenda (1857).—*Dos rosas y dos rosales*. Leyenda. (1859). *El drama del alma* (1867).--*Album de un loco* (1867).—*Ecos de las montañas* (1868).—*Las almas enamoradas* (1868). — *Entre clérigos y diablos, ó el Encapuchado*. Drama (1870).—*Lecturas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid* (1877).—*Recuerdos del tiempo viejo* (1880-83).—*La leyenda del Cid* (1882).—*El cantar del romero* (1883). — *La leyenda de Don Juan Tenorio* (1885). —*¡Granada mía!* (1885).—*Gnomos y mujeres* (1886).—*A escape y al vuelo* (1888).—*De Murcia al cielo* (1888). — *Mi última brega* (1888). — *El Tenorio bordelés* (1897).—*Ultimos versos* (1908).

Introducción

á los «Cantos del Trovador»

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
que henchidas de perfume se perdían
entre los lirios y las frescas rosas
que el huerto ameno en derredor ceñían?
Las brisas del otoño revoltosas
en rápido tropel las impelían,
y ahogaron la estación de los amores
entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
en torno de la antigua chimenea,
y acaso la ancha sombra recordamos
de aquel tizón que á nuestros pies humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
que pase la estación adusta y fea,
en pereza febril adormecidos
y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
nos lanzamos doquier, y orgias sonoras
estremecen los ricos aposentos
y fantásticas danzas tentadoras;
porque antes y después caminan lentos
los turbios días y las lentas horas,
sin que alguna ilusión de breve instante
del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
sueños de oro y de luz, mi dulce vida,
no os dejaré dormir en los salones
donde al placer la soledad convida:
ni esperar revolviendo los tizones
el yerto amigo ó la falaz querida,
sin que más esperanza os alimente
que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
venid, yo halagaré vuestra pereza,
niñas hermosas que morís de amores,
venid, yo encantaré vuestra belleza;
viejos, que idolatráis vuestros mayores,
venid, yo os contaré vuestra grandeza;
venid á oir en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el trovador que vaga errante:
si son de vuestro parque estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante;
que yo sé de los bravos caballeros,
la dama ingrata y la cautiva amante,
la cita oculta y los combates fieros
con que á cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores;
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines:
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines,
y el lirio azul incógnito y campestre
que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, arpa sonora!
¡Baja á mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que ha nacido la creencia;
respetaré su ley y sus altares;
en su desgracia, á par que en su opulencia,
celebraré su fuerza ó sus azares,
y fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía!...
Yo cantaré tus olvidadas glorias:
que en alas de la ardiente poesía,
no aspiro á más laurel ni á más hazaña
que á una sonrisa de mi dulce España.

Gloria y orgullo

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna
sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalos de indolentes sibaritas
que velas el harén de las mujeres,
opio letal que el sueño facilitas
al ebrio de raquíticos placeres.

¡Lejos de mí! No basta á mi reposo
el rumor de una fuente que murmura,
la sombra de un moral verde y pomposo,
ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
del báquico festín, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa,
ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
tengo aliento de estirpe soberana;
por llegar á gigante, enano vivo;
no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella»
y descender estúpido al olvido;
amo la vida porque sé por ella
al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
brota en mi corazón ardiente llama;
luz de mi sér me abrasa la memoria,
voz de mi sér inextinguible clama.

¡Gloria, ilusión magnífica y suprema,
ambición de los grandes en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraíso!

Nada es sin ti la despreciable vida,
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;
sólo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma
que el noble orgullo con su aliento agita,
en blando insomnio se adormece el alma,
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora;
por ti el hinchado mar hiende el marino;
por ti en su gruta el penitente llora,
y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió á sus reyes,
y lidia agora con porfía insana,
no por esas que ignora pobres leyes;
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor á una querida;
porque tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre,
porque tal vez, entre la tosca hiedra,
otro día, al pasar, le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla,
su cifra indiferente, mientras vela,
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma,
por ti con templos y palacios pisa;
por ti su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió á Corinto;
por ti la sangre en Maratón se orea;
por ti una noche. con aliento extinto,
tumba Leonidas demandó á Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
y álzanse torres con tenaz porfía;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche obscura
sobre un volumen carcomido y roto,
y un mañana me sueño de ventura,
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando són del agua me adormece,
y entre pardos y errantes nubarrones
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menea,
de la tórtola triste el ronco arrullo
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
los antiguos y góticos castillos,
y el granizo se estrella en sus cristales
ó azota sus escombros amarillos.

¡Oh! Si sentís esa ilusión tranquila;
si creéis que en mis cánticos murmura
ya el aura que en los árboles vacila,
ya el mar que ruge en la tormenta obscura;

si al son gozáis de mi canción, que miente
ya el bronco empuje del errante trueno,
ya el blando ruido de la mansa fuente
lamiendo el césped que la cerca ameno;

si, cuando llamo á las cerradas rejas
de una hermosura á cuyos pies suspiro,
sentís tal vez mis amorosas quejas,
y os sonreis cuando de amor deliro;

si, cuando en negra aparición nocturna
la raza evoco que en las tumbas mora,
os estremece en la entreabierta urna
respondiendo el espíritu á deshora;

si lloráis cuando en cántico doliente,
hijo extraviado, ante mi madre lloro,
ó al cruzar por el templo reverente
la voz escucho del solemne coro;

si alcanzáis en mi pálida mejilla,
cuando os entono lastimosa endecha,
una perdida lágrima que brilla
al brotar en mis párpados deshecha;

todo es una ilusión, todo mentira,
todo en mi mente delirante pasa;
no es esa la verdad que honda me inspira;
que esa lágrima ardiente que me abrasa

no me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia.
¡Es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! ¡Madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza,
cercado de paisajes halagüeños!

¡Dame ilusiones, dame una armonia
que arrulle el corazón con el oído,
para que viva la memoria mia
cuando yo duerma en eternal olvido!

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
fábulas sin color, forma ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo,
templo en mi corazón alzaros quiero;
que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero.

Introdución á la «Leyenda del Cid»

III

¿Quién soy?—¡Quién sabe!—Mi sér ignoro:
mas de armonía guardo un tesoro:
y siendo armónica mi condición,
átomo suelto, libre, sonoro,
donde hallo un eco produzco un són.
Y ya se exhale de un arpa de oro,
ya de una ermita del esquilón,
ya del aullido de un muezzín moro,
ya de las turbas en rebelión,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe...
ya del bramido del aquilón
que el roble añoso crugiendo abata,
que atorbelline la catarata,
que los peñascos de la mar bata
ó los cimientos de un torreón,
cuanto á mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,
en mí una fibra tocando armónica
encuentra unísona repetición;
y el són más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria ó una canción.
Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,

en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,
en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripción;
en algo móvil que no haga ruido,
en algo oculto que dé un sonido,
en algo ha mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta ó explicación.

Con una brisa que el aire plega
de una neblina que el aura azula,
hago un relato que se despliega
de todo un libro por la extensión,
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se recula,
ya sobre él pasa, ya no le llega,
ya se derrama, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,
ya en un remanso creciendo ondula,
ya sobre el musgo de un coto salta,
ya de menudas gotas le esmalta
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera
hasta que, escaso de agua y de són,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorción.

Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nimia suposición,
campo y escena de cuentos hago
dó mis delicias pongo en acción.

Yo soy como la hormiga:
doquier recoge

el granillo y la espiga
para su troje;
y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

IV

¿Quién soy?—¿Cuál es mi sino?
¿Quién sabe? Peregrino
que gira sin camino
del mundo en derredor,
lo mismo en los sillares
dó apoyan sus pilares
los domos seculares
del templo del Señor,
que al pie de los lentiscos
de los agrestes riscos,
donde hace sus apriscos
el mísero pastor,
recojo los cantares
y cuentos populares
que narra en sus hogares
el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.
Yo hago una historia de una patraña,
que oigo á la ciega superstición
contar al fuego de una cabaña
de un aguacero de invierno al són.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relación,
y á los palacios y á los castillos
voy á hacer luego su narración.
Mas por doquiera voy anudando
con almas tiernas honda afección;

y por doquiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazón.
Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales;
y á su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

V

¿Quién soy?—¿Quién lo sabe?—Yo mismo lo ignoro.
Creyente sincero del Dios en quien fío,
á él solo me humillo, y á él solo le imploro,
doquier le he hallado velando en bien mio;
doquier le bendigo, le canto y le adoro;
doquier sus creencias evoco con brio;
cantar mi fe firme no tengo á desdoro:
no tengo del pobre vergüenza ó desvío,
mi pan con él parto, su mal con él lloro:
y no me da nunca recelo ni hastío
su sórdido traje, su oscura mansión.
Los más escondidos rincones exploro,
y en todos á todos mi fe les confío,
contando á los unos un cuento sombrío
y haciendo con otros ferviente oración.
Tal es mi destino: sin oro ni hogares,
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,
mi herencia son sólo mi fe y mis cantares
doquier que me lleva mi fe por el mundo,
y allí donde un día mi espíritu mora,
yo soy el consuelo del alma que llora:
yo cierro las llagas que el tiempo no cura
con bálsamo suave de amor y ternura:

yo riego la herida que encona la ausencia
de dulces recuerdos de amor con la esencia;
y á mí me confían su afán y sus cuitas
las almas que abrigan pasiones secretas
á eterno silencio y misterio sujetas,
y cuyas historias conservo yo escritas.
Yo vivo con esas: yo sé sus azares:
yo lloro con ellas su afán y pesares,
yo parto con ellas su oculta aflicción:
y cuando abandono por fin sus hogares,
la hiel de sus penas las vuelvo en cantares
y mi alma las mando bajo una canción.
Yo soy como las nubes,
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores;
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

VI

¿Quién soy?—Tú no lo ignoras, ¡oh patria á quien [adoro!
tú, cuyas tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya afición y estima son mi único laurel:
tú, que eres sola el germen de mi cantar sonoro,
que para ti acompañan el pastoril rabel,
el caracal marino y el tarabuk del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.
Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar,

y voy, á mi fe mártir, mas fiel á mi destino,
á España por doquiera cantando sin cesar;
y por doquiera francos encuentro en mi camino
amigos que me esperan y hospitalario hogar.

Como un ave de paso
que nunca anida
y que vuela al ocaso
sola y perdida,
yo siempre he ido
por el aire del mundo
solo y perdido.
Pero ave como el águila
de noble vuelo,
la voz para mis cánticos
busco en el cielo:
y donde alcanza
mi voz va derramando
fe y esperanza.

Jerónimo Morán

Nació Jerónimo Morán en Valladolid el día 11 de Marzo de 1817, muy pocos después que Zorrilla. También por la misma época que Zorrilla fué alumno de nuestra Universidad.

Por los años de 1835 á 36, como en otro lugar se ha dicho, estudiaban en aquel centro José Zorrilla, Pedro de Madrazo, Miguel de los Santos Alvarez, Manuel de Assas, Vicente Sáinz Pardo, Ventura García Escobar y Jerónimo Morán, que ya en periódicos, ya en la Academia de Letras humanas establecida en la Universidad, daban á conocer sus versos caballerescos. Trasladados casi todos ellos á Madrid, fueron los que en *El Artista* y en el *No me olvides* sostuvieron resueltos la bandera romántica.

En 1837, cuando Jerónimo Morán apenas contaba veinte años, la Sociedad de Amigos del País, de Salamanca, premióle un *rasgo épico* sobre el sitio de Bilbao.

En el Teatro de Valladolid, y en 1840, estrenó el drama en cinco actos y en verso, *Don Ramiro*. En Madrid, donde residió luego, dió otras varias obras al teatro, siempre con buen éxito. A más de ejercer la abogacía, desempeñó algunos cargos en los ramos de Guerra, Hacienda y Fomento, y el de oficial de la Biblioteca Nacional.

En la labor literaria de Morán, descuella sobremanera su *Vida de Miguel Cervantes Saavedra,* inserta en la monumental reimpresión que del *Quijote* hizo el editor Dorregaray, y que es, según expresión de Máinez, la mejor de cuantas biografías del Príncipe de los Ingenios se habían publicado hasta 1863. En ella, aportando noticias nuevas é interesantes, formando una bibliografía muy completa, se acreditó Morán como uno de los mejores eruditos de su época.

En 1867 fundó la revista *La Guirnalda,* que tuvo próspera vida, y antes y después de esa fecha colaboró en otros periódicos.

Murió Morán en Madrid, el día 21 de Diciembre de 1872.

OBRAS

Don Ramiro. Drama (1840).—*Doctrina de Salomón*. Máximas morales para uso de los niños, puestas en verso por D. Jerónimo Morán (1849). —*Los cortesanos de Don Juan Segundo*. Drama. —*La ocasión por los cabellos*. Comedia.—*Amar á quien se aborrece*. Comedia.—*El paño de lá-*

grimas. Zarzuela.—*Fra Diavolo.* Zarzuela; música de D. Martín Sánchez Allú (1857).—*La dama blanca.* Zarzuela; música de D. Martín Sánchez Allú (1858).—*Las damas de la camelia.* Zarzuela; música de D. Manuel Galiana (1861).—*Vida de Miguel Cervantes Saavedra* (1863).—*Historia de las Ordenes de Caballería.* (Se anunció en publicación por cuadernos en 1864, y debió de quedar comenzada).

A mi madre

(EN UNA AUSENCIA)

Escucha, madre, el cariñoso acento
que hoy el recuerdo de tu amor me inspira:
escucha cómo canto y me lamento
al triste són de mi olvidada lira.

Harto tiempo en mi pecho acongojado
retuvo los suspiros mi garganta;
ya era fuerza cantar, que un desdichado
olvida sus pesares mientras canta.

Y yo, madre, aunque niño, tengo penas,
y está mi corazón tan resentido,
que lloro, á mi pesar, cuitas ajenas
si logro dar las propias al olvido.

Y no es que llore la feliz memoria
de ambiciones y vagas ilusiones,
ni que anhele encontrar soñada gloria
en ignotas fantásticas regiones.

No es que envidie del muelle sibarita
delicias orientales ni placeres,
ni al que en los valles de Georgia habita
la hechicera beldad de sus mujeres.

Que es todo mi anhelar un pobre asilo,
madre, donde vivir siempre á tu lado,
donde poderte consagrar tranquilo
la existencia fugaz que tú me has dado.

Mas ¡ay! la sociedad con sus cadenas
me ata á su triste carro despiadada,
y á pesar de mi llanto y de mis penas
con tan poco pedir no alcanzo nada.

Tú también, madre, solitaria lloras,
tú te afliges también cual yo me aflijo,
y cuentas veces mil las tardas horas
que vives apartada de tu hijo.

Yo lo sé, yo lo sé; te he sorprendido
en la callada noche sollozando.
No es un ensueño vano que he tenido:
yo escuché con placer tu acento blando.

Iba á rendirme la fatiga, es cierto;
pensé que era soñar, mas no soñaba;
yo estaba contemplándote despierto,
el cielo á par de ti me trasladaba.

Yo te vi con la faz descolorida,
vueltos al cielo los brillantes ojos,
demandar para mí, desfallecida,
un beso nada más, puesta de hinojos.

Y llorabas mi amor, y no me vias,
y yo te contemplaba enajenado,
ansioso te gritaba y no me oias,
y tornaba á gritar desesperado.

Y en mi impaciencia, que aun conservo ahora,
por ceñirme contigo en lazo estrecho,
hirió mis ojos la importuna aurora
y me encontré sin ti solo en el lecho.

¡Oh, cuánto es el dolor del que se engaña
cuando sueña placeres y ventura,
si el horizonte de su vida empaña
densa nube cargada de amargura!

Mas no escuches mi necia cantilena,
perdona, madre mia, á un triste loco,
que aumenta con sus cánticos tu pena
cual si tuviera tu aflicción en poco.

Lloro, es verdad, pero también gozoso
vierto lágrimas dulces de ternura,
y hago volar el pensamiento ansioso
á mi edad infantil dichosa y pura.

Entonces en mis labios vaga inquieta
de mi niñez la cándida sonrisa,
el pensamiento altivo se sujeta
y permanece el ánima indecisa.

Y en un piélago inmenso de delicias
y de gustos sin cuento sumergido,
recordando tu amor y tus caricias
doy tormentos y penas al olvido.

Y te fijas entonces en mi mente,
madre adorada, con tan dulce encanto,
que aunque lloro, quisiera eternamente
estar vertiendo tan sabroso llanto.

Porque es grato mirar con turbios ojos
en un lienzo fantástico su historia,
para quien los recuerdos son despojos
de dichas que atormentan su memoria.

Y yo, madre, aunque niño, tengo penas
y está mi corazón tan resentido,
que lloro á mi pesar cuitas ajenas
si logro dar las propias al olvido.

Epigrama

Dijo un tuerto á un jorobado
á quien vió al romper el alba:
—Muy pronto, amiguito mio,
camina usted con la carga.
—Temprano debe ser—
respondió el otro con calma,—
cuando tiene usted abierta
solamente una ventana.

Ventura García Escobar

Nació en Medina de Rioseco, el día 16 de Septiembre de 1817, el mismo año que Zorrilla y que Jerónimo Morán. Fueron sus padres D. Antonio García González y D.ª Raimunda Escobar. «En aquella ciudad — dice Ventura Ruiz Aguilera—recibió la instrucción primaria hasta los ocho años, en que, por influjo de su abuelo, el marqués de Villadangos, coronel del regimiento provincial de León, entró de cadete en el cuerpo, siendo después nombrado subteniente; pero como Escobar mostrase poca afición á la carrera de las armas, la abandonó y se dedicó al estudio de la gramática y de la filosofía, en el convento de San Francisco de la referida población, por estar cerrada en aquel entonces la Universidad de Valladolid, donde ingresó luego que fué abierta, para seguir la facultad de jurisprudencia, recibiendo, en 1840, la investidura de licenciado, y á poco la de doctor» (1).

---

(1) Prólogo al *Romancero de Cristóbal Colón*.

Cultivó García Escobar las letras con mucha asiduidad. Escribió poesías líricas, dramas como *Juana de Castilla, La copa y el puñal, Engaños y desengaños* y *El Cid;* leyendas y narraciones como *El último Beni-Omeya* y el *Romancero de Cristóbal Colón,* y novelas como *Los Comuneros.* Mención señaladísima merecen sus artículos artísticos é históricos, publicados en el *Semanario Pintoresco Español,* en que describió los principales castillos y templos de la comarca castellana, y que exhalan el aroma de la arqueología romántica, que, si no siempre exacta, es siempre atrayente.

Por algún tiempo permaneció García Escobar en Madrid redactando como crítico teatral en *La Luneta.* El resto de su vida transcurrió casi por completo en Medina de Rioseco, donde se dedicacaba al ejercicio de la abogacía y á la defensa de sus ideas políticas, que fueron siempre las liberales.

Murió García Escobar en Rioseco, el día 6 de Noviembre de 1859. (1)

OBRAS

Juana de Castilla. Drama (1846).—*Poesías* (1847).—*Engaños y desengaños* (1847).—*El último Beni-Omeya* (1857).—*Los Comuneros.* Novela (1862).—*El Cid.* Drama (1863).—*Romancero de Cristóbal Colón* (1866).

---

(1) V. Ortega Rubio: *Valisoletanos ilustres,* pág. 23.

A Blanca

IDILIO

Una vez y otra tu candor querido
cantó mi plectro amante
al delicado y juvenil sonido
de cítara galante,
y una vez y otra fuera, en fausto día,
numen de inspiración al alma mía.

En trovas dije de leal ternura
sus célicos primores,
que robaron al sol su lumbre pura,
su inocencia á las flores,
y el incienso quemé de mis cantares
ante los de su paz castos altares.

Y loas de dulcísima membranza
su hechizo dió á mi vena
en gratas horas de inmortal bonanza,
cuando tú, el alma llena
de fuego virginal, cien paraísos
mostrabas á mis ojos indecisos.

Tornar el arpa hoy veo á mi palma
y á hervir vuelve mi mente...
¿Qué te diré yo, empero, angel del alma,
si en mi efusión vehemente
del sacro Pindo los dorados frutos
á tu cándida edad dí por tributos?

¿Te diré que la tímida mañana,
cuando el sutil ropaje
de rico aljófar y esplendente grana
tiende sobre el paisaje,
no alienta magia tal, aura tan pura,
como el primer albor de tu hermosura?

¿Y que la flor purísima, riente,
cuyo intacto capullo
sobre el cristal de límpida corriente
se columpia, del céfiro al arrullo,
envidia en tan magnífica existencia
la de tu corazón blanca creencia?

Todo lo sabes, pues... y ya que al viento
no doy las cuerdas de oro
por tu candor, que es luz del firmamento,
y del cielo el tesoro...
hacer quiero la cítara pedazos
y dejarla por siempre entre tus brazos.

La perla de Andalucía

(Del *Romancero de Cristóbal Colón*)

Orillas del mar sentada,
linde entre España y el Moro,
está Málaga la bella,
de lujo y de gracia emporio.
Sobre ancho tapiz de flores
alza la hermosa su solio,
cual reina de las ciudades,
arrullada al són del golfo.

Y su manto de esmeralda
borda el aljófar del ponto,
y el nácar de sus espumas
refleja en sus pliegues corvos.
Blandamente recostada
al pie del cerro escabroso,
donde Gibralfaro eleva
sus torreones melancólicos,
parece una beldad plácida
dormida al arrullo sordo
del piélago, y cuyo sueño
vela ceñudo un coloso.
Y de la agreste Alpujarra
más atrás, los cerros toscos
(en semicírculo vasto
abrazando sus contornos),
semejan inmenso alcázar,
en cuyas torres de plomo
se guarda contra malsines
de tal belleza el tesoro.
Y cubiertas las colinas
de frescos viñedos ópimos,
sobre la corona espléndida
de sus minaretes de oro,
cíñenla límpida aureola,
que como rubíes rojos
los ricos frutos esmaltan
que envidia el Oriente próvido.
Y hacen á la bella sombra,
al són de blandos favonios,
las palmeras de Damasco,
de Bagdad el sicomoro.
Y los rosales de Menfis
perfuman sus frescos sotos,
y en sus collados florece
el eterno árbol de Apolo.

El Mediterráneo tibio,
cual un espejo sin fondo
que un sol fecundo ilumina,
un baño de plata y oro
ante la ciudad tendido
parece á los vagos ojos,
donde la hurí encantadora
flota en deleite y en ocio.
Á lo largo de la costa,
entre verjeles vistosos,
asoman blancas aldeas
con sus campanarios góticos.
Y allí, al declinar la tarde,
los pescadores ociosos
cantan, secando sus redes,
sentidos y ardientes polos.
Allí están las enramadas
do murmuran los arroyos,
y una primavera eterna
embalsama con sus soplos;
allí aquel jardín sin vallas,
de los de Armida bochorno,
do naturaleza y arte
magnífico alzan su trono;
allí aquel mar sin borrascas,
siempre terso y luminoso,
que cruzan á toda vela
las naves del mundo todo;
allí las cascadas frescas,
los surtidores marmóreos,
y las bucólicas granjas
y los parques deliciosos;
allí, en fin, Málaga bella
que parece desde el golfo
ramillete de azucenas
en claro tazón de pórfido.

Nubes del mar

(Del Romance de Cristóbal Colón).

Los mástiles y las vergas
marineros y grumetes
en raudo tropel asaltan,
mientras que sobre los puentes
las tripulaciones salen,
no bien el canto solemne
exhaló el postrer suspiro
en los senos del ambiente.
Y tienden todos la vista
á donde Pinzon la tiende,
devorando su mirada
las lontananzas del éter.
¡Oh dicha!... Allá... entre la bruma
del crepúsculo naciente,
flotando en el horizonte
vaporosa, opaca, tenue,
como una sombra indecisa,
cual una ilusión riente,
trazando el perfil aéreo
sobre el cóncavo celeste,
y á lo lejos asomando
sobre el Océano verde,
la imagen fascinadora
de un panorama terrestre,
en óptico encantamento
á sus ojos aparece.

Allí campiñas doradas
y collados florecientes,
bellos y tranquilos valles,
montes y rocas agrestes,
y cuanto sabe el deseo
pintar en su rica fiebre,
de mágico cuadro á guisa,
columbrar ávidos creen.
Y los gritos de alborozo
cruzan entre los bajeles,
alegres los rostros brillan,
ufanos los pechos hierven.
Y abrázanse los viajeros
y estrechan las palmas fuertes,
y los corazones laten
al són de los parabienes.
«¡Héla allí!...» Dícense ufanos,
y el mostacho se retuercen,
y no se cambia el que menos
por una legión de Césares.
¡La tierra!... Y las carabelas
viran luego al Sudoeste,
y del occidental rumbo
se apartan rápidamente,
lanzándose á remo y vela,
como infatigables peces,
al espectáculo hermoso
del mar vislumbrado allende.
Sueltan todo el trapo... El agua
las duras palancas hienden
y por el mar se deslizan
como aves por el ambiente,
ó cual flechas que del arco
suelta el cazador agreste
y al blanco van exhaladas
con vuelo resplandeciente.

¡Oh, cuál navegan, y cuánto
el ciego entusiasmo crece!...
¡Qué de locos pensamientos
aquellas almas encienden!
Nadie mira atrás, y nadie
ser el postrero apetece
en saludar aquel mundo,
envidia de las Hespérides.
Crece el afan, crece el brío,
y avanzan, y avanzan siempre,
y cada vez más cercana
la grata visión se mece
sobre el piélago... y esperan
en ella gozar en breve
el galardón que depara
la fortuna á los valientes.
Brilla el sol, al fin... y un grito
el horizonte ensordece;
pero es un grito terrible,
desgarrador y rugiente,
de esos que arrancan el alma,
de esos que el corazón pierden
y las fuentes de la vida
suelen agotar á veces.
Las gavias quedan desiertas
y las cubiertas sin gente,
y pára la maniobra...
¡Dios eterno!... ¿qué sucede?...
Y después reina un silencio
aterrador, hondo, inerte,
y tres sepulcros perdidos
las carabelas parecen.
¡Ay!... La suspirada tierra
cual un vapor transparente
en los aires se disipa,
fugaz, efímero, endeble.

¡Nube del mar, que la noche
cuajó en sus húmedos pliegues,
y que el soplo de la aurora
en vago aljófar convierte!
¡Huyó! Y la ilusión perdida,
torna Colón tristemente
á la occidental derrota,
en Dios confiando siempre.

Miguel de los Santos Alvarez

Miguel de los Santos Alvarez nació en Valladolid, el día 5 de Julio de 1818. Su padre, abogado de la Chancillería, era hombre de ideas ampliamente liberales, por lo cual sufrió tenaces persecuciones de los absolutistas. Esto fué causa de que la familia se viera obligada á salir de Valladolid en 1823.

Mozo todavía, marchó Miguel á Extremadura con el *Empecinado,* y de allí emigró á Portugal. Luego, aprovechando una amnistía, regresó á Valladolid, en cuya Universidad cursó la carrera de Derecho. Entonces hizo amistad con Zorrilla y con los demás jóvenes poetas que en las mismas aulas seguían sus estudios.

En 1836 se trasladó á Madrid, y se dedicó á la literatura con mucha fortuna, aunque con poca asiduidad, desperdiciando por esto sus excepcionales facultades. Colaboró, no obstante, en los mejores periódicos de Madrid, como el *No me olvides,* el *Semanario Pintoresco Español,* etcétera. Fué íntimo amigo de Espronceda, y escribió una continuación de *El Diablo Mundo.*

El 1840 publicó el poema *María* y la novela *La protección de un sastre,* donde aparece como uno de los más grandes humoristas españoles del siglo XIX. La *tesis* de esta novelita se halla condensada en la moraleja final: «Un sastre dió la felicidad á Rafael. ¡Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre! ¡Pobre género humano! Eso que llamas felicidad es una cosa que puede deberse á cualquiera, pero la verdadera felicidad sólo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando El quiere que uno sea feliz, le hace tonto, y se concluyó.»

Si estas líneas fueran algo más que un ligero esbozo biográfico, aún podríamos dirigir un vistazo á la labor literaria de Alvarez, donde se mezclan, en brusquedades y rasgos geniales, los más delicados chispazos de sentimiento con las más sutiles reflexiones y los alardes del mayor escepticismo.

Complicado en los sucesos políticos de 1848, emigró Alvarez á Francia y allí permaneció hasta 1852. Estuvo empleado en la Administración de Rentas; fué gobernador de Valladolid, nombrado por la Junta de la ciudad en 1854; é ingresando luego en el cuerpo diplomático, desempeñó, entre otros cargos, los de Secretario de la Legación del Brasil, oficial de la Secretaría de Estado, ministro plenipotenciario en Méjico y Consejero de Estado.

Murió D. Miguel de los Santos Alvarez en Madrid, el día 15 de Noviembre de 1892.

OBRAS

La protección de un sastre. Novela (1840).—*María.* Poema (1840).—*Exposición dirigida a las Cortes por D. Miguel de los Santos Alvarez, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario que ha sido de S. M. en Méjico* (1859).—*Tentativas literarias.* Cuentos en prosa (1864).—Bajo el mismo título de *Tentativas literarias* se han coleccionado en la *Biblioteca Universal* los cuentos en prosa, la novela *La protección de un sastre*, el poema *María* y varias poesías líricas.

Del poema «María»

¡Pierde la tierra sus hermosas flores,
hiélanse los cristales de las fuentes,
cesa el ave en su cántico de amores,
no corren ya pacíficos ambientes,
los montes prestan cuna á los furores
que encierran en sus ondas los torrentes;
todo es tristeza y soledad el llano,
murió el amor cuando murió el verano!

¡Reina doquiera funeral tristeza,
marchitas ya las galas de la vida:
el tiempo obscuro del dolor empieza,
y sombrío, con sombras nos convida;
el alma triste en lánguida pereza,
en sus pesares con temor se anida,
y llora ó duerme en incesante anhelo,
llorando penas ó soñando un cielo!

Mas aunque pierda la aterida tierra
brillo, gala, alegría y hermosura,
cuando el invierno despiadado cierra
el camino al amor, con mano dura,
el alma dulce, tanto más encierra
de amor, de suavidad y de ternura,
cuanto más la materia perdió triste
del material amor con que se viste!

¡Porque no son los rayos encendidos
del sol, ni las pintadas mariposas,
ni los jardines verdes y tendidos
de alfombras ricas de encarnadas rosas;
ni los frescos arroyos que, esparcidos,
cruzan por las florestas deliciosas,
cuando la fuente con amor los llueve
en blancos chorros de escarchada nieve;

ni los valles que son de las montañas
rivales, al amor de sus arbustos,
más lindos con sus juncias y sus cañas,
que el monte con sus árboles robustos;
ni el estanque cercado de espadañas,
donde se esconden solitarios gustos,
entre azuladas ondas cristalinas,
de cisnes melancólicos y ondinas;

ni el cielo retratado en la corriente
del río que atraviesa la pradera,
sereno, puro, azul y transparente,
como del alma la ilusión primera;
ni la luz de la luna, que indolente,
baña en húmedos rayos la ribera,
haciendo perlas de las claras pintas
de agua, que saltan en delgadas cintas;

ni del céfiro blando los murmullos,
ni los suspiros de las verdes hojas,
ni el aroma que esparcen los capullos,
ni la lujuria de las flores rojas,
ni del pájaro amante los arrullos,
que se columpia entre las ramas flojas,
no son para el amor tan fiel llamada
como el alma que nace enamorada!

¡Que hay en el alma para amar nacida
un manantial de amor, más caudaloso
que las fuentes de amores y de vida
que el mundo alegran con su riego hermoso;
ni aunque la tierra al cielo reunida,
un engendro purísimo, amoroso,
quisieran dar, sería delicado
como del alma el ¡ay! enamorado!

. . . .

¡Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!
¡Como de Dios al fin obra maestra!
¡Por todas partes de delicias lleno!
De que Dios ama al hombre hermosa muestra!
¡Salga la voz alegre de mi seno
á celebrar esta vivienda nuestra!
¡Paz á los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

¿Qué hay que pedir?... Tenéis cielo y estrellas,
y sol, y luna, y otras dos mil cosas,
que á más de ser á vuestra vista bellas,
son acabadas máquinas grandiosas!
Rayos, truenos, relámpagos, centellas
tenéis, que os dan mil fiestas luminosas!
Todo esto por arriba; pues abajo,
¡ya te quiero un recado, si hay trabajo!

¿Qué me decís del mar?... ¿Y los volcanes?...
¿Y las minas?... ¿Y el reino vegetal?...
¡Pues dónde dejaremos los afanes
que habrá costado hacer un animal!
¡Miserable mortal! No te me ufanes
creyéndote animal excepcional,
que el mismo tiempo malgastó en ti Dios,
que en hacer un ratón, ó á lo más, dos.

Y ya que te advertí que no seas vano,
puedes creerme que este mundo es bueno;
y sin llegar al arte soberano
de omnipotencia y providencia lleno,
que hizo el mundo á los hombres un arcano,
hay mil cosillas buenas en su seno:
¡Buena es la carne! ¡Bueno es el tocino!
¡Y los garbanzos son manjar divino!

Sabrosas son las cándidas patatas...
Y en el hermoso ramo de comida,
son, por fin, ilusiones todas gratas
las que tienen al alma mantenida.
¡Viva la vida, pues, y las ingratas
maldiciones del alma dolorida,
ahóguense cuando abundante entre
algún potaje á rellenar el vientre!

Y volviendo al amor. ¿No es gran locura
hablar de espirituales ilusiones,
de celestial y angélica ternura,
dando á los juveniles corazones,
en vez de *amor,* ideología pura,
puro espiritualismo en las pasiones,
si las mujeres tienen, las más listas,
un tanto cuanto de materialistas?

¡Así va bien! Y que jamás de juicio
saquen á nadie los poetas necios,
que son tan flojos en razón y en juicio
como en tontuna de cabeza recios.
A sus espirituales maleficios
oponga el mundo enérgicos desprecios.
¡Prosa, querido mundo! ¡Prosa, prosa!
Dormir, comer, gozar... Esa es la cosa.

Endechas

Dulce bien de mi vida,
me van á ahorcar.
Vente con el verdugo
sin mas tardar.

Quiero entregarte el alma
que tuya es,
y á tí se irá brincando
desde el cordel.

Y hasta mi pobre cuerpo
tuyo será,
si haces lo que te pide
mi amante afán.

Cuelga de tu recuerdo
mi cuerpo fiel,
y déjale mecerse
colgado en él.

Y ama al que con sus besos
te haga olvidar
que en tí mi cuerpo ahorcado
va, y viene y va.

Fábulas (1)

I

Un perro catalán y un gato griego,
los dos apasionados por el juego,
y los dos arruinados
por las fatales suertes de los dados,
se hallaron ambos por acaso juntos
en casa de uno de los mil difuntos
que por razón de su carácter serio
habitaban un triste cementerio;
y era el difunto (aunque advertencia vana,
pues de difunto el nombre
indica vaina de alma siempre de hombre),
era el difunto de la especie humana.
Como eran tres, el caso era sencillo,
armaron una mesa de tresillo;
y en el difunto hallaron perro y gato
la horma de su zapato.
Si ellos jugaban toda su fortuna,
que afortunadamente era ninguna,
él, más ciego, jugaba en la partida,
¡tal era su pasión! toda su vida.
No hay que decir que al fin de la velada
aquel que más ganó, no ganó nada.
¡Teotimo, por Dios, nunca en tus cuentas
cuentes con las pasiones violentas!

---

(1) Estas fábulas tienen el mérito de haber sido las primeras escritas por este estilo, allá por los años de 1845.

II

El diablo, por jugar, una mañana
se puso una sotana,
y se fué á decir misa
sin casulla y en mangas de camisa.
Pero al llegar al atrio de la iglesia
se convirtió en estatua de magnesia.
¡No te burles jamás del ritüal,
porque eso sale casi siempre mal!

III

Un gato y un ratón se convinieron
y recíprocamente se comieron.
¡Efectos de la gula, mal pecado
que debes evitar, Teotimo amado!

IV

Un gato enamorado con exceso
de una ratona, quiso darle un beso,
mas apenas besóla, que tragóla,
sin saber lo que hacía, hasta la cola;
y tragada una vez, por compasión
hizo de ella una *buena* digestión.
¡Amado Teotimo, no te aflijas
y haz leer esta fábula á tus hijas!

V

Un rey encontró un día
á un clérigo manchego que leía.
Saludó el rey, y el cura saludó,
y el rey pasó, y el clérigo pasó.
¡Sé urbano y comedido con las gentes
y probarás mil gozos inocentes!

Los pendientes

¡Llevabas, mi querida, unos pendientes
De azabache y acero,
Y tu belleza penetró en mi alma
Vestida en sus reflejos!

¡Todo era luz dorada en los salones,
En ti, luz de lucero,
Luz de tus ojos y de tus pendientes
De azabache y acero!

¡Vislumbres eran de azulada estrella,
Rielante misterio,
Tu divina hermosura y tus pendientes
De azabache y acero!

¡La mágica luz negra de tus ojos
Jugaba entre destellos,
Con la azulada luz de tus pendientes
De azabache y acero!

¡Jamás amor al corazón dió impio
Un tiro más certero,
Que el que me hirió de ti y de tus pendientes
De azabache y acero!

¡Me hirió y entonces, dentro de mi alma,
De mi agitado pecho,
No hay más luz que de ti y de tus pendientes
De azabache y acero!

¡Mas, ay, que no es la luz del claro día,
Son cambiantes inciertos
De miradas de estrella y de pendientes
De azabache y acero!

¡La milagrosa luz que me enamora
Chispea en rayos negros!..
No es luz, es sombra de ojos y pendientes
De azabache y acero!

¡Loco estoy con la imagen imposible
Que hechiza el pensamiento,
De luz oscura de ojos y pendientes
De azabache y acero!

¡Luz imposible como mi esperanza,
Luz con la cual no veo,
Vislumbro a mi querida con pendientes
De azabache y acero!

Mi querida te llamo ¡ay de mi triste!
Y es tu amor tan incierto,
Como incierta es la luz de tus pendientes
De azabache y acero!

¡Querida, sí, por mí, como no quiso
Jamás ningun deseo!
¡Mía!.. como el cambiar de tus pendientes
De azabache y acero!

¡No importa; yo te adoro, imagen bella!
Sea luz de mi cielo
La de tus ojos y de tus pendientes
De azabache y acero!

¡Mas da un consuelo, ingrata, al alma mía;
Robe yo un beso, al vuelo,
No á tu rostro, que me huye: á tus pendientes
De azabache y acero!

Juan de la Rosa

Don Juan de la Rosa González nació el día 27 de Diciembre de 1820 en la Nava del Rey, donde su padre era botero y posadero. En Madrid estudió la carrera de Farmacia, y, unido en íntima amistad á Calvo Asensio, con él compartió los sinsabores y triunfos políticos, con él colaboró en obras diversas, y con él trabajó asiduamente en *La Iberia*.

Cuando, en 1845, ocurrió el cambio de Gobierno al caer el regente Espartero, publicaron ambos un folleto en verso titulado *El eco de la libertad combatido por las bayonetas afrancesadas*. Pocas horas estuvo el folleto á la venta, pero cuando las autoridades quisieron recoger los ejemplares, casi se había agotado la edición. «Una falange de polizontes, acompañados de soldados—dice un autor,— recorrieron todas las calles de la capital arrancando con las bayonetas los carteles que anunciaban el folleto; sus autores fueron tenaz y crudamente perseguidos por la policía, de cuyas rapantes garras pudieron librarse merced á la fuga que ambos emprendieron.»

En *La Iberia* ejerció la Rosa de crítico teatral, adquiriendo en tal concepto gran notoriedad. Uno de sus artículos le acarreó un duelo á pistola, á consecuencia del cual quedó algo inutilizado de un brazo. Colaboró además en otros varios periódicos, entre ellos *El Tío Camorra*, de Villergas, y dió al teatro no pocas obras, muy bien acogidas por el público.

Desde el triunfo de la revolución de Septiembre (1868) hasta el de la Restauración (1875), la Rosa fué jefe de la Biblioteca Universitaria de Madrid. En este último año se trasladó á su pueblo natal, donde, retirado de la política, compuso numerosas poesías de asunto religioso. Murió el día 26 de Noviembre de 1886, dejando escrito para su tumba el siguiente epitafio:

Ya el morir no me intimida,
pues Dios me llama, y me advierte
que es ventaja conocida
dar la vida de la muerte
por la muerte de la vida.

OBRAS

El castillo de Santa Catalina. Novela (1843)—*La venganza de un pechero*. Drama (en colaboración con Calvo Asensio y Ruíz del Cerro. 1844)—*La libertad en su trono* (en colaboración con Calvo Asensio y López Pelegrín. 1844)—*El eco de la libertad combatido por las bayonetas afrancesadas*

(en colaboración con Calvo Asensio. 1844)—*A tal acción tal castigo*. Drama (1846)—*¡El premio grande!* Comedia (en colaboración con Calvo Asensio y Llano. 1846)—*Fernán González*. Drama (en colaboración con Calvo Asensio. 1847) *Idem*. Segunda parte (Idem. idem 1847)—*Perder fortuna y privanza*. Drama (1847)—*La estudiantina ó el diablo en Salamanca* (en colaboración con Calvo Asensio. 1847)—*Á la misa del gallo*. Juguete cómico (en colaboración con Calvo Asensio. 1848)—*Amor con amor se paga*. Comedia (1848)—*Heroismo y virtud, ó el hijo del pueblo* (en colaboración con Ruíz del Cerro)—*Juan sin pena*. Drama (1849)—*La Marquesa de Savannes* (1849)—*Instintos de Alarcón*. Comedia (1850)—*El remedio del fastidio*. Comedia (1850)—*Con razón y sin razón*. Comedia (1850)—*Celos de un alma noble*. Drama (1853)—*El honor y el dinero*. Comedia (1854).

Los hijos de los pobres

Dejad á los niños venir á mí y no se lo estorbéis, porque de los tales es el reino de Dios.—(San Marcos, cap. X versículo 14).

¿Á dónde van esos niños
que se salen á los campos,
sus infantiles recreos
y sus hogares dejando?
Es Diciembre... Densas nubes
cubren de luto el espacio,
y en la desierta llanura
se oye el bramido del ábrego.
¿Dónde esos niños caminan
mal vestidos y descalzos?
Son los hijos de los pobres
parecidos á los pájaros,
en que por doquiera buscan
el sustento necesario.
En la edad hermosa y pura
de los ensueños dorados;
cuando la vida resbala
entre risas y entre halagos;
cuando el sueño nos sorprende
con nuestra madre rezando,
al arrullo de sus besos
y en la cuna de sus brazos,
tienen esos pobres niños
un despertar bien amargo.
En hora menguada y triste

sus padres los engendraron,
brindándoles una vida
de miseria y de trabajo.
Expiación dolorosa,
triste herencia del pecado,
dura ley por Dios impuesta
à los que, peregrinando
por este valle de lágrimas
que llaman mundo, cruzamos.
¡Ay! yo no sé lo que tienen
esos niños, que al mirarlos,
sin querer siento asomarse
una lágrima á mis párpados.
Yo he visto niños hermosos
en la opulencia criados,
de rostros angelicales
como la nieve de blancos,
que eran del alma y los ojos
delicia á un tiempo y encanto;
pero estos niños tan miseros,
estos seres desgraciados,
en la miseria nacidos
y alegres con sus harapos,
tienen para el alma mia
tal misterio, tal encanto,
que con asombro los miro
como á unos seres sagrados
que á su redención caminan
la pesada cruz llevando.
¡Soles que secáis las nieves!...
¡Vientos que cruzáis los páramos!
Tened piedad de esos niños
que ganan el pan buscando
yerbas en la primavera,
espigas en el verano,
racimos en el otoño,

y que en el invierno helado
con una mala soguilla
de la vid atan los tallos
que dejó el sarmentador
entre los surcos tirados.
Tened piedad de esos niños
que en su triste desamparo
van subiendo entre dolores
la pendiente del calvario.

. . . .

Ya la noche se aproxima
y á sus casas regresando
van los hijos de los pobres
en pos de alivio y descanso.
En la vieja chimenea
está el abuelo sentado,
y al verlos, una sonrisa
deja vagar por sus labios.
El también de pequeñuelo
con la intemperie luchando
trabajó; ya, mueble inútil,
hacia la tierra encorvado,
espera el triste la muerte
que es para un pobre el descanso.
Pasan en tanto los días
y los meses y los años,
y los que antes niños fueron
son ya mancebos bizarros.
Agiles son y briosos;
vendrá un día no lejano
en que el pesado azadón
será ligero en sus manos,
en que la tierra movida
por el poderoso arado,
abrirá el fecundo seno
para recibir el grano.

Llegará un día en que puedan,
ya braceros, ya soldados,
dar su sangre por la patria
ó desecar los pantanos,
ó taladrar las montañas
por donde cruce silbando
la veloz locomotora,
signo del progreso humano.
Llegará un día en que Dios,
con alguno de sus rayos,
ilumine las tinieblas
en que yacen sepultados
los que á la nación sostienen
con la fuerza de sus brazos,
y al mundo salgan radiantes,
luciendo como los astros,
filósofos y poetas,
grandes artistas y santos.
Si, que de ese fondo oscuro
de sufrimiento y trabajo,
salen á veces destellos
que van al mundo alumbrando
como de la parda nube
suelen salir los relámpagos.
¡Poderosos de la tierra
que moráis en los palacios
y malgastáis vuestros días
en la molicie y el fausto!
Si á uno de esos pequeñuelos
veis cruzar por vuestro lado,
no le miréis con desvío,
tendedle, por Dios, la mano;
que al que protege á los niños
Dios le acoge en su reinado,
y á la prometida gloria
le abre por la tumba paso.

Vicente Sainz-Pardo

Vicente Sainz-Pardo nació en Valladolid el día 19 de Abril de 1823. Cuando tenía 14 ó 16 años escribía ya versos á la manera romántica, que entonces privaba. En la Universidad de su pueblo natal cursó los estudios de Derecho, aunque ignoramos si llegó á terminarlos.

Bien pronto se dió á conocer como poeta, colaborando en las mejores revistas de su época, como *El Museo de las Familias, La Risa, El Dómine Lucas* y el *Semanario Pintoresco Español.* No llegó á publicar, sin embargo, ningún libro.

El día 16 de Julio de 1848, cuando contaba 25 años, se suicidó Sainz-Pardo en Madrid. «Dijeron unos —escribíamos en otro lugar— que había cometido el suicidio en un rapto de locura; otros, que había tomado tal resolución «no pudiendo soportar las contrariedades de un amor sin ventura y algunas decepciones sociales, de aquellas que conocen casi todos los que han llegado á

Madrid sin más capital que sus sueños de gloria literaria.» Tal vez habría un poco de todo; pero la causa original era otra: era la exaltación romántica, que oscurecía la inteligencia y hacía desbordar las pasiones. Sainz-Pardo era una víctima más del romanticismo, como Víctor Escousse, como Augusto Lebras, como *Fígaro*...»

Poco antes de poner fin á sus días, Sainz-Pardo escribió una poesía, titulada *Hojas de flores marchitas,* que aquí reproducimos, y que rebosa la más íntima y amarga desolación. (1)

---

(1) V. Narciso Alonso Cortés: *Un poeta suicida*, en *Miscelánea vallisoletana*, pág. 49-62.

Hojas de flores marchitas

A...

I

Como en otoño arrastradas
por las ráfagas inciertas
murmuran las hojas muertas
que restos de flores son,
así ¡oh sueño de mis sueños!
de mi desierto sombrío
hojas marchitas te envío...
¡pedazos del corazón!

Recuerdos deslumbradores
de una dulcísima historia
que acarician mi memoria
y que nunca tornarán.
¡Hojas de flores marchitas,
juguete ya de los vientos!
¡adorados pensamientos
que en mi tumba dormirán!

II

¡Oh, cuán hermosa!.. Los cielos
quisieron darte á mis ansias,
como al desierto sin sombra
un manantial y una palma.

Mas ¡ay! seguir es preciso
la derrota comenzada.
¡Son las horas del reposo
pasajeras cuanto gratas!

Por eso fué dulce y breve
la ilusión que me halagaba.
¡Por eso cada ventura
me cuesta un raudal de lágrimas!

¡Dormias, amada hermosa!
Tu blanco seno se alzaba
como las sombras de un lago
que riza apenas el aura.

Tus labios me sonreían
y apacibles murmuraban
las imágenes del sueño
ó de mi amor las plegarias.

¡Dormias! Tu lindo brazo
sobre la frente nevada...
¡Así la tórtola esconde
el cuello azul bajo el ala!

¡Dormias! Y al pie del lecho
un hombre te contemplaba,
y respiraba tu aliento
en éxtasis de esperanza.

III

¡Ah, siento arderme la frente!
En mi corazón opreso
aun quema el ardiente beso
de tus labios de coral.

Aun mi cabello en desorden
que blanda la brisa mece,
columpiarse me parece
á tu aliento celestial.

¡Aun en la noche callada
todo rumor apagado
me miente tu perfumado
suspiro murmurador!
¡Y como incendio de noche
que refleja en las montañas,
siento arder en mis entrañas
tu voz, tus besos, tu amor!

¡Tu amor! ¡Sí, tu amor! En vano
le disfrazas ó le escondes...
Mírame... ¿no me respondes?
Pregunta á tu corazón.
¡Mas no! Que se lleve el viento
esas hojas mustias, muertas...
¡Que vengan las noches yertas,
y el olvido... y el perdón!

—

¡Tú no lo sabes! Un día
tus blondos rizos colgaban
sobre tu brazo desnudo,
sobre tu cándida almohada.
Yo dejé un beso en un bucle...
¡Dicen que el viento arrebata
esos suspiros de amor,
esos pedazos del alma!

¡Y es verdad! Porque aquel beso
huyó del viento en las alas...
¡Tú no sentiste con él
caer una ardiente lágrima!

¡Hojas de flores marchitas
por el huracán llevadas!
¡Memorias de amor que queman!
¡Sueños de ayer!.. ¡Humo... nada!

Yo nunca turbé aquel sueño;
que mi corazón ¡hermana!
purificaba el dolor...
¡Purifica lo que abrasa!
¡Yo nunca turbé aquel sueño!..
Era un templo tu morada;
tú la deidad; el incienso
mis suspiros y mis lágrimas,
y mi corazón la victima
que se inmoló ante sus aras...

—

¡Si, perdón! Olvidé un día
que me reserva el destino
un solitario camino
sin un árbol ni una flor.
¡Perdón! Vuelve... no me sigas.
Mi aliento quema... ¡Es en vano!
Cuanto toco lo profano;
un anatema es mi amor.

IV

¡Dejar tan hermosos sueños,
tan bellísimos paisajes,
y los dorados celajes
del cielo de tu ilusión!..
¡Dejarte á tí ¡oh mi paloma!
bella huri de un paraiso
que el cielo en venganza quiso
mostrar á mi corazón!

¡Oh! ¡nunca! Cuando las flores
por el otoño ateridas
dejan sus hojas perdidas
á merced del viento errar,
una ráfaga piadosa
con invisible suspiro,
las trae en incierto giro
al pie del tronco á espirar.

Y yo también, alma mia,
que he comprendido al perderte
que las alas de la muerte
se agitan en torno á mí,
iré á dejarte esas hojas
de mis ya perdidas flores,
y en un ósculo de amores
me unirá la muerte á tí.

¡Ay! ¡Tampoco! Cuando el sueño
que *muerte* llaman los hombres,
venga con dulce beleño
á darme reposo y paz,
tú, adorada de mi vida,
buscarás en noche oscura...
¡ay! en otra sepultura,
amor y felicidad.

¡Soy tan joven!.. Allá lejos
veo llanuras desiertas
que es forzoso atravesar...
Y voy dejando en la vida
mis recuerdos, hojas muertas
que no volveré á encontrar.

V

Yo vi en mis años primeros,
en el templo de mi aldea,
una imagen solitaria,
muda estatua de las penas.
Ante su altar miré siempre
manojos de flores secas,
y sólo los desgraciados
iban á orar ante ella.

Yo también, angel del cielo,
adoro una imagen yerta,
y las flores que la ofrezco
están mustias, están secas.
Sólo un corazón marchito
y roto por las tormentas,
ante esa perdida imagen
gime, murmura ó blasfema.

Mis pensamientos, hermosa,
van como las hojas muertas,
lejos del tronco á morir...
¡Triste de mi! ¡Tristes ellas!

VI

¡Ah! Ningún ruido mundano
resuene en mi corazón...
¡Respetad los tristes restos
de un templo que se arruinó!
No volváis, sueños, hechizos...
¡Mujer!.. ¡Silencio, por Dios!

No vuelva yo á ver tus labios
en que un beso resonó,
ni á escuchar el blando acento
de tu embriagadora voz...
¡Respeta el templo vacío!
¡Paz y silencio, por Dios!

Los niños, cuando sonrien
con inefable candor,
me laceran las entrañas,
me queman el corazón.
¡Tiemblo al eco de tus pasos!
¡Mujer! ¡Silencio por Dios!

En esas horas inciertas
en que moribundo el sol,
dora las altas montañas
con rojizo resplandor,
un recuerdo... ¡Dios le borre!
¡Mujer!.. ¡olvido y perdón!
¡Un sol ha muerto por siempre!
¡Paz y silencio por Dios!

VII

Cuando el sol su luz retira,
en sombra quedan los valles
y los montes se oscurecen
lentamente, por instantes.
Bien pronto una luz dudosa,
tibia, leve, pura, suave,
dora tan sólo las cimas
de los gigantescos árboles.

Y cuando se seca un alma,
lentamente, por instantes,
desaparece el encanto
de sus sueños virginales.
Bien pronto un recuerdo, triste
cual la mirada de un mártir,
queda solo en la memoria
como un aroma fragante...

Mañana en un alma rota
y ajada por los pesares,
sólo quedará tu amor
y el recuerdo de una madre...
¡Así en las ramas desnudas
de un amarillento sauce,
queda tan sólo una hoja
que mecen los huracanes!

VIII

Como una lámpara tibia
cuya roja claridad
cubre con su blanca mano,
el claustro al atravesar,
una virgen del Señor
muerta para el mundo ya;
así tu recuerdo triste,
entre sombras de pesar,
atravesará conmigo
el desierto mundanal...
Del corazón con las alas
mi amor te protegerá,
y le esconderé conmigo
en el lecho sepulcral.

IX

Todo el vigor de la floresta umbría
¡oh dulce amada mia!
se exhala en el otoño en mustias hojas
que arrebata la ráfaga bravía.
Todo mi corazón ¡oh dulce encanto!
se deshace en congojas...
¡no queda de él sino silencio y llanto!

Y si canta al morir el cisne vago,
meciéndose en el lago
que ayer testigo fué de sus amores,
mi corazón en su temprana muerte,
levantará al perderte
un último gemido de dolores.

X

¡Oh angel mio! Si mañana
sólo quedara en el suelo
de mi esperanza liviana
en ti una memoria vana
y una lágrima de duelo,
¡pluguiera á Dios, alma mia,
que en tus labios de ambrosía
mi espíritu se exhalara,
y la muerte arrebatara
dos almas en solo un dia!

XI

¡Hojas de marchitas flores!
Con el aquilón pasad.
Nadie recoge las hojas
que aroma no tienen ya.
Id entre la seca arena
del abandonado erial,
en revuelto torbellino
sin saber á dónde vais...
¡Melancólicos despojos!
Con el huracán pasad...
¿Quién recojerá las hojas
que ya perfumes no dan?
¡Hojas de flores marchitas!
A mi frente virginal
fuisteis un día diadema
de ternura y castidad...
Y hoy os arrebata el polvo
y os sacude el vendaval,
y bajo sus recias alas
tristemente suspiráis!...
Si algún día ¡mustias hojas!
la encontraseis al pasar;
si os huella su leve planta
que en pos de la dicha va;
si pasáis por su camino,
¡hojas muertas, suspirad!
Tal vez en ese suspiro
mi voz adivinará,
y de sus ojos de fuego
dos lágrimas correrán.

¡Rieguen el árido polvo
que tenéis que atravesar,
y derrámense en su seno
como un bálsamo fugaz
que refresque las heridas
del triste que va á espirar!

El Ciprés y el Sauce

Dijo al Ciprés el Sauce:
—«¡Cuán triste es tu misión!
Siempre tu copa fúnebre
cual manto de dolor
da sombra de las tumbas
á la oscura mansión.
Ni has escuchado nunca
las pláticas de amor
que escucho cada noche
bajo mis ramas yo.
Ni las pintadas aves
en plácido rumor
saludan á la aurora
entre tus hojas..! ¡Oh!
Vivir entre sepulcros...
¡Cuán triste es tu misión!»—

Dijo el Ciprés al Sauce:
—«¡Cual funeral crespón
doy sombra á los sepulcros,
doy amparo al dolor;
mas no envidio tu suerte,
pues cuando muere el sol
si no besos y pláticas

y súplicas de amor,
bajo mis ramas oigo
brotar una oración
que se alza de una tumba
hasta el trono de Dios.
Del mundo los amores
mentira y polvo son,
flores que al nacer mueren
y murmullos sin voz;
mas cuando el alma gime
y exhala una oración
desprendida del vinculo
que al cieno vil la ató,
el hombre tiene de angel
la mente, el corazón,
que su existencia efímera
purifica el dolor,
y un alma sube al cielo
en alas de otro amor!»—

Mariano Zacarías Cazurro

Nació D. Mariano Zacarías Cazurro en Tordehumos, el día 5 de Noviembre de 1824. Su padre era médico de Villalón. Siguiendo D. Mariano la misma carrera, cursó sus estudios en Valladolid; pero, cuando le faltaban dos años, pasó á terminarlos en la corte.

Dejándose llevar de sus particulares aficiones, ingresó en el periodismo y dió al teatro no pocas obras, recibidas con aplauso. En defensa de sus ideas liberales, intervino en las revueltas de la época, luchando en las barricadas y en la jornada del palacio de Vista Hermosa.

Amigo de Calvo Asensio y Sagasta, fué redactor de *La Iberia,* que aquéllos dirigían. Desempeñó cargos diferentes en los ministerios de Ultramar y Gobernación, y la secretaría de ambos bajo D. Amadeo; mas, al iniciarse los trabajos de la Restauración, ingresó en el partido conservador y ayudó eficazmente á Cánovas. Unos sonetos de violenta sátira contra los gobernantes, que circularon por Madrid y se atribuyeron á Cazu-

rro, fueron causa de que el ministerio Serrano, á que Sagasta pertenecía, le desterrase á Huelva; pena conmutada por la más grave de prisión, que sufrió durante tres meses en el castillo de Santa Catalina, de Cádiz.

Al advenimiento de D. Alfonso XII, y no sin correr grandes peligros bajo el gobierno de la República, fué designado para la secretaría de Gobernación. Después ocupó otros importantes puestos en la Dirección de Propiedades, en el Tribunal de Cuentas y en el Consejo de Estado, y recibió diferentes honores y condecoraciones. Murió D. Mariano Zacarías Cazurro el día 13 de Agosto de 1896.

Como autor dramático, Cazurro fué muy celebrado, y sus obras se representaban todavía hace pocos años.

OBRAS

La voluntad del difunto. Comedia (1847).—*Los dos amigos y el dote*. Juguete cómico (1848). —*Trabajar por cuenta ajena*. Comedia (1848).—*El bufón del rey*. Drama. (Arreglo de una novela de Dumas; en colaboración con D. Ceferino Suárez Bravo. 1849). —*La pensión de Venturita* (1850).—*Las jorobas*. Capricho cómico (1850).—*Los dos doctores*. Comedia.

Carolina y el barquero

Rema corto y va cantando
con mustia voz un barquero.
—¿Quién es, y por qué el menguado
va tan triste y macilento?
—Es un barquerillo joven,
vecino de estos oteros,
de todos los barquerillos
el más gallardo y apuesto.
Amante es de Carolina,
la de los garzos luceros,
que es el sol de sus amores
y de hermosura un portento.
De la fe de su cariño
está celoso, y por eso,
como Carolina tiene
su cabaña en aquel cerro,
la ronda por estas aguas
en su lindo barquichuelo.
Canta, para entretener
de sus penas el tormento,
que son muy grandes las penas
que dan á un alma los celos.
Suelen callar los amantes
nombre y desdén de su dueño,
mas él no hace de su nombre
ni de su desdén secreto;
pues siempre que va cantando
su desamor, en sus versos
de su amada Carolina
el nombre va repitiendo.

Tiene de él con sus cantares
el bosque y el rio llenos,
y de oirle tantas veces,
hasta los gayos jilgueros
le aprendieron, y le trinan
en sus floridos gorjeos.
Oid. «Carolina» —dice
el amante barqueruelo;
y el nombre de Carolina
repiten gozosos ellos.
Rizadas las limpias aguas
al embate de los remos,
por los costados del barco
¡Carolina! van diciendo;
¡Carolina! suena el rio;
¡Carolina! vuelve el eco;
y hasta las parleras hojas
agitadas por el viento,
¡Carolina! se repiten
en las copas de los fresnos.
—¿Y en dónde está Carolina
que no responde al barquero?
—Escuchad en su cabaña
una voz de dulce acento,
que es la suya que contesta
al amoroso mancebo.

«Si cantan las avecillas
en la enramada, yo creo
que no cantan sus amores,
sino que cantan sus celos.
Por eso yo se los doy
á mi querido barquero,
porque con los celos, canta,
y es cantando mi embeleso
Siempre de su amante labio

lleva mi nombre suspenso,
y en tan discretos cantares
me da parte de sus celos;
que por eso se los doy
á mi querido barquero,
porque con los celos, canta,
y es cantando mi embeleso.
Mucho con ellos padece,
y yo que le amo... lo siento;
pero es su acento tan dulce
cuando me canta sus celos,
que por eso se los doy
á mi querido barquero,
porque con los celos, canta,
y es cantando mi embeleso».

Oyó el barquero á la hermosa,
y dando treguas al remo,
mecido por la corriente
paróse del río en medio.
Escuchó de buen talante
su melodioso concierto,
y apenas hubo acabado,
algo alegre, y más dispuesto,
alzando la voz sonora
así replicó á su dueño.

«Mal me quieres, Carolina,
si de mi cariño en premio,
hácesme crudas ofensas
para que te cante celos.
Carolina ¡dueño amado!
Carolina ¡dulce dueño!
Acude, ven, que te llama
tu enamorado barquero.
Tus celos ¡ay! me asesinan,

y si quieres verme muerto,
mátame de otra manera
y no me mates á celos.
Carolina ¡dueño amado!
Carolina ¡dulce dueño!
Acude, ven, que te llama
tu enamorado barquero.
Hágame tu amor finezas,
y aunque rústico mi acento,
mejor cantará favores
que lo que llora desprecios.
Carolina ¡dueño amado!
Carolina ¡dulce dueño!
¿En dónde estás que no acudes
á la voz de tu barquero?

Ablandóse Carolina
del barquerillo á los ruegos,
y desistiendo en la empresa
de darle nuevo tormento,
ganó la suave pendiente
del más cercano recuesto;
y en cuanto llegó á la cima,
sin tomar siquiera aliento,
por telégrafo de amores
tremoló el blanco pañuelo.
Miró el barquero la seña,
y entre dudoso y resuelto,
batió las sonoras ondas
con poderosos esfuerzos.
Hacia la cercana orilla
enderezó el barquichuelo,
que cruzó breves espacios
con rápidos movimientos.
Varó la proa en la arena,
saltó á la tierra ligero,

y al fuerte tronco de un árbol
dejó el barquillo sujeto.
Vuela, y á pocos instantes
se hallaba estrechado y preso
entre los amantes brazos
de su adorado tormento.

A darse satisfacciones
de pasados contratiempos
entraron los dos amantes
de una enramada en lo espeso.
. . . .
Adios, linda Carolina;
abur, dichoso barquero.

Epigramas

Gil, que debe á don Ventura
cierto pico nada escaso,
siempre que le sale al paso
se le abraza con ternura.
Y le añade el tal mancebo
afectando buena fe:
—¡Nunca, nunca pagaré
lo mucho que á usted le debo!

—

Blas, que á su hija reprendía
de sus enojos llevado,
la decía con enfado:
—¡Bah! ¡tú no eres hija mía!—
Y su esposa, en la ficción,
con toda oportunidad
añadia: —¡Es la verdad!
¡Tu padre tiene razón!

Gaspar Núñez de Arce

Caso raro: hay dudas sobre el día, y aun sobre el año, en que nació Núñez de Arce. Apenas bautizado, el párroco de la Antigua, que le había administrado el primer sacramento, falleció repentinamente, víctima de la terrible epidemia que diezmaba la ciudad, y la inscripción quedó sin hacer. Sólo *veintisiete* años después se subsanó omisión tan grave mediante una información, y aunque como resultado de la misma se asentó en los libros parroquiales una partida en que constaba haber nacido D. Gaspar el día 4 de Septiembre de 1834, no faltaba quien, como un tío del poeta, afirmase corresponder la fecha exacta al mes de Agosto de 1833.

En Valladolid, de cuya administración de correos era empleado el padre de D. Gaspar, pasó éste sus primeros años; luego trasladóse la familia á Toledo. En la imperial ciudad, cuando sólo contaba quince años, dióse á conocer el poeta con un drama titulado *Amor y orgullo,* que produjo verdadero entusiasmo.

Como Zorrilla, huyó de la casa paterna, ávido de obtener en Madrid renombre y gloria. En la corte fué periodista, y como corresponsal de *La Iberia* asistió á la campaña de Africa. Afiliado á la política de la Unión Liberal, fué Gobernador de Logroño y Diputado á Cortes por Valladolid en 1865. Después de la revolución de Septiembre, en que tomó parte activa, desempeñó el gobierno de Barcelona. En la restauración ocupó elevados puestos, incluso el de Ministro de Ultramar (1883).

Fué Núñez de Arce presidente del Ateneo de Madrid y de la Sociedad de Escritores y Artistas. En 8 de Enero de 1874 fué elegido Académico de la Española.

Núñez de Arce es el poeta del siglo XIX cuyas obras han alcanzado tal vez más ediciones, hasta un número verdaderamente incalculable. (1)

OBRAS

La cuenta del zapatero. Comedia (1859).—*¿Quién es el autor?* Comedia (1859).—*¡Como se empeñe un marido!...* Comedia (1860).—*Deudas de la honra.* Drama (1863).—*Ni tanto ni tan poco.* Comedia (1865).—*El laurel de la Zubia.* Drama. (En colaboración con D. Antonio Hurtado, 1865). —*Santo Domingo* (1865).—*Herir en la sombra.*

(1) V. *Núñez de Arce,* por D. José del Castillo Soriano.

Drama. (En colaboración con D. Antonio Hurtado, 1866).—*La jota aragonesa.* Drama. (En colaboración con D. Antonio Hurtado, 1866).—*Quien debe, paga.* Comedia (1867).—*El haz de leña.* Drama (1872).—*Entre el alcalde y el rey.* Zarzuela. (Música de Arrieta, 1875).—*Gritos del combate.* Poesías (1875).—Discurso de recepción en la Real Academia Española (1876).—*Ultima lamentación de Lord Byron.* Poema (1879).—*Un idilio y una elegía* (1879).—*La selva oscura.* Poema (1879).—*El vértigo.* Poema (1879).—*La visión de Fray Martín.* Poema (1880).—*Hernán el Lobo.* Primera parte. (En *El Liberal,* 1881).—*La pesca.* Poema (1884).—*Maruja.* Poema (1886).—Miscelánea literaria (1886).—Discurso en la inauguración de la Exposición literario-artística (1887).—Discurso leído en el Ateneo, sobre el regionalismo (1886).—Discurso leído en el Ateneo, sobre la poesía lírica (1887).—Discursos del Congreso literario hispano-americano (1892).—Poemas cortos (1895).—*¡Sursum corda!* Poema (1900).—*Luzbel.* Primera parte. (En *El Liberal).*—*La sombra de César.* Tragedia. (Trad. de Víctor Balaguer).

De estas obras, muchas se han traducido al francés, al portugués, al inglés, al alemán, al sueco, al holandés y al húngaro. Hasta hay una versión latina de *El vértigo,* por D. Miguel de Robles Alabern.

Estrofas

I

La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises ó amenaces miedo».

II

Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la concusión, que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Estado exánime y podrido.

III

Arranque de dolor, de ese profundo
dolor que se concentra en el misterio
y huye amargado del rumor del mundo,
fué su sangrienta sátira cauterio
que aplicó sollozando al patrio imperio,
mísero, gangrenado y moribundo.

IV

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira
que con Quevedo descendió á la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba;

V

de la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracán de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota;

VI

de este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro, impenetrable y frío;
de este insensato pensamiento impío
que destituye á Dios, despuebla el cielo
y precipita al mundo en el vacío;

VII

si en medio de esta borrascosa orgía
que infunde repugnancia al par que aterra
esa lira estallara, ¿qué sería?

Grito de indignación, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmovería.

VIII

Mas porque el gran satírico no aliente,
¿ha de haber quien contemple y autorice
tanta degradación, indiferente?
«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados
como las leves gotas de rocío
que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,
y cuántos corazones anegados
en la amarga corriente del hastío!

X

No es la revolución raudal de plata
que fertiliza la extendida vega:
es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
sino confuso resplandor que ciega
y tormentoso vértigo que mata.

XI

Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate

con el rayo marcó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fe radiante y pura.

XII

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando sus ardientes ojos
en ese cielo azul, limpio y sereno
de santa paz y de esperanzas lleno.

XIII

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y á Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempos de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria, muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?

¿De qué la sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo inextinguible anhelo
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI

entregarse á merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja
el secreto inquirir de su destino;
si á cada paso que adelanta, deja
su fe inmortal, como el vellón la oveja,
enredada en las zarzas del camino?

XVII

¿Si á su culpada humillación se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen, y prefiere
á descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano

y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¡licencia desgreñada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito, el desorden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia á dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera,
bálsamo á los dolores de esta vida?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus morales ligaduras,

mira doquier con ojos espantados,
por toda la extensión del horizonte
dilatarse á sus pies vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
grítale audaz:—¡El cielo está vacío!
¿A quién temer?—Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita:—¡Todo es mío!

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en son de guerra
hace temblar bajo sus pies la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho

nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo à su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal, ¡es la materia que se mueve!

XXVIII

Y buscará la libertad en vano,
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto á estallar, que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

Miserere

Es de noche: el monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pie del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y á veces, como un lamento,

resuena el lúgubre són
con que llama á la oración
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
su incierta luz á lo lejos,
y á sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan
esas mil sombras que espantan
á los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
la regia cripta conmueve
ruido extraño, que aunque leve,
llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
con mano firme y segura,
entreabre su sepultura,
y haciendo una horrible mueca,
su faz carcomida y seca
asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño,
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario,
alza el mármol funerario,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro, envuelto
en su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en són de guerra
con aquella voz concisa
que oyó en el siglo, sumisa
y amedrentada la tierra.
—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
varones que honráis la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias
salid, que el César os llama.—

Contestando á estos conjuros,
un clamor confuso y hondo
parece brotar del fondo
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos:
la serie de reyes muertos
después á salir empieza,
y es de notar la tristeza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás el rey devoto,
aquel que humillado y roto
vió desmoronarse á España,
cual granítica montaña
á impulsos del terremoto.

Luego el monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,
en cuya Edad, nuestra gloria
como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
se estremece todavía.
¡Ay, qué terrible armonía,
qué oscuro enlace se nota
entre aquel mísero idiota
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
cobra los vitales bríos,
y se aglomeran sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegara el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,
príncipes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea
por su semblante amarillo

el fosforescente brillo
que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,
cuántas invictas espadas,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitara en vida,
convertidos en guarida
de miserables gusanos!

Desde el triste panteón
en que se agolpa y hacina,
hacia el templo se encamina
la fúnebre procesión.
Marcha con pausado són
tras del rey que la congrega,
y cuando á la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
como en los siglos pasados,
reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.

Después un tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto á la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Carlos, que el cetro ostenta,
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime
que á inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos
caen ante el ara de hinojos
y á Dios elevan su canto.
Honda expresión del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso que va creciendo,
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba:

»Fuimos las ondas de un río
»caudaloso y desbordado.
»Hoy la fuente se ha secado,
»hoy el cauce está vacío.
»Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
»se extingue, se apaga y muere.
»*¡Miserere!*

»¡Maldito, maldito sea
»aquel portentoso invento
»que dió vida al pensamiento
»y alas de luz á la idea!
»El verbo animado ondea
»y como el rayo nos hiere.
»*¡Miserere!*

»¡Maldito el hilo fecundo
»que á los pueblos eslabona,
»y busca, y cuenta, y pregona
»las pulsaciones del mundo!
»Ya en el silencio profundo
»ninguna injusticia muere.
»*¡Miserere!*

»Ya no vive cada raza
»en solitario destierro,
»ya con vinculo de hierro
»la humana especie se enlaza.
»Ya el aislamiento rechaza,
»ya la libertad prefiere.
»*¡Miserere!*

«Rigido y brutal azote
»con desacordado empuje
»sobre las espaldas cruje
»del rey y del sacerdote.
»Ya nada existe que embote
»el golpe ¡oh Dios! que nos hiere.
»*¡Miserere!*

»Mas ¡ay! que en su audacia loca,
»también el orgullo humano
»pone en los cielos su mano
»y á tí, Señor, te provoca.

»Mientras blasfeme su boca,
»ni paz ni ventura espere.
»*¡Miserere!*

»No en la tormenta enemiga:
»no en el insondable abismo:
»el mundo lleva en sí mismo
»el rayo que le castiga.
»Sin compasión ni fatiga
»hoy nos mata; pero muere.
»*¡Miserere!*

»Grande y caudaloso río
»que corres precipitado,
»ve que el nuestro se ha secado
»y tiene el cauce vacío.
»¡No prevalezca el impío,
»ni la iniquidad prospere!
«*¡Miserere!*»

Súbito, con sordo ruido
cruje el órgano y estalla,
la luz se amortigua, y calla
el concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
del grave y solemne canto,
llega á su colmo el espanto
de las mudas calaveras,
y de sus órbitas hueras
desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
la luz misteriosa y vaga,
todo murmullo se apaga
y el cuadro se desvanece.

Con el alba que aparece
el cortejo se evapora,
y mientras la blanca aurora
esparce su lumbre escasa,
á lo lejos silba y pasa
la rauda locomotora.

Eloy Perillán Buxó

En Valladolid, donde su padre era médico del Hospital Militar, nació Eloy Perillán Buxó el día 25 de Junio de 1848. Cuando contaba unos veinte años ausentóse de su ciudad natal, y llevado de su espíritu aventurero hizo una vida de agitación contínua. Permaneció durante algunos años en las repúblicas hispano-americanas: en Montevideo estableció en 1874 una cátedra de literatura, y en Lima fundó, tres años más tarde, y en unión de varios escritores peruanos, el periódico *La Broma,* colaborando también en *El Correo Español,* de la misma capital. Tanto en América como en España dió numerosas obras al público, especialmente dramáticas, porque, como puede verse en la bibliografía, su fecundidad fué grande. Firmó muchos de sus escritos con los seudónimos *Pedro Illán* y *El Bachiller Juan de Lima.*

De regreso en España, fundó en Madrid, también con el título de *La Broma,* un periódico satírico que alcanzó gran popularidad y en el que hizo verdadero derroche de ingenio. Nuevamente

se trasladó á América, y encontrándose en la Habana le sorprendió la muerte el día 1 de Marzo de 1889.

OBRAS

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO: *El último figurín.* (Comedia en verso).—*Parientes y trastos viejos.* (íd.).—*Un millón y dos estrellas.* (íd.).—*La sortija de pelo.* (íd.).—*¡Y todo por un simón!* (íd.).—*¡Esto se complica!* (íd.).—*El do de pecho.* (íd.).—*Las tres D. D. D.* (íd.).—*La berlina del doctor.* (En prosa).—*El loco en su casa.* (íd.).—*Un viejo verde.* (íd.).—*La Guía de forasteros.* (íd.).—*El melón del diputado.* (En verso).—*Roma y Cartago.* (íd.).—*Eclipse de luna.* (íd.).—*El ramo de lilas.* (íd.).—*¡Papá!* (íd.).—*El tren correo.* (íd.).—*La lista grande.* (En prosa).—*La huelga de los maridos.* (íd.).—*El cisco de Retama.* (íd.).—*El amor y el cornetín.* (En verso).—*Un secreto entre mujeres.* (íd.).—*El cometa en el retiro.* (íd.).—*Boda y media.* (íd.).—*Una crisis conyugal.* (íd.).—*El ideal de la niña.* (íd.).—*Las llaves de San Pedro.* (En prosa).—*Armonías conyugales.* (En verso).—*La antesala del ministro.* (íd.).—*Un madero con ojos.* (íd.).—*La ciega del Escorial.* (Drama en verso).—*¿Qué será, qué no será?* (Comedia en verso).—*Pico de oro.* (íd.).—*Apuros de un candidato.* (En prosa).—*Las macetas.* (Monólogo en verso).—*De Miraflores y á prueba.* (Diálogo en verso).—*Naranjas y limones.* (Comedia en verso).

En más de un acto: *El sitio de París.* (Drama en cuatro actos, en colaboración con D. Pedro Marquina).—*El espejo del alma.* (Comedia en tres actos).—*D. Robustiano.* (íd. en dos actos y en prosa).—*Las hijas de la noche.* (íd. de magia, en tres actos y en verso).—*Los diamantes falsos.* (íd. en tres actos y en verso).—*León Manso.* (íd. en dos actos y en verso).

Zarzuelas: *El chispero.* (En tres actos y en verso).—*El bautizo de mi hijo.* (En tres actos y en verso, música de los maestros Arche y Bretón). —*La copa de plata.* (En dos actos y en verso, en colaboración con los Sres. Pina Domínguez y Pastorfido, música del maestro Levasseur).—*La huérfana.* (En un acto y en verso, música del maestro Vilamala).—*¡Bruto!* (En íd. íd., música del maestro Rogel).—*Apolo y Apeles.* (En íd. íd., música del maestro Vilamala).—*Una cana al aire.* (En íd. íd., música del maestro Rogel).—*Hatchis.* (Revista político-social en dos actos y en verso, música de los maestros Rubio y Espina).—*Los matadores.* (Programa político-taurino en un acto y en verso, en colaboración con D. José Jackson Veyán, música del maestro Rubio).

Obras no dramáticas: *Retratos de cuerpo entero.—Biografías de hombres políticos.—La guerra franco-prusiana.—Dramas sangrientos.—Las emociones de un chino.* (Traducido de M. L. Gozlan).—*Mentiras y verdades.—La campanilla del diablo.—Cartas á Elena.—Los bohemios de Madrid.—Pecados veniales.—Cachivaches de hogaño.* —*La boda del niño.* (Cuento en verso).—*La demo-*

cracia. (Traducido de Monseñor Guilbert, prólogo de D. Emilio Castelar).—*Pelos y señales.* (Crítica del poema de Núñez de Arce, *Maruja*).—*Un año en Bolivia.*—*¡Cásate, Pancho!* (Novela humorística).—*Bengalas.*

Obras dramáticas en América: *La caja de Pandora.* (Revista del Perú en 1877).—*El gran pleito.*—*José Olaya.*—*Los compadres.*—*¡Muerto en vida!* (Drama en un acto y en verso).—*José Miguel Carrera.* (Drama en tres actos y en verso). —*Patriotas y Talaveras.* (íd. en cuatro actos).—*El sitio de Chillán.* (íd. en tres actos).—*Bernardo O' Higgins.* (íd. íd.).—*La defensa de Talca.* (íd. íd).—*La Zamacueca.* (Zarzuela en un acto y en verso).—*El bajá de Melipilla.* (Juguete en un acto y en verso).—*Rosita la Chillaneja.* (Semizarzuela en un acto y en verso).

Donde menos se piensa...

EPISODIO MADRILEÑO

Don Gil, reposadamente
y con el mejor talante,
en el café de Levante
tomaba leche caliente.
Siempre aguardaba puntual
en aquel tranquilo goce,
hasta que daba las doce
el reló del Principal.
A media noche, salía
del café; se abotonaba
el gabán, y se marchaba
á la casa en que vivía.
Su adorada compañera,
que es María de la O,
ninguna noche dejó
de alumbrarle en la escalera.
Así, pues, sin pesadumbre
vivía, aunque á alguien le asombre;
¡por algo dicen que el hombre
es animal de costumbre!
Una noche (eran las diez
y no llovía), tomaba
la leche que acostumbraba
con calma, sin avidez;
cuando un amigo ¡malvado!
acercándose à la mesa,
le dió la peor sorpresa
que puede darse á un casado.

—¿Sabes que acabo de ver
á tu mujer?
—¡Estás loco!
—¡Que la he visto hace muy poco!
—¡Digo que no puede ser!
—Me asombro de tu rudeza.
—Pero, ¿dónde, majadero!
—¡Iba con un caballero
por la calle de Hortaleza!
—¿Qué dices?
—Yo los seguí
con cierta curiosidad,
que me inspiró la amistad
noble que me liga á tí.
Reparé que iban inquietos;
yo me oculté, ellos pasaron
y, más tranquilos, bajaron
por la ronda á Recoletos.
—¿Sabes dónde están? ¡Recuerda!
¡Infelices si los pillo!
—Están en el jardinillo,
¡tercer banco de la izquierda!
—¡Oh, María de la O!
Castigaré tu cinismo...
Voy á marchar ahora mismo.
¡O! Sabré vengarme ¡oh!
Como está oscura la noche
iré sin que ella sospeche.—
Dijo Gil; pagó la leche,
salió á escape, y tomó un coche.
—¡Á la Cibeles!— gritó
al meterse en la berlina.—
¡Si vas volando, propina;
si no vuela el coche, no!
—¡Verá usted cómo no huelgo!
dijo el otro en gallegazo,

y después de un latigazo
se oyó quejar al jamelgo.
  Llegó al punto que anhelaba
Gil, por su honor inseguro,
y dió al simón medio duro
sin saber lo que le daba.
  —¡Los mataré aunque me pierda!
—murmuró.— ¡Bribones, pillos!
¡Están en los jardinillos,
tercer banco de la izquierda!—
  De repente, se paró,
llevó una mano á la frente
y en la verja de la fuente
la otra mano colocó.
  —¿Qué voy á hacer? Cosa clara.
Está visto... Soy un bolo...
Si los pillo, yendo solo,
como si no los pillara.
  Debo ir con la autoridad
á fin de que me proteja.
¡Si yo hallara una pareja
por una casualidad!—
  Se daba á los diablos Gil,
víctima de Capricornio,
cuando divisó un tricornio...
¡Pasaba un guardia civil!
—¡Guardia, guardia!
                    —Soy sargento.
—Pues bien, sargento; haga usted
la incomparable merced
de acompañarme un momento.
  —¡Caballero! Es imposible;
llevo un parte al coronel
y soy á mi encargo fiel...
—Se trata de un lance horrible,
  es un asunto de honor,

una cuestión de familia
muy grave, y si usted me auxilia
podrá ser mi salvador.—
  Agarróse al civil Gil;
el civil se resistía,
porque, á la verdad, tenía
un genio... poco civil.
  —¡Esto no es de mi instituto,
caballero, lo repito!
—¡Basta!.. disculpas no admito...
—¡Pero no sea usted bruto!
  Además, que mi mujer
me aguardará sin dormir,
porque hoy no he podido ir
á la hora de comer.—
  Gil no atendía; arrastraba
desesperado al sargento,
y con impulso violento
sus galones arrancaba.
  De pronto, entre los insultos
de su víctima, lanzó
un grito espantoso... —¡Oh!
¡Ve usted aquellos dos bultos!
  —¡Un hombre y una mujer!
¡Eso abunda por aquí!
—¡Es que están sentados!
                    —¡Sí!
—Los vamos á sorprender.
  Y llegando por detrás
al banco, con precaución,
exclamó, echando el pulmón:
—¡Infame! ¡tú morirás!..
  Pero es preciso saber
que esto no lo dijo Gil...
¡Lo dijo el guardia civil
conociendo á su mujer!

El amigo que le dió
á Gil tan falsa noticia,
desde un pueblo de Galicia
poco después escribió:
—«Aquel susto que te di
fué una broma y nada más,
que tú me dispensarás...
Ya sabes... ¡Yo soy asi!»
No busque usted al sargento;
se fué á Cuba y no volvió...
Asi me lo han dicho, y yo
lo que me contaron, cuento.

Emilio Ferrari

El autor de *Pedro Abelardo* nació en Valladolid el día 24 de Febrero de 1850, en la casa de la Acera de San Francisco que hoy ostenta una lápida indicadora del suceso. Todavía mozalbete, dió á conocer en los periódicos locales sus primeros ensayos literarios, en los que descubrieron las personas inteligentes cualidades nada comunes. Entonces escribió *La escarcela de una dama,* leyenda romántica, y numerosas poesías líricas.

Llevado, como casi todos sus amigos, por la pasión política que agitaba los ánimos, leyó en reuniones clandestinas poesías de tonos revolucionarios. Por complacer á sus padres hízose abogado, y por satisfacerse á sí propio licenciado en Filosofía y Letras. En *El Museo,* periódico que dirigía el catedrático D. Eduardo de Ozcáriz, colaboró asiduamente, y fué uno de los más entusiastas sostenedores de la sociedad *Casa de Cervantes,* que en la antigua vivienda del Rastro celebraba sesiones literarias.

Pronto se dió á conocer fuera de su pueblo

natal. *La Ilustración Española y Americana* le premió un cuento titulado *El diablo de moda* y dió cabida á varias de sus producciones. Ingresó en el cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios y se estableció en Madrid, donde su reputación quedó definitivamente asentada con lecturas en el Ateneo y publicación de poemas varios. «Tiene Ferrari —escribió Castelar cuando nuestro poeta fué aclamado por su *Pedro Abelardo,*— las facultades intrínsecas del poeta: la virtud mágica de convertir la vida en idea y la idea en vida; la intuición misteriosa que ve las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo espiritual y lo corporal, y el arte sumo de poner en gran relieve y en forma palpable lo pensado, lo invisible, lo etéreo, lo ideal, y de dar alas á las cosas, convirtiéndolas dentro del áureo incienso de su fantasía en esencias.»

Ingresó en la Real Academia Española el día 30 de Abril de 1905, y su discurso, muy erudito y ameno, levantó gran polvareda entre los poetas afiliados al modernismo.

Ferrari sucedió á Zorrilla en el cargo honorífico de Cronista de Valladolid.

Murió el día 1.º de Noviembre de 1907.

OBRAS

Pedro Abelardo. Dos cetros y dos almas (1884). *Poemas vulgares: Consummatum. En el arroyo* (1891).—*Obras completas* (1908).

Las tierras llanas

Vuela el tren atravesando la monótona llanura
cuyo suelo resquebraja la aridez canicular,
donde no hay ni un hilo de agua ni una mata de verdura,
pero que ábrese á los ojos infinita como el mar.

Como el mar. Este paisaje por los surcos ondulado
que sin términos ni orillas se dilata en derredor,
es un mar en inmutable rigidez paralizado,
en el cual no se percibe movimiento ni rumor.

Aún quizá más imponente, porque en calma inexpresiva,
ni sonríe ni amenaza, siempre inmóvil, siempre igual,
es también el libre espacio, la insondable perspectiva
que fascina y anonada, tentadora y virginal.

Aquí, igual que ante la inmensa plenitud del Oceano,
el espíritu del hombre retrocede sin querer,
y su vista no se atreve, confundida por lo arcano,
de la esfinge aterradora la mirada á sostener.

Es la misma soberana, desdeñosa indiferencia
que parece repetirnos en la vasta soledad:
«¿Qué sé yo de vuestra nada? ¿Qué hace aquí vuestra presencia?
Soy lo eterno, y permanezco; sois lo efímero, pasad.»

¡Cuán solemne la tristeza reposada y majestuosa
de estos campos, que contemplan cara á cara el cielo azul,
donde, en medio de una viva transparencia luminosa,
flota sólo en la distancia la calina como un tul!

Tierras, tierras y más tierras sin relieves ni accidentes;
un tapiz desenrollado, sin cesar, á nuestros pies,
una tela ajedrezada de cien tonos diferentes,
desde el verde de las cepas hasta el áureo de la mies.

Sólo, á veces, de unos olmos medio oculta entre el ramaje,
se ve el agua de un arroyo mansamente resbalar;
y ¡qué intensa poesía cobra en medio del paisaje,
que su vida allí parece toda entera concentrar!

Otra vez es un sendero que aseméjase al rasguño
con que un dedo de gigante desgarrara aquel tapiz,
el que cruza la rugosa superficie del terruño,
dividiéndola á lo largo como roja cicatriz.

Unos de otros muy distantes, y apiñados siempre en torno
del escueto campanario que remata humilde cruz,
pasan pardos pueblecillos cuyo mísero contorno
se recorta en línea obscura sobre un fondo todo luz;

y detrás de aquellos muros la existencia se adivina
del labriego castellano, grave, sobrio y regular;
del trabajo al aire libre la epopeya campesina,
la velada silenciosa junto al fuego del hogar.

Calma en todo, que no turban sino el grillo soterrado
tras el seto, en cuyas ramas se guarece el caracol,
ó algún grupo de maricas que se cierne, desbandado,
sobre la ancha carretera, donde á plomo cae el sol.
. . . .

Una voz. Allá en las eras, dando vueltas en el trillo,
que abandona de las mulas al impulso maquinal,
una moza entona un aire de monótono estribillo,
un canto áspero, arrastrado, soñoliento y gutural.

Aquel canto es la llanura con su austera poesía,
es el eco de la estepa resonando en su confín;
sus compases tienen, lentos, la uniforme simetría
de los surcos, que lo escriben en pentágrama sin fin.

No es su rígida cadencia la que en árabe guitarra
sensual gime con acentos de indolente languidez
en la siesta voluptuosa, bajo el toldo de la parra
que de un patio granadino presta sombra al ajimez;

no es la música mimosa con arrullos de caricia
que en las tardes apacibles melancólicos oís
por las húmedas laderas de los valles de Galicia
y al chirrido quejumbroso de algún carro del país;

ni la bélica alegría tan robusta y generosa
que Aragón presta á los tonos de su canto popular,
explosión de sentimientos en que indómita rebosa
la fiereza originaria de la sangre almogavar.

Es todo esto confundido, que á los términos distantes
se dilata sin que un eco lo devuelva en su extensión;
es un trémolo de notas aceradas y vibrantes
como el alma de Castilla, que está toda en aquel són.

¡Oh, Castilla, tierra madre! ¿Quién no siente la hermosura
de esas vírgenes montañas que no ha hollado humano pie,
que hasta el cielo se escalonan en disforme arquitectura,
y en redor de cuyas cumbres sólo al águila se ve?

¿Quién no admira, estremecido por un vértigo sublime,
desde el borde pedregoso de un picacho desigual,
de qué modo hácia el abismo, con fragor que el pecho oprime,
precipítase el torrente por el agrio peñascal?

Sí, grandioso es el ceñudo panorama de los montes;
mas á todo yo prefiero tu solemne placidez,
tus serenas perspectivas, tus abiertos horizontes,
donde abarcan las miradas el espacio de una vez.

En las cimas Dios se vela tras la roca ó tras la nube;
aquí le hablo sin que nada se interponga entre los dos;
en las ásperas montañas hasta Dios el hombre sube;
solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.

Obsesión

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,
cuando descansa la ciudad, y en ella,
rendido todo á la quietud, parece
que duerme el aire y el silencio pesa;

cuando no se oye, sino allá á lo lejos,
la persistente voz del centinela,
ó el reló que, monótono, en la torre
pausado, el curso de las horas cuenta;

cuando, rompiendo su prisión, del sueño
por la espiral en lo ignorado abierta,
cada alma emprende misterioso viaje
al país ideal de su quimera;

cuando en la vasta obscuridad nocturna
no hay una luz; cuando tan sólo velan
en las calles el vicio vagabundo
y el recuerdo tenaz en la conciencia;

sabéis lo que es sentiros en el hombro
tocar por alguien que en la sombra acecha,
y que os dice: «Heme aquí, ven á la cita,
soy yo: la insomne, la implacable idea»?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas
el cuerpo revolviéndose protesta,
pronto la lucha entre Jacob y el Angel
se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,
sombra que el alma á lo exterior proyecta,
germen de un ser que á reclamar la vida
desde los limbos de la mente llega,

quiere dejar de la abstracción las cumbres,
cual las del Globo estériles y yertas,
hacerse carne, revestirse forma,
ser realidad, y vibración y fuerza.

La veis al lado, aunque cerréis los ojos,
á un tiempo amante y desdeñosa, mezcla
de tentadora seducción que atrae
é inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio
con una extraña claridad sidérea;
su cuerpo es un vapor hecho escultura,
clásica estatua modelada en niebla.

Mas en vano su espíritu impalpable
queréis aprisionar en la materia:
la aparición, aunque os incita, os huye,
os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos
halla encantada á la gentil princesa,
ignorando la mágica palabra
con que romper el sortilegio pueda;

y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo
la ofuscación de la ideal belleza,
hasta que, asiéndoos del cabello, os postra
deslumbrados y trémulos en tierra.

¿En dónde el nexo misterioso se halla,
en dónde está la conjunción suprema
del pensamiento y la palabra, verbo
donde se encarne la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,
sin apagar su lámpara de estrellas,
por una escala mística de estrofas
hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos
atará al carro que á la diosa lleva,
de dos en dos las palpitantes rimas,
como apareadas tórtolas gemelas?

Así ambas alas desplegando á un tiempo,
la inspiración hasta los cielos llega,
la palabra halla así de que en el mundo
son los objetos esparcidas letras;

el plan divino al descubrir, precede
siempre á la vida en su ascensión perpetua,
y en todo el lujo de esplendor produce
lo que aun informe la creación bosqueja.

¡Oh poema imposible, cuya forma
siento en el alma dibujarse incierta,
cuyas estancias de flotante ritmo
continuamente en mi interior resuenan;

sueño, ideal, aspiración, que llevo
dentro de mí desde la edad primera,
esquivo siempre á la inflexible frase,
indócil á la rígida cadencia;

si no me es dado transcribirte nunca
vivo en los signos de la humana lengua,
renace, al menos, en futuros días
dentro del corazón de otro poeta!

La musa moderna

Que en este siglo de sarcasmo y duda
sólo una musa vive...
NÚÑEZ DE ARCE.

En medio de las ruinas que á montones
cubren la tierra desolada y fría,
despojo de las ondas convulsiones
de esta angustiosa y trágica agonía,
dogmas hollados, muertas religiones,
tronos hundidos, soledad sombría,
de un cielo gris entre la luz confusa,
triunfante se alza la moderna musa.

Musa de disección que tierra y cielo
de escudriñar en su avidez no cesa,
del alma mide el soberano vuelo
y la ceniza de los héroes pesa;

que de Isis quiere desgarrar el velo,
que emponzoña la sangre cuando besa,
y á quien echar en el matraz se ha visto
del hombre el llanto y el sudor del Cristo.

Sobre esta vieja sociedad asoma
su amenazante brazo iconoclasta;
ya es hacha ruda que brutal desploma,
ya ácido lento que tenaz desgasta.
¡Oh ilusión dulce, mística paloma,
de todo amor la compañera casta!
¿en qué árbol ya fabricarás tu nido
que no vacile por el rayo herido?

Y tú, entusiasmo, generoso aliento,
embriaguez de la fe, savia del mundo,
calofrío sublime en que un momento
Dios pasa por nosotros, tu fecundo
fuego se consumió, del firmamento
se despide tu sol, ya moribundo,
y poco á poco, entre congoja y duda,
de cuanto amaba el corazón enviuda.

En este erial hospitalarias tiendas,
¿dónde izaréis el maltratado lino?
Sombra y descanso en las humanas sendas,
¿dónde os podrá encontrar el peregrino?
Ya á nuestros ojos arrancó ambas vendas,
la crítica cruel, numen divino
y á la vez infernal, que en la penumbra,
royendo iguala, é incendiando alumbra.

Buscando en todo el interior arcano,
cuando rebelde actividad le anima,

la leve pluma en su nerviosa mano
es piqueta y segur, martillo y lima.
¿No oís cuál cruje al deshacerse vano
todo en redor? A nuestros pies la sima;
sobre nosotros el nublado, enfrente
problema ó negación: ¿qué es el presente?

¡Analizar! ¡analizar! ¡Sagrada,
mas peligrosa sed, nunca extinguida!
Tener un microscopio en la mirada
para contar los hilos de la vida;
bullendo entre la seda delicada,
ver al gusano por quien fué tejida,
polvo la dicha hacer que tanto cuesta,
por descubrir de lo que está compuesta.

He aquí la enfermedad y al par la gloria
de este siglo infeliz, pero gigante:
llora lo que destruye, y por la historia,
vuelta la vista atrás, marcha adelante.
El lo ha borrado todo en la memoria,
y á un tiempo temerario y anhelante,
en ella, interrogando á lo infinito,
sólo un «¿por qué?» desolador ha escrito.

Y bien, no importa. Al porvenir mirando,
¿quién duda siente, ni temor denota?
Con renovado impulso circulando,
la vida cambia, pero no se agota;
cadena que los mundos va enlazando
tal vez interrumpida, nunca rota;
luz que va y viene á nuestros ojos ciegos,
como la antorcha en los antiguos juegos.

¡Ah! Si hoy el hombre en muladar dorado,
Job sin virtud á quien el mal no deja,
sangra del triste corazón llagado
y el cielo azota con su amarga queja;
si hoy un mundo moral se hunde tragado
por este mar que en su furor no ceja,
y al sumergirse en el abismo hambriento
la Atlántida va á ser del pensamiento.

Un día en los espléndidos fulgores
de nueva fe se inundará el Oriente,
volverán en la tierra á nacer flores,
á brotar esperanzas en la mente;
y el iris, como un nimbo de colores,
del cielo ornando la anchurosa frente,
del largo caminar descansaremos,
y la inmortal Jerusalem veremos.

Como en la gran transformación obscura
de la activa materia no perece
ni la pavesa que fugaz se apura
ni el tenue polvo que la brisa mece,
así en la lenta evolución que dura
lo que la historia, y que el tesoro acrece
del alma sin cesar, ni un solo grano
se pierde nunca del progreso humano.

La senda

Cuánto misterio ensoñador y vago
para esta celestial aventurera
que en el alma reside, hay en las curvas
de una tortuosa y arriscada senda,

que á nuestra vista, en la planicie ondula,
por los escarpes de la roca trepa,
á los recuestos del peñón se enrosca,
bajo el chaparro del pinar se quiebra;

y á sí atrayendo el distraído paso
del caminante, sin cesar se aleja,
con el zig-zag del desvarío á hundirse
tras lo ignorado, entre distancia y niebla.

Aquella faja desigual de polvo
que, al dilatarse en la llanura extensa,
ya se disloca en rápidos esguinces
ó ya se tiende en inflexible recta,

tiene la vaguedad de la esperanza,
tiene la tentación de la promesa:
es el azar, que á nuestro encuentro sale,
es una entrada en lo imprevisto abierta;

y nadie puede trasponer su linde
sin volver tristemente la cabeza,
soñando en el lugar desconocido
que se hallará al final de la vereda.

Vicente Colorado

Nació en Valladolid el día 19 de Abril de 1850. Con Ferrari, Albino Madrazo, Estrañi, Heliodoro M. Jalón, Taladriz y otros, cultivó de joven las letras en su pueblo natal. Ingresó luego en el cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, y durante largos años residió en Madrid.

Como periodista, fué director de la *Revista Ilustrada* y redactor de *La Epoca* y *La Monarquía,* colaborando además en otros varios periódicos. Grande amigo de Campoamor, después de muerto éste editó, juntamente con D. U. González Serrano y D. M. Ordóñez, sus obras completas.

Falleció Vicente Colorado en 10 de Septiembre de 1904.

OBRAS

Fundamentos de la Sociología. Memoria leída en el Ateneo (1883).—*De carne y hueso.* Comedia. —*Besos y mordiscos.* Poesías (1887).—*Hombres y bestias.* Prosa (1887).—*Francisca de Rímini,* episodio dramático, y *El acta,* comedia.—*Rinconete y Cortadillo.* Comedia.—Teatro, precedido de una carta de D. Pedro A. de Alarcón y una crítica de D. M. Cañete (1897).

Flaquezas humanas

Quien da en su pecho á la piedad abrigo
ampara á quien, infame, le mancilla;
la vil calumnia como cierta brilla
cuando el calumniador va sin castigo.

La ofensa perdonada al enemigo
es torpe acción que al ofendido humilla,
y es además fecunda y ruin semilla
que otras muchas ofensas trae consigo.

La merced que al cobarde hace el valiente
torna al cobarde audaz, y la clemencia
honra al malvado á costa del clemente.

Piedad, perdón, olvido, bien, conciencia,
puertas son por las cuales libremente
penetra á todas horas la impudencia.

Oración

Señor: haz que mi alma vibre
cual las notas del Salterio;
sácame del cautiverio,
vuélveme á tu seno libre;

Tú, que enciendes cada día
el sol en el horizonte,
que llenas de aroma el monte,
de astros la noche sombría;

de blancas olas los mares
y de pájaros el cielo,
Tú, que eres paz y consuelo,
Señor, no me desampares.

Como la flor del granado
vuelve con la primavera,
haz, Señor, de igual manera
que á mi pecho lacerado,

que cree y espera en Tí,
vuelvan, con el bien que amé,
la gloria que codicié
y la calma que perdí.

La nieve

I

Desnudas están las ramas;
ni hojas ni pájaros tienen;
como fúnebre mortaja
todo lo cubre la nieve.
Así de mi juventud
yacen los días alegres,
desde aquel en que cayeron
las canas sobre mi frente.

II

Hijos míos, hijos míos,
aun más fría, aun más helada
que la nieve de estos campos
lo es una mujer sin alma.

Dios os libre, Dios os libre
que cifréis vuestra esperanza,
en la edad de las pasiones,
en esas hermosas damas
que el sol llevan en los ojos
y en el pecho nieve helada.

III

¡Ventiscas, nieves y fríos!...
Pronto estas ramas que llevo
calentarán las manitas
de mis pobres netezuelos...
¡Tienen frío y tienen hambre!
¡Robaré el pan, como el fuego!

Leopoldo Cano y Masas

Hijo de D. José María Cano y Urquijo y de D.ª Concepción Masas y Cardaño, nació este poeta en Valladolid, en el palacio del Almirante (hoy teatro de Calderón) el día 13 de Noviembre de 1844.

Ingresó en la academia de Estado Mayor del Ejército en 1861.

Salió en 1865 con el empleo de teniente, y con el número 1. Ascendió á capitán por antigüedad en 1867; y en 1868 recibió el grado de comandante por gracia general concedida á todo el ejército.

En 1867 fué nombrado profesor de la Academia de su Cuerpo y continuó en ella hasta 1875 en que, á petición propia, fué destinado al ejercito de campaña en Cataluña y luego al de la Derecha, á las órdenes de Martinez Campos.

Á la terminación de la guerra carlista volvió á ser nombrado profesor de dicha Academia, en la que permaneció hasta su ascenso á teniente coronel. Entonces fué destinado á la Dirección General de Instrucción Militar. Después volvió á

la Academia de Estado Mayor, con el cargo de Jefe del detall y de estudios. Al ascender á coronel fué nombrado Jefe de Estado Mayor de Granada (en 1889). En 1890 pasó á Puerto Rico con el cargo de Secretario del Gobierno General y allí permaneció tres años. Al regresar á la Península quedó agregado á la Junta Superior Consultiva de Guerra.

Fué después: Jefe de Estado Mayor de Galicia; Ayudante de los Generales López Domínguez y Azcárraga; 2.º Jefe de la Sección de Campaña del Ministerio de la Guerra; Jefe de estudios de la Escuela Superior de Guerra.

Al ascender á General de Brigada en 1900, desempeñó el cargo de Secretario de la Junta Consultiva de Guerra, y luego el de Director de la Escuela Superior de Guerra.

Ascendido á General de División, fué nombrado 2.º Jefe del Estado Mayor Central y luego Fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Su último destino, hasta pasar por edad á la reserva, fué el de consejero del mismo alto cuerpo.

Desde muy joven cultivó Cano y Masas las bellas letras, y, trasladado á Madrid, alcanzó en el teatro continuados triunfos. En 9 de Junio de 1910 ingresó en la Real Academia Española.

OBRAS

Un filósofo en fiambre. Juguete cómico (1876). —*El más sagrado deber.* Drama (1877).—*Los laureles de un poeta.* Drama (1878).—*La opinión*

pública. Drama (1878).—*La Mariposa.* Drama (1879).—*El código de honor.* Drama (1881) —*La moderna idolatría* (1882).—*La Pasionaria* (1883). —*La muerte de Lucrecia.* Cuadro trágico (1884). —*Saetas.* Poesías.—*Trata de blancas.* Comedia (1887).—*Gloria.* Comedia (1888).—*¡Velay!* Comedia (1895).—*La Maya.* Alegoría dramática (1901). —*Mater dolorosa.* Drama (1904).—Obras científicas: *Teoría de las cantidades imaginarias; La cantidad radiante; Tratado de acotaciones.*—Inéditas: *La esquina del Suizo.* Comedia.—*Don Francesillo de Zúñiga.* Drama.—*La paloma de las brañas.* Drama.—*El ganapierde.* Comedia.—*La luna de miel... con moscas.* Comedia.

Se han traducido: *La Pasionaria,* al francés, al portugués, al italiano y al inglés; *La Mariposa,* al sueco, circulando en otras naciones no poco desfigurada; *Los laureles de un poeta,* al italiano.

La frontera

APÓLOGO

Allá en mi país natal,
que de Francia está vecino,
hay en medio de un camino
una piedra y un rosal.
La piedra está en la frontera,
el rosal en torno crece,
y cada flor que aparece
de su hermana es extranjera.
Mas, cuando mueren las dos
enemigas del rosal,
en una sola espiral
vuela su perfume á Dios,
que á las almas y á las flores,
en ese espacio azulado
una sola patria ha dado
sin fronteras ni rencores.
Yo, mirando tristemente
esa linea fronteriza,
que tortuosa se desliza
con aspecto de serpiente,
y recordando los lazos
que el hombre rompe iracundo,
pensé: «¡El amor creó el mundo!
¡El odio le hizo pedazos!
¡Cuán absurda y caprichosa
es la pretensión humana!
¿Dejará de ser hermana
una rosa de otra rosa?»

Y en la piedra, entre las dos
pobres flores, dejé escrito:
«La frontera es un delito
contra las leyes de Dios.»

La abeja y la avispa

Á la abeja industriosa y aplicada,
que transformaba el jugo de las flores
en riquísima miel azucarada,
por secretos primores
de su organización privilegiada,
una avispa cruel
le decía zumbando: «¡Eso no es miel!
¡Con lástima contemplo
tu afán por fabricar inmundo lodo!
Yo tengo la receta... Toma ejemplo.»
Y así, zumbando la soberbia alada,
émulo de la abeja, no hubo rosa,
romero ni tomillo
donde no sepultase codiciosa
la trompa envenenada
de su cuerpo amarillo.
Luego se colocó sobre un papel
y... (lo que elaboraba no era miel).

Críticos: no olvidéis la moraleja.
No es lo mismo la avispa que la abeja.

Saetas

La vida del hombre malo:
Primero, el ocio y el lujo;
después, el juego y el robo,
y luego, el juez... y el indulto.

«¡Ya no se escribe una obra
que no ultraje á la decencia!»
—Sí; desde que usted no cobra
el arte está en decadencia.

—«¡Caballero! Una limosna..!»
—«¿Por qué se quedó usted manco?»
—«Porque un amigo sincero
me dió un apretón de manos.»

Cuando halaga, te hace sangre;
si acaricia, despelleja;
cuando saluda en la calle
parece que te da audiencia.

Entre mil hombres honrados
elige el mejor amigo,
y si echas algo de menos...
registrale los bolsillos.

Voy solo por este mundo
hacia donde no va nadie,
y algunas veces me estorba
el compañero de viaje.

¿Quién era el muerto que arrastran
cuatro potros alazanes?
Uno que logró su empeño
de irse al infierno en carruaje.

Dos cosas que no hallarás:
un alacrán sin veneno,
y un pedante que halle bueno
lo que escriben los demás.

Yo te llamo don Fulano
y tú, Fulanito á mí;
y tú te quedas ufano...
y yo... me río de ti.

De las cosas de este mundo
es la que me hace más gracia
ver la cara de los tontos
cuando creen que me engañan.

La opinión pública

Unánime la opinión,
por gran remedio acudía
en los tiempos de sequía
á un glorioso San Antón
que, en la iglesia de un lugar,
diría probablemente:
«¡Cómo me quiere la gente!
¡No hay santo más popular!»
Sostenía á gran altura
la fama imperecedera
de la imagen de madera,
el barómetro del cura,
que, al notar mucha presión,
exclamaba: «¡Es una alhaja!
Toca á vuelo, que *ya baja!*
¡Esta tarde, procesión!»
Hacía bien; pues tan bruta
la gente del pueblo era,
que mandaba que lloviera
al santo, como á un recluta;

y no lo exigía en balde,
pues, si no rompe la soga,
de fijo un día se ahoga
el borrico del alcalde.
Mas descompuesto, á la cuenta,
el barómetro del cura,
de manera tan segura
anunciaba la tormenta,
que salió el santo tres veces...
sin que lloviera una gota;
y la gente se alborota,
truécanse en gritos las preces
y arranca más de una astilla
al santo la concurrencia,
con más de una irreverencia
en forma de peladilla.
Viendo el cura aquel enjambre
poseído del demonio,
mandó hacer al San Antonio
una cubierta de alambre;
y un día que, consternado
por la seca, con fe viva
pidió el pueblo rogativa,
como, en la opinión fiado,
el buen párroco accediera,
diz que gritó el San Antón:
«¡Fíate de la opinión...
pero ponme la alambrera!»
Eso digo á usted (y advierta
que sé que el pueblo le ama):
«Fíese usted de la fama...
pero atranque usted la puerta.»

Daniel Blanco

Daniel Blanco nació en Medina de Rioseco el día 10 de Abril de 1859. Colaboró desde joven en diversos periódicos, é ingresó, previa oposición, en el cuerpo de Telégrafos.

A más de numerosas poesías líricas, ha escrito dos zarzuelas, representadas con unánime aplauso, y el monólogo dramático *El último adiós de un hijo,* que también ha merecido con frecuencia los honores de la escena.

Durante seis años estuvo encargado en *El Norte de Castilla* de la sección denominada *Nota festiva,* publicando diariamente una composición de la índole indicada en el titulo.

OBRAS

El último adiós de un hijo. Monólogo dramático en verso (1906).

Gritos y pregones

Es el decirlo casi una herejía,
mas yo lo digo en castellano neto:
á los que no lo somos, convendría
muchas veces ser sordos por completo.

A solas en mi cuarto recluído
y ansioso de escribir unos renglones,
una hora hace que en él estoy metido
invocando á mi musa inspiradora...
y hace justa una hora
que estoy también, sin que de rabia estalle,
oyendo el griterío y los pregones
de las gentes que pasan por la calle.
Escribo un verso, de entusiasmo loco,
le pulo, cuido de él para que ejerza
en quien ha de leerle emoción grata,
y en seguidita, á poco,
pasa una verdulera y grita: *¡Berza!*
¡Buena berza! ¡Barata!
Dejo la pluma á un lado
y un momento medito,
entre preocupado é impasible,
—más bien preocupado—
sobre lo inoportuno de tal grito,
por si es una alusión... (¡que es muy posible!)
En esta actitud vaga é indolente
en que, por «vaga», á la verdad, me aburro,
—pues el trabajo á la inacción prefiero—
pasa un chamarilero
que con recia y potente
voz exclama:—*¡Arre, burro!*

Y con paciencia suma
cojo de nuevo la acerada pluma
para trazar en deliciosas trazas
sublimes creaciones
de incomparable inspiración repletas,
y empiezo así: —¿Qué somos los «poetas»?
Y al llegar aquí llega hasta mi oído
la voz de uno que grita á grito herido:
—*¡Melones! ¡Calabazas!*
¡Calabazas! ¡Melones!
Pausa otra vez; mas me rehago pronto
y á mi labor poética me entrego,
huyendo desde luego
de esas coincidencias tan en tonto...
Me apresto, pues, á enardecer la idea
que las brillantes concepciones crea,
y en rítmicas estrofas cantar quiero
las excelencias de la vida...; pero
no sé por qué barrunto
que en empresas tan altas
pudiera sucumbir, y me pregunto:
—¡Dios Santo!: ¿habrá en mis versos grandes faltas?...
Y para triste colmo de mis males
oigo la voz de un tío que, tranquilo,
grita así: —*¡Garrafales! ¡Garrafales!*
¡A treinta y cinco céntimos el kilo!...

No puedo más; se agota la paciencia,
y acuerdo, en consecuencia,
poner fin á mi afán, del que ya salgo,
hasta el día en que, libres los sentidos,
pueda escribir la estrofa más sencilla,
si no con todo el numen de Zorrilla,
á lo menos con algo...
¡con algo... dón en rama en los oídos!

Almas buenas

Las almas buenas son tristes,
son tristes, y son calladas
como las tumbas perdidas
en la estepa solitaria.
Y tiene luces el cielo,
y matices la alborada,
y horizontes el espacio
y la llanura esmeraldas...
Y los campos se sonríen,
y las fuentes se desatan,
y se alegran las florestas,
y los montes se engalanan...
Y tiembla el orbe de gozo,
y el amor bate sus alas,
y aves, fuentes, ríos, campos,
cielo, tierra, flores, plantas,
en regocijo infinito
palpitan, ríen ó cantan...
¡Tan sólo las almas buenas
son tristes y son calladas
como las tumbas perdidas
en la estepa solitaria!

Juan Cortés

Juan Cortés nació en San Cebrián de Mazote, pueblo de esta provincia, en 1860. En la Universidad de Valladolid hizo la carrera de Abogado.

Fundó en esta ciudad *El Curioso Parlante,* revista mensual ilustrada. Figuró luego en la redacción de *La Lealtad,* el primer periódico de Valladolid que se ajustó á las normas y adoptó las amplitudes de la prensa moderna; fué redactor-jefe de *El Norte de Castilla,* cuando este periódico pasó á ser propiedad de los señores D. César Silió y D. Santiago Alba; y desempeñó igual cargo en *La Libertad,* siendo este diario órgano del partido conservador vallisoletano.

Ha dirigido *El Día de Palencia* y *La Mañana,* de La Coruña; ha colaborado en varios importantes periódicos de Madrid, figurando, en época reciente, como redactor-jefe de *El Globo.*

Como abogado, por su intervención en los debates de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, de Madrid, obtuvo, siendo presidente de tan docta corporación el Sr. Romero Robledo, el título de Académico numerario de la misma.

A Castilla

Oye lo que con el alma
en estas hojas te digo.
(Zorrilla).

¡Castilla! ¡Tierra bendita
que amorosamente guardas
las cenizas de mis padres
en tu seno sepultadas;
tierra donde tiene asiento
el hogar que me prestara
calor de tiernos cariños,
luz de hidalgas enseñanzas,
y que fué testigo amante
de las empresas bizarras
que en el albor de la vida
nos alientan y arrebatan!
¡Castilla! ¡Sagrado suelo,
acicate de mis ansias,
centro de mis afecciones,
imán de mis añoranzas,
donde hay tanto oculto nido,
tanto rincón grato al alma,
alegrado con mis risas
ó regado con mis lágrimas!
¡Castilla! ¡Castilla noble!
¡Un hijo tuyo te canta!
¡No desprecies sus estrofas
por desabridas ó vanas!
¡Mira que al són de tu verso
clásico van ajustadas,
y que brotan del ardiente
amor que inspira la patria!

Más que los montes gigantes
que hasta el cielo alzan su cresta
ceñida por los girones
cenicientos de la niebla;
más que las vertientes ásperas
de matorrales cubiertas,
por los torrentes hendidas
ó rasgadas por las peñas;
más que los umbrosos valles
alfombrados de praderas
y surcados por arroyos
que entre rocas culebrean;
más que todo aquel conjunto
de sorprendentes bellezas
que en otros suelos y climas
ofrece Naturaleza,
me agradan estas llanuras
donde las mieses ondean
semejando inmensos mares
de esmeralda, en Primavera,
ó trenzados flecos de oro
cuando el Verano las tuesta;
estas enanas colinas
por cuya falda rastrean
y se cruzan, enredándose,
los vástagos de las cepas;
y estas amplias hondonadas
donde álamos en hileras
marcan el cauce de un río
de corriente mansa, lenta,
que con majestad se extiende
y que límpida refleja,
como colosal espejo,
un cielo de luz espléndida.
Aquí no se desparraman
en el campo las viviendas

al igual que alado bando
si el gavilán lo dispersa.
¡Separación y aislamiento,
tedio y egoismo engendran!
En haz apretado se unen
formando villas y aldeas,
y así convidan á cambio
mutuo de afectos é ideas,
á comunidad de esfuerzos,
á recíproca defensa.
El duro y seco terruño
á ruda labor enseña;
la continuada fatiga
agranda la resistencia;
la limpidez del espacio
da al espíritu pureza;
los abiertos horizontes
le hablan de magnas empresas;
y la figura arrogante
de la torre de la iglesia
que á lo más alto señala
y que en el llano descuella,
sin que la oculten ni achiquen
más erguidas eminencias,
á lo santo, á lo sublime,
aficiona, guía y lleva.

Por eso ha sido Castilla
cuna de genios preclaros,
de arranques nobles ejemplo,
de insignes proezas campo.
Ella, en siglos de pelea,
con la fuerza de su brazo
de las huestes africanas
contuvo el avance osado,
oponiendo al de Mahoma

el espíritu cristiano.
Ella, con sabia política,
fué poco á poco creando
entre gentes de igual casta
y de intereses análogos,
unidad de sentimientos,
estrechos y firmes lazos,
y la nación soberana,
augusta se alzó, mostrando
juntos, bajo un mismo solio
regio, á todos los hispanos.
Ella hizo surgir un mundo
de los senos del Atlántico
y á tan vasto territorio
el sano influjo ha llevado
de la fe, del heroísmo,
de la ciencia, del trabajo.
Ella avanzó por Europa,
su bandera flameando,
y de su aliento potente
el orbe quedó asombrado.
Fueros de inmortal renombre,
códigos siempre alabados,
instituciones que arrancan
hoy mismo unánime aplauso,
de sus Cortes, de sus Reyes,
pregonan desde muy alto
la rectitud, la prudencia,
la sabiduría, el tacto.
Sus artistas, en el lienzo,
en la tabla ó en el mármol,
de su inspiración copiosa
el sello impreso dejaron,
llenando de maravillas
templos, asilos, palacios.
Y sus poetas, labor

portentosa realizaron;
la amada lengua nativa,
el castizo idioma patrio,
moldearon, enriquecieron,
pulieron y abrillantaron,
haciéndolo, cual ninguno,
rotundo, flexible, vario,
preciso, eufónico, grave,
abundante, suelto, llano;
dotándolo de recursos
hermosamente apropiados
para la expresión feliz,
en tonos giros y rasgos,
de las ideas más altas,
de los afectos más caros;
y con tal habla ofrecieron
al entendimiento humano,
á la universal cultura,
al perdurable entusiasmo,
las joyas esplendorosas
de un tesoro literario,
en el curso de los siglos
por ningún pueblo igualado.

Después de tan refulgente
pasado, pobre Castilla,
en letargo triste y hondo
te me apareces sumida.
Hoy tus campos no compensan
del trabajo las fatigas;
falta en ellos, por lo escaso
del producto con que brindan,
aquel trajín ardoroso.
aquella franca alegría,
que les daba animación,
ruido, movimiento, vida,

cuando rinden los trigales
el grano de sus espigas
ó va cayendo en el pilo
el mosto de la vendimia.
En tus vastas soledades
no suenan ya las esquilas
de los próvidos rebaños
que al labriego enriquecían,
y las fábricas alzadas
de tu Canal á la orilla,
abandonadas, desiertas,
se agrietan, se desvencijan.
La grey bracera, que estaba
á su solar adherida
como al terruño la mielga
que tus cañadas matiza,
empujada por el hambre,
á otros países emigra.
No hay espíritu valiente
que avive tus energías
y por doquiera te amaga
el estrago de la ruina.
¡Castilla adorada! Corre
por tus pueblos y campiñas
hálito fatal de muerte
que todo lo esteriliza.
Tu voluntad está inmóvil
y tu actividad dormida;
la pereza y el quietismo
te invaden y debilitan...
No te duela, no te extrañe
la acusación que aquí vibra;
la verdad es castellana
y no hago mal en decírtela.

¡Que cese tu abatimiento!
¡Que acabe tu postración!
¡Que en tus ámbitos resuene
robusta y firme la voz
que haya de alentar tu brío
y anunciar tu redención!
Oye. Si es cierto que se abre
un camino salvador
á los latentes impulsos
de abajo, de la región,
¡entra, Castilla, por él
con paso recto y veloz
de tu bienestar en busca
y de tu progreso en pos!
Mira que, hasta en esa empresa
de ansiada transformación,
el primer ejemplo debe
ser el tuyo, porque Dios
quiso que siempre tuviera
su norte en ti la nación.
¡Alza la frente! Lo que antes
fuiste, procura ser hoy.
Inteligencia y esfuerzo
laboren en tu favor,
y si por su influjo sales
de tu funesta inacción,
apagando de tus vegas
la sed, templando el rigor
de tu ambiente, sombreando
la árida y vasta extensión
de tus páramos desiertos
con el bosque bienhechor,
imprimiendo á tus cultivos
provechosa dirección,
haciendo que aquí la industria
deje escuchar el fragor

de los modernos talleres,
en útil explotación,
recobrarás tu riqueza,
poderío y esplendor;
y resurgirán gallardos
tus afanes de expansión
para que luego desbordes
tu espíritu superior
por España, por el mundo,
llenando así la misión
á que te inclina tu historia
y que el cielo te marcó.
¡Luzca, luzca pronto el día
de inextinguible fulgor
que para ti, tierra amada,
anhela mi corazón!

Carolina Valencia

Nació en Medina de Rioseco el día 20 de Septiembre de 1860.

Sus poesías fueron desde el primer momento acogidas con aplauso. Su oda *A San Juan de la Cruz* obtuvo en 1891, en público certamen, el premio concedido por la Real Academia Española.

Casada con el notable publicista D. Alvaro López Núñez, tiene su residencia en Madrid.

Sus *Poesías* se publicaron con un prólogo de doña Emilia Pardo Bazán.

OBRAS

Colón. Poema.—*Poesías* (1890).—*A San Juan de la Cruz* (1891).

Meditación

Hundió la tarde su rosada frente
en el ancho confín del horizonte;
la sombra misteriosa de Occidente
ciñó las crestas del vecino monte.

Hermosa como un rayo de ventura
alumbró los espacios celestiales
la estrella de la tarde, blanca y pura
como un sueño de amores virginales.

Alzáronse las auras vespertinas
cargadas de armonías y de aromas
que inundaron las fértiles colinas,
el hondo valle y las desiertas lomas.

Tendió la noche por doquier su manto
tachonado de hermosos luminares;
alzó el parlero ruiseñor su canto
del bosque en los cipreses seculares...

Horas eternas de dolor sombrío
que venís siempre con la noche oscura,
del negro mar del pensamiento mío
á aumentar la inquietud y la amargura,

¿por qué traéis de nuevo á mi memoria
tristes recuerdos de mejores días,
como destellos de mi muerta gloria,
como ecos de lejanas armonías?

¡Ah! ¿Dónde están las mágicas quimeras
de aquellos días de ventura y calma?
¿Dónde las esperanzas lisonjeras
que acariciaba con delirio el alma?

¿Dónde el placer está que se respira
en aquellos cantares seductores
que acompañé en las cuerdas de esta lira
que hoy repite llorando mis dolores?

¿En dónde está la dicha embriagadora
que adiviné en mi sueño placentero?
¿En dónde la ilusión deslumbradora
que cultivé cual flor de invernadero?

¿En dónde estáis, regiones encantadas,
oasis de placer, selvas floridas,
horas benditas, por mi mal pasadas
y en el abismo del no-sèr perdidas?...

Pasasteis cual las ondas del torrente,
cual la espuma de hirviente catarata,
cual flor que pulveriza el rayo ardiente
y el huracán silbando la arrebata.

Tristes recuerdos de mejores días
que volvéis sin cesar á mi memoria,
como ecos de lejanas armonías,
como destellos de mi muerta gloria;

horas eternas de dolor sombrío,
¡pasad, pasad en rápida carrera
como pasan las ondas de ese río
donde la luz de Sirio reverbera!

Pensamientos fugaces y livianos
que asaltáis en tropel la mente mía,
¡pasad, pasad como fantasmas vanos,
hijos sin cuerpo de la niebla fría!

¡Pasad! Dejadme que en sabrosa calma,
olvidando placeres y dolores,
busque en el hondo porvenir de mi alma
ancha senda de encantos y de flores.

Dejad que en su risueña lontananza
adivine, sin noches de amargura,
dulces horas de paz y de bonanza,
largos días de amor y de ventura.

Venid ¡ay! esperanzas lisonjeras,
acariciad mis sienes ardorosas,
venid como bandadas placenteras
de gráciles y alegres mariposas.

Sí, venid á posaros en mi alma
iluminando el porvenir incierto,
como en la copa de ondulante palma
se posan las palomas del desierto.

El amanecer

Línea rosada del albor primero
rasga en Oriente la apiñada niebla;
de sus corceles aguijando el paso
huye la noche.

Blanca y ceñida de irisadas nubes,
líquidas perlas de su faz vertiendo,
bella y radiante cual visión de amores
surge la aurora.

Abren las flores su gentil capullo
donde, embriagado de sabeo aroma,
pliega sus alas al morir la tarde
grácil insecto.

Tiemblan las hojas en la selva oscura,
gimen las brisas en las altas frondas,
liras campestres cuyas áureas cuerdas
templa Favonio.

Dulces y alegres saludando al alba
trinan saltando las parleras aves
y alzan á coros en la fresca umbría
cántigas bellas.

Sola en el fondo del añoso bosque,
lánguida y flébil como endecha triste,
lanza á los vientos su canción doliente
tórtola viuda...

Arpa bendita que mis penas calmas,
orna tus cuerdas de tempranas flores;
alza tu canto y armoniosa y dulce
ven á mis manos.

Ven, y entonemos al nacer la aurora
himnos de gozo que á los cielos suban;
grave y solemne tu sonoro acento
rasgue las nubes.

Une tus voces al inmenso coro
que alzan los mundos al Autor del día;
canta la gloria del que dió al oriente
luces tan puras.

Luis Zapatero

Nació en Valladolid el día 25 de Agosto de 1865. Graduóse de abogado en su ciudad natal, y después de cursar el doctorado, obtuvo unánimemente el número 1 en oposiciones á Escribanías. Durante siete años desempeñó cumplidamente su cargo, é ingresó luego en la carrera judicial. En la actualidad ocupa el Juzgado de 1.ª instancia de La Bañeza, y se halla condecorado, por méritos en su carrera, con la encomienda de Isabel la Católica.

Fué redactor de numerosos periódicos de Valladolid, como *La Academia, El Escolar, La Igualdad, El Eco de Castilla,* etc. Dirigió el *¡Velay!* y el *Diario de Valladolid.* Ha obtenido diversos premios en certámenes literarios y escrito alguna obra teatral que se representó con buen éxito.

OBRAS

Aires nacionales. Poesías con prólogo de don Angel Alvarez Taladriz (1889).—*Solidaridad pedagógica* (1890). — *Rubias y Morenas.* Poesías

(1894).—*Cantos de la Tuna.* Cantares, con prólogo de Salvador Rueda (1894).—*Glóbulos rojos.* Epigramas, en colaboración con Adolfo T. Fuentes (1895).—*La cruz y la media luna* (1897).—*La reforma del Código penal* (1907).—*La reorganización del Secretariado judicial* (1908).—*Glosas á la Ley de justicia municipal.* Con prólogo del Excmo. Sr. D. Primitivo González del Alba (1909). —*Alegatos* (1913).

Desde la cumbre

El etéreo azul del cielo se vela tras los encajes
que las nubes entretejen con rojo y gualdo arrebol;
y el raudo viento tremola la bandera de celajes
izados en la montaña que besa un rayo de sol.

Al vislumbrar los picachos de la hirsuta cresteria
que en abrupta y alta cumbre corona el pétreo alminar,
se espera ver asomarse tras la montaña bravía
á Dios, y contemplar su obra desde el ara de su altar.

La cadena de montañas forma el collar de la Tierra
con serpeantes eslabones que hacen al numen fingir
apocalipticos monstruos que en mitológica guerra
desde mundos fabulosos vinieron aquí á morir.

En la brava serranía vemos que ingentes montañas,
esculpidas á los golpes de un herculino cincel,
semejan seres gigantes de pretéritas hazañas,
que reposan de trabajos de protëica babel.

La cordillera parece campamento de gigantes
que en piramidales tiendas, de soñada realidad,
guardan colosales yunques, do forjaron, jadeantes,
las armas de otros guerreros, de otro mundo y de otra edad.

La sierra es mar sin orillas de otra inmensa nebulosa,
con olas petrificadas y estático desnivel.
Es monstruo en bárbara lucha con la Tierra fragorosa,
y abrazado á este planeta gira hasta el caos con él.

Simula la serranía, con sus barrancos y yendas,
la rugosa piel de un monstruo peregrino sideral,

con antiguas cicatrices, producto de las contiendas
que sostuvo nuestro globo con otro gigante astral.

Los nubazos tormentosos circundan el alto monte;
el ábrego gime y ruge con tenebroso estridor;
las cataratas del cielo velan el gris horizonte
y el rayo quiebra la roca con titánico furor.

Arriba, horrisono trueno raudo retiembla rodante;
con trepidar fragoroso repercute su latir;
ruge y retumba en los aires, revienta en grito tremante
y el roto ritmo á la tierra va recio y ronco á morir.

Grande es el Dios de los mundos, en el valle y en la altura;
en el llano y la montaña, siempre es grande, aquí y allí.
¡En la estepa y el oasis... Dios es grande en la llanura!
¡pero el Dios de las montañas... es el Dios del Sinaí!!

El eco de las tormentas es la voz de las montañas,
cuyos alientos vibrantes, en alas del huracán,
por el cráter apagado, descienden á las entrañas
del monte, y aventan raudos las cenizas del volcán.

La montaña es el estuche de las joyas del planeta;
su fecundo seno oculta las riquezas de un edén;
y el intrépido minero remueve con su piqueta
tesoros que avaros guardan los genios del mal y el bien.

Al estallar el barreno descubre en profundo rastro
piritas cristalizadas y vetas de mineral,
que en átomos ascentrales conformaron un nuevo astro,
al desprenderse la Tierra de otra masa sideral.

Donde el águila reinaba, reina ciencia triunfadora,
con el teléfono, que abre luengo camino á la voz,
el telégrafo sin hilos, la férrea locomotora,
el automóvil, el globo y el aeroplano veloz.

Túneles y carreteras cruzan los montes bercianos;
canales y saltos de agua parten de umbrío pensil;
más arriba de las cumbres vuelan globos y aeroplanos;
y sobre glacis de nieve resbala el ferrocarril.

En la abrupta y portentosa sierra cántabro asturiana,
en el Bierzo, Peña Urbina, Teleno y Foncebadón,
la ciencia borra distancias y las alturas allana,
y sus ecos son los himnos á la civilización.

Arte y ciencia en la montaña riman un canto rotundo
entre ritmos de turbinas de soberano poder;
y el trabajo en la montaña labra el pedestal de un mundo
fuerte y bravo como el hombre, bello como la mujer.

Colón

De pueblo en pueblo, cual judio errante,
con la fe religiosa del creyente,
recorrió nuestro viejo continente
el autor de la empresa más gigante.
De ignoto mundo caballero andante,
soñador con aspecto de demente
y mendigo á la vez que penitente,
dió á la Historia una página brillante.
En el místico claustro de un convento
aun vibra la oración de aquel profeta
que en un mapa trazó su monumento;
el cual tiene en los cantos del poeta,
por antorcha la luz del firmamento
y por base las flores del planeta.

Darío Velao

Darío Velao nació en Valladolid el día 19 de Diciembre de 1865. Desde muy joven aficionado á la literatura, fué redactor del *¡Velay!* y publicó en 1886, en colaboración con Segundo Cernuda, el libro *Acuarelas,* cuya edición se agotó en quince días.

Ha colaborado en numerosos periódicos de Valladolid, Madrid, Barcelona, etc., y llevado la dirección de *Bocaccio, La Libertad* y *El Norte de Castilla.* Entre los diferentes premios que ha obtenido en Juegos florales, figura la flor natural de los de Valladolid (1897).

En el teatro ha representado con aplauso, á más de las obras que abajo se indican, otras como *Media tostada de abajo, El demonio del pintor, Celia, De prácticas* y el monólogo *Los dos deberes.*

Á más de cultivar la poesía es un verdadero maestro en contabilidad y teneduría de libros. Actualmente es Jefe de Negociado en el Ayuntamiento.

OBRAS

Acuarelas. En colaboración (1886).—*Los dos calaveras*. Novela publicada en «La Libertad».—*Bocetos castellanos* (1898).—*Manual de Contabilidad* (2.ª edición, 1904).—*Caer en blando*. Juguete cómico, en colaboración (1894).—*Fruta dañada*. Drama (1898).—*¡Qué descansada vida!* Diálogo en un acto (1908).—*El Conde Ansúrez*. Poema (1912).

Volviendo de la corte

Corre el tren hacia el llano: la montaña
con su pelada cresta, se estremece
al paso del convoy que la domina,
y horadando su entraña
en las fauces del túnel desparece
dejando de vapor densa neblina.
Corre el tren hacia el llano: los picachos
poco á poco se ensanchan, discutiendo
el paso de la máquina estruendosa;
y los granitos que amenazan gachos
sobre la vía en moles van subiendo
hasta la sierra nivea y brumosa.
Ya el último pasó: ya no retumba
el colosal embate de las ruedas
sobre el rail luciente:
ya á los pinos, que en rápida balumba
desfilaron, suceden las resedas
con que el llano se viste pobremente.
De mi tierra vislumbro la llanura;
el sol su suelo dora,
y parece, mirándola en la altura,
una inmensa bandera que decora
bajo el cielo de España una escultura.
Atrás quedan las cumbres,
el fragor de la sierra, los protervos
gigantes del espacio, alados cuervos
con alas de huracán y ojos de lumbres.
Atrás queda, entregada
al bullicio infernal de sus argucias,
aquella gran ciudad, acostumbrada

á levantar palacios de la nada,
y hacer estatuas y endiosar minucias.
Allá quedan, orondos y traviesos,
los magnates que ordenan:
acá los tristes, en el llano presos,
los que al arado se uncen y encadenan.
¡Oh tierra bendecida,
extenso llano de radiosa calma
por la que asoma, colosal, el alma
de toda la región entumecida!
¡Oh tierra adoradora del pasado
que eternizas tu nombre en el olvido;
madre infeliz de un pueblo abigarrado
que de un polo á otro polo ha perpetuado
el nombre de Castilla esclarecido!
Al fin te vuelvo á ver. Tu pardo seno
parece que se muestra más clemente
ante el pobre expatriado
Dichoso aquel que de venturas lleno
vuelva á ti para unirse eternamente
á esa tierra que el genio ha consagrado.
Tras de mí van quedando
tiras de piel que el hado fué arrancando
al hombre sin malicia;
y ¡ay de mí! cuando vuelvo á tus dominios,
llevo el alma preñada de exterminios,
sedienta de justicia.
Viste tú cómo cándido marchaba,
cómo un mundo de dichas auguraba
tras de cada revuelta del camino;
cómo todo rosado se mostraba
en aras de un quimérico destino.
Y ahora ves cómo vuelve penitente
el viajero irredento;
cómo inclina ante tí la mustia frente
y cómo muestra el corazón valiente

lacerado, hecho trizas, sin aliento.
Los que de ti se alejan
buscando Jaujas, al delirio asidos,
en el desierto inmenso en que se aviejan
sienten de tus latidos los latidos,
y con Castilla, en arrogante hueste,
laten á miles bravos corazones,
y cuando llega el dia despiadado,
por la patria no hay triste que no apreste
sus anhelos de amores á millones
y á millones el oro recaudado.
Ahora al volver á ti siento esa inmensa
ansia de ti, que el expatriado siente
cuando te mira en la llanura extensa;
veo la imagen de la magna ofensa
que al olvidarte te infirió tu gente.

Corre el tren: corre siempre despeñado,
bajando de ese muro levantado
entre una tierra santa y una villa;
ya las sombras sin fin he sondeado,
ya el engaño del mundo he presenciado,
ya vuelvo á la quietud de mi Castilla.
Ya no se alzan famélicos, protervos,
los vengadores cuervos
ni hay en las emboscadas del granito
un peligro constante é infinito;
ya no ven estos ojos más quebranto
ni recibe esta piel más verdugones
de los grandes carnívoros sayones
que con tiras de piel se abrigan tanto;
ya tus llanuras sírvenme de escudo;
¡madre tierra, aquí estoy, yo te saludo!

Mi campanario

No hay otro campanario
ni más esbelto ni más erguido
que el de mi pueblo.
Son sus viejas campanas eco amoroso
que me recuerda dichas sin cuento.
Ellas tocaron á mi bautizo,
ellas fueron alegres las que anunciaron
mi casamiento.
Con ellas lloré un día cuando enterraban
mis pobres muertos,
y sus ecos sonoros tristes ó alegres
son de toda mi vida constantes ecos.
Y cuando ellas resuenan,
cuando su són en ondas recoge el viento,
parece que me traen penas y dichas
envueltas en punzantes dulces recuerdos,
y exclamo siempre
que oigo su acento:
Señor, haz que mis hijos también las oigan
que jamás á tristezas suenen para ellos...
que sean mis campanas las que dolientes
acompañen un día mis pobres restos.

Francisco Zarandona

Francisco Zarandona nació en Valladolid, el día 6 de Marzo de 1868.

Colaboró, siendo estudiante, en cuantos periódicos literarios se fundaron por entonces, como el *¡Velay!*, *Bocaccio*, *El Diablo*, etc. Después perteneció á las redacciones de *El Eco de Castilla*, *La Lealtad*, *La Libertad* y *El Norte de Castilla*.

Obtuvo el título de abogado en Junio de 1887. Más tarde adquirió el de doctor.

Ha sido concejal, desempeñando en concepto de tal los cargos de síndico y primer teniente de alcalde. Presidió asimismo el Colegio de Abogados. En la actualidad es diputado á Cortes.

OBRAS

La Esclava. Leyenda (1888).—*Sirena*. Poema (1890).—*Versos para mujeres* (1893).

Ya no

¿Por qué quieres que te quiera
si tú no me has de querer,
y, cuando más te quisiera,
me habías de aborrecer?
¿No sabes que te he querido
con delirante pasión,
y que sólo he conseguido
destrozarme el corazón,
y agitarme en los vaivenes
del viento de tus rigores
que apagó, con sus desdenes,
el fuego de mis amores?
Bien. Pues pedirme cariño
cuando recuerdas todo eso,
es tratarme como á un niño
y engañarme con un beso.
Y no puedo comprender
que me recuerdes en calma
y que no llores al ver
que me has arruinado el alma,
cuando van haciendo nidos
en tu corazón deshecho,
los pedazos corrompidos
de mi apolillado pecho.
No pidas amor. Ya es tarde
para probar nueva suerte.
Voy siendo ya tan cobarde
que no me atrevo á quererte;
y si, un día, me atreví,
y te llegué á idolatrar,
y, con ciego frenesí,
te alcé en mi pecho un altar,

hoy, cansado, dije: «basta
de amores y de pesares».
Me declaré iconoclasta,
tiré al suelo los altares,
y, con los santos en guerra,
tuve salvajes rigores,
y metí bajo la tierra
los santos de mis amores.
Desiste, pues, de tu empeño
que va á salir malogrado:
mira que mi amor fué un sueño
y que ahora que he despertado,
ni me ablandan tus enojos
ni tu furia me sofoca,
ni me hacen sentir tus ojos
ni me hace gozar tu boca.
Ahora debo enmudecer
porque quiero hacerme fuerte:
voy á volverte á querer
y ya no quiero quererte.
Con odio, amor sustituyo,
y, ante tí, callar prefiero...
porque, si sigo... ¡concluyo
diciéndote que aún te quiero!

Lección de amor

—Adios, adorable Rosa.
—Hola, Arturo.
—¡Grato instante!
—Tú, como siempre, galante.
—Y tú, como siempre, hermosa.
¿Trabajas?
—Hago labor.

—Pues déjalo, y hablaremos.
—¿Y de qué quieres que hablemos?
—De cualquier cosa,... de amor.
—¿Amor? Palabra-problema
que yo no me explico, chico,
y, como no me la explico,
tienes que cambiar el tema.
—Pero... ¿así ignoras?...
—Te juro
que no lo sé, ni por sueño.
—Dame oídos te lo enseño.
—Soy toda oídos, Arturo.
—¿Qué anhela tu alma?
—No anhela.
—¿Ni aun el cielo?
—El cielo sí.
—¿Le has visto?
—Nunca lo ví,
pero el cielo me consuela.
—Pues si el cielo, que es tu anhelo,
es tu consuelo mayor,
ya sabes lo que es «amor»
porque el amor es... ¡el cielo!
—¿Qué dices?
—Lo que has oído.
—Amar el cielo, ¿es amar?
—Ama, el que quiere gozar
un placer desconocido.
—¡Buen pensamiento!
—¡Y profundo!
—¿Qué es amor?
—Un angel-rey.
—Y ¿qué es amar?
—Una ley
que ha dictado el rey al mundo:
así aman, y se embelesan,

las almas, cuando suspiran,
los ojos, cuando se miran,
los labios, cuando se besan;
y si arrulla la paloma,
y si el ruiseñor gorjea,
y si el insecto aletea
y la bella flor da aroma,
prestando vida y calor
á ese amor con que te adoro,
entonan, en dulce coro,
un dulce coro al amor.
—Tú pareces convencido...
—Y no estoy nada engañado.
—Pero á tí... ¿quién te ha enseñado?....
—Yo mismo que lo he sentido.
—¿Qué, se siente?
—¡Qué inocente!
—¡Mi ignorancia se duplica!
—El amor, cuando se explica,
se explica porque se siente.
—Noto mi pecho deshecho
en sentimiento.
—Ten calma.
—¿Dónde se siente?
—En el alma.
—¿Dónde está el alma?
—En el pecho.
Siento aquí la sensación
de un placer que aquí se esconde.
—¿Y dónde la sientes?
—¿Dónde?
Donde siento el corazón.
Y noto alguna punzada,
y siento mucho calor...
—Pues eso, Rosa,... ¡es amor!
—¿Cómo?

—¡Estás enamorada!
—Pero... así... ¡no puede ser!
—Pues así es, y no te asombre.
—(¡Se lo ha creído!... ¡al fin hombre!)
—(¡Se lo creyó!... ¡al fin mujer!)

Segundo Cernuda

Nacido en Valladolid, hizo sus primeros ensayos literarios en el *¡Velay!* y otros periódicos festivos.

Fué redactor de *La Libertad*, primeramente cuando la dirigía el insigne Macías Picavea, y luego bajo la dirección de D. César Silió. Más tarde pasó á *El Norte de Castilla*, donde permaneció varios años.

Por espacio de seis dirigió el semanario ilustrado *Castilla*, del cual logró hacer una importante revista. Con anterioridad había redactado los periódicos satíricos *La Linterna* y *El Coco*.

A más de los libros abajo indicados, publicó con José Borrás otro titulado *Caramelos*, que fué denunciado por el fiscal y costó algunos disgustos á los autores y al tipógrafo Remigio Cabello.

OBRAS

Cuadros vivos. Cuentos, en colaboración (1886). —*Acuarelas*. Versos, en colaboración (1886).— *Coplas de un periodista* (1910).

El último trance

A MIS AMIGOS

No me asusta la muerte. Sé que un día,
cuando esté más tranquilo,
llega una pulmonía
y de mi vida estéril corta el hilo.

Ello ha de suceder; no soy cobarde
y, resignado, espero;
pues, más pronto ó más tarde,
la garra me echará el sepulturero.

Dad por contado que llegó mi muerte,
final de mis ensueños y delirios,
y vedme en mi ataúd, rígido, inerte,
entre dos ó tres cirios.

De un más allá penetro en el misterio,
con la faz paliducha y compungida,
y muy serio, muy serio,
me largo de esta vida á la otra vida.

Lo que hay en este mundo lo he sabido
y algunas desazones me ha costado.
Pocas veces mi boca ha bendecido;
muchas ha blasfemado.

Duras y amargas las pasé otras veces,
aunque, á pesar de todo,
para ocultar las tristes arideces
de este mundo ladrón, siempre hallé modo.

Mi cara, de la bilis delatora,
me ha mantenido, impávida, en mi centro:
que el hombre, siendo macho, cuando llora,
debe llorar por dentro.

Por eso afirmo que morir no es grave,
y que no me intimida,
mas quisiera saber *á lo que sabe*
la transición eterna de esta vida.

Me explicaré. Finida la materia,
—y perdonad el mercantil vocablo,—
entra la parte seria,
cargue conmigo Dios ó cargue el diablo.

Mis amigos vendrán, seguramente,
y, ante el cadáver mudo,
una mueca doliente
me otorgarán como único saludo.

(Que vendrán, antes dije, porque espero
fallecer en mi cama, asaz tranquilo,
si es que acaso no muero
en un mísero catre del Asilo).

¿Qué de ellos oiré? *Ecco il problema.*
¿Abonarán los gastos de mi entierro,
ó huirán de la quema
dejándome allí solo, como á un perro?

No, no es así. Paréceme que escucho
una voz que condena tal huida,
y yo, entretanto, lucho
porque mi faz esté más conmovida.

Es la postrera farsa que ejercito
en el mundo, y quisiera
que el diploma me diesen de bendito,
aunque luego de nada me sirviera.

Ya de acuerdo se ponen:
el acto, como el muerto, ha de ser llano,
dicen, y á prepararme se disponen,
es decir, que me dan la última mano.

Mientras, en la antesala,
escucho el paso lento
de los que entran á verme: alguien exhala
un suspiro de blando sentimiento,

Estoy casi tentado
de enviarle las gracias, pero un muerto,
aunque pase por muerto ineducado,
debe probar que se halla frío y yerto.

No me parece lógico y prudente
que, de un golpe, mi crédito sucumba,
y ya es necio y vulgar dar á la gente
un susto de ultratumba.

Alguno habla de mí: óigole atento
por sus frases amenas,
pues afirma que yo tuve talento
y hacía alguna vez cosillas buenas.

Otro—¡el eterno crítico!—de aspecto
enclenque y barbas ralas,
dice:—Las hizo buenas, en efecto,
y las hizo también bastante malas.

El achuchón me escuece, muerto y todo,
pero, poco después, de ello me olvido;
que de olvidar es justo encuentre el modo
un muerto bien nacido.

Mi entierro ya disponen: yo supongo
que arregla mi ataúd mano piadosa,
y á marcharme, muy serio, me dispongo,
camino de la fosa.

No sé quién, ni me importa, anda estirando
de este lado hacia el otro mi mortaja,
y uno, con un martillo, va clavando
la tapa de la caja.

El ruido es triste y seco; es casi el eco
del golpear de yunque solitario;
es así como el canto triste y seco
de un buho funerario.

Ya el cortejo en la calle, tres ó cuatro
forman la presidencia,
y hablando, como se habla en un teatro,
le sigue á mi ataúd la concurrencia.

Poco después recibo una rociada
que me recuerda el agua de la noria:
es el hisopo, que me da la entrada...
no sé si de la gloria.

Á la fosa mi féretro han bajado,
ceremonia harto breve y bien sencilla:
sobre mí cae de tierra algún puñado
¡y alguna peladilla!

La idea me tortura y me anonada
y me ofrece una duda sospechosa.
¿Será esa peladilla una pedrada
ó una ofrenda piadosa?

—¡Que sea lo que quiera!—*digo in mente,*
y haciendo un gesto de desdén profundo,
me despido, glacial é indiferente,
de este cochino mundo.

El gorrión y el cuervo

FABULILLA

Juntos, en cierta ocasión,
se vieron en un sembrado,
un cuervo desconfiado
y un simpático gorrión.
Este, alegre se mostraba,
y, sin pizca de recelo,
ora levantaba el vuelo,
ora rápido bajaba.
De uno á otro surco seguía
al cuervo, tras él volando,
cerca de él picoteando
y siempre pía que pía.
Algo al cuervo molestó
tan íntima confianza,
y, medio en serio y en chanza,
así al gorrioncillo habló:
—Por lo visto, tú has creído
que no hay diferencia alguna
entre un ave inoportuna
y un pájaro bien nacido.
»Tus confianzas observo
conmigo, y no me parece
que un triste gorrión merece
codearse con un cuervo.
»La ocasión se te presenta,
si la lección no te agrada,
de largarte á otra bandada,
que te traerá mejor cuenta—.

Pero el gorrión, algo pillo,
como es fama en los gorriones,
del cuervo oyó las razones
y exclamó en tono sencillo:
—¡Tu lógica me asombró!
¿No vistes como yo visto?
¿no vas tú también provisto
de pico y plumas cual yo?
»¿No es tu vuelo igual al mío?
¿no cruzas tú la espesura,
y te ciernes en la altura
sobre las ondas del río
»y los arroyos serenos,
con vuelo pausado y grave?
Pues ¡oh, cuervo! eres un ave
como yo, ni más ni menos.
—Pero ¿mi categoría
das, por lo visto, al olvido?
—¡Todo eso, cuervo querido,
se lo cuentas á tu tía!
»¿Quién ha de envidiar tu canto,
áspero graznido seco,
cuyo triste y vulgar eco
excita más bien al llanto?
»Si soy un día envidioso,
—escucha, cuervo,—ese día,
antes que de ti, tendría,
envidia del armonioso
»cántico del ruiseñor
que en la vecina enramada
entona dulce balada
de paz, de vida y de amor.
»¿Tu canto, qué es? Alarido
que es ajeno á todo encanto,
ruido que para ser canto
necesita arte y sonido.

»¿Cómo, pues, si eres sincero
no has conocido tu flaco?
Vé cuáles son, pajarraco,
las verdades del barquero.
«Que te sirvan te aconseja,
en tono humilde y sencillo,
un modesto gorrioncillo...—
(¿Asoma la moraleja?)

Regino Martínez

Regino Martínez nació en Valladolid, el día 7 de Septiembre de 1869. En el Seminario de la misma ciudad cursó sus estudios, hasta la licenciatura en Teología. Ordenóse de sacerdote en 1893.

Entusiasta por la literatura, ha escrito numerosas obras, que en gran parte permanecen inéditas. Fundó una notable revista literaria, en que colaboraron los más conocidos escritores de Castilla.

Ha desempeñado cargos importantes, como los de Secretario particular del Cardenal Cascajares y Mayordomo del mismo prelado, Secretario General del Arzobispado y director del *Boletín Eclesiástico*. Tiene además otros honoríficos, como son los de Camarero Secreto de Su Santidad, Misionero Apostólico, Capellán de honor y predicador de S. M.

Desde 1900 es dignidad de Chantre en la catedral vallisoletana.

OBRAS

Santo Tomás de Aquino (1885).—*Versos* (1896). —*María*. Sermones (1903).—*El destierro y la patria*. Poema (1903).—*La corona de la Inmaculada* (1905).—*Mártires*. Drama (1907).—*El Secreto*. Drama (1908).—*Carmen*. Drama (1908).

Canción

¡Cantad, cantad, alegres trovadores!
Haced los versos de lozanas flores
y de brisas inquietas...
Que os presten su laúd los ruiseñores.
Cantad, alegres, la canción de amores.
Cantad, cantad, poetas.
Pulsad la lira
del corazón:
la dulce lira que Dios inspira.
Tiene esa lira, que amor respira,
suspiros de ángel en su canción.
¡Vuestra excelsa canción sea un salterio!
Himno robusto al celestial Misterio
del Dios que es Uno y Trino.
Misterio de grandeza soberana,
eterno manantial de donde mana
la luz eterna del amor divino.
A la canción de estrofas inmortales
unid, poetas, vuestro humilde canto.
Repetid con los coros celestiales:
«¡La gloria á Ti, Señor, tres veces santo!»

Del numen en el vuelo, con la apacible calma
que da el fecundo beso del casto amor, el alma
rompa de los espacios el encendido tul,
y eleve vuestros dulces, purísimos acentos
al admirable alcázar que asienta sus cimientos
sobre la esbelta cumbre de la montaña azul.
Y cante allí vuestra alma,
de amores encendida,

el canto de la vida,
el canto de la luz,
canción que siempre es nueva,
y siempre igual sonando,
cascadas derramando,
de amor y de virtud:
«Señor Omnipotente
cuya mirada crea,
cuya mirada ardiente
es vida de la idea,
Dios, del talento fuente,
del pensamiento autor:
¡Tú solo la belleza!
¡Tú solo la pureza!
¡Tú solo la grandeza,
la vida y el amor!»

Del sol al palacio,
poetas, subid,
del sol las canciones
sublimes oid:
«¡Señor, tu grandeza asombra!
Mirando tus ojos vivo,
la luz que doy, la recibo
de la sombra de tu sombra.
De tu amor con el ardor
la creación iluminas,
y da el fuego de tu amor
color á flores divinas.
Fuego en luna y astros prendes
con tu sombra inmaculada
y los espacios enciendes
con la luz de tu mirada.
Sonríes, y encantadora,
palpitando de alegría,

brota á tus labios la aurora,
heraldo del nuevo día.
Tu sonrisa engendra soles
que ruedan por los espacios
como gigantes topacios,
y en las nubes arreboles;
é incendio de rosa y grana
que en la fimbria soberana
del amplio manto azul arde
cuando declina la tarde
y despierta la mañana;
y una lluvia de centellas
de vivientes hermosuras,
¡inmensa alfombra de estrellas
para alfombrar las alturas!;
y las hermosas visiones
que visten puros armiños,
y que alegran de los niños
los sencillos corazones;
y el hada de blanco velo
que en los sueños inocentes
trae á los niños presentes
de los ángeles del Cielo.»

Oid, trovadores,
el fuerte cantar
que á Dios alza con graves clamores
en sus olas revueltas el mar:
«Sólo, oh Dios, tu pujanza sublime,
que al brioso huracán encadena,
mis empujes soberbios reprime
con sencilla muralla de arena.
A mi ancho seno
tu voz arranca
himno sereno
de espuma blanca.

Cuando hacia los cielos mis olas levanto
al violento golpe de la tempestad,
de tus iras justas la grandeza canto,
canto la grandeza de tu majestad.»

¡El de la tierra es himno soberano!
Es la maternidad la que le canta.
Un verso de oro al Hacedor levanta
en el fruto vital de cada grano.
De las espigas en el seno, ofrece
á Quien la vida da, rico tesoro
donde la luz divina resplandece
hecha admirables piñoncitos de oro.
Canta de Dios el brío poderoso
en la fecundidad de sus sembrados,
en la hermosura del vergel frondoso,
en la viviente alfombra de los prados;
en el espeso bosque, en las divinas
bellezas de los árboles frutales,
en el tesoro oculto de las minas
de riqueza fecundos manantiales;
en el salto gigante del torrente;
en las cintas de plata
que bordan de los montes la vertiente;
en la canción sencilla de la fuente
que en hilillos de perlas se desata.....

Con bellezas tan ricas y tan puras,
por la virtud de Dios enriquecida,
alza al Dios de supremas hermosuras
el himno soberano de la vida
que palpita llenando sus anchuras.
La tierra es santo
vivo laúd...
¡Su canto, es canto
de vida y luz!

¡Cantad, cantad, alegres trovadores!...
De vuestras liras los acentos suaves
imiten de la fuente los rumores
y los sublimes trinos de las aves;
en las trovas, poned versos de flores
y de brisas inquietas...
¡Sea vuestra canción, canción de amores!.
¡Cantad, cantad, poetas!

Pulsad la lira
del corazón,
lira sublime que Dios inspira...
La lira augusta de los consuelos
alce á los cielos
las suaves notas de su canción.
Con luz y flores, los armoniosos
versos, bordad...
Cantad, poetas;
¡cantad, cantad!

La Poesía

Quiero cantar la eterna Poesía
que es el eterno amor que Dios derrama;
que es sol en la del sol inmensa llama
y áureas estrofas en la luz del día.
Consoladora y dulce melodía
en las arpas angélicas se llama;
es ideal dulcísimo en quien ama;
fe y caridad en la conciencia pía.
Sublime abnegación en la existencia
que en sufrir por amor cifra su anhelo...
llámase en muchos santos penitencia.
Es amor, es virtud, gloria, consuelo,
corona de laurel... ¡Es arte y ciencia!
Y en su acepción purísima, es... ¡el Cielo!

Pedro Gobernado

Pedro Gobernado nació en Valladolid, el día 4 de Diciembre de 1873. Cursó en el Seminario vallisoletano Latín y Humanidades, y después Filosofía y Teología, de que se licenció en Junio de 1907. Recibió las órdenes sagradas de manos del Ilustrísimo Sr. D. Mariano Cidad, Obispo de Arquelaida en 1899.

Publicó sus primeros versos en la revista *Cara y Cruz,* y más tarde dirigió la titulada *La Patria de Zorrilla,* colaborando al mismo tiempo en diferentes periódicos.

Son muy numerosos los premios que ha obtenido en Juegos Florales. En los de Zaragoza (1905), alcanzó la flor natural por su poesía *La plegaria del marino.*

Es catedrático de Latín y de Retórica en el Seminario de Valladolid.

OBRAS

La Cruz de San Fernando. Monólogo dramático en verso. (1.ª edición, 1899; 2.ª, 1902; 3.ª, 1911). —*Trovas al Sagrado Corazón de Jesús.* Poesías (1901).—*Loas poéticas.* Poesías (1902).—*Siembra vientos...* Comedia en tres actos y en prosa (1908).—*Amor, Patria, Fides* (1909).

La plegaria del marino

«Es tu voz que me responde
bajo el astro que se esconde
tras la bruma de la fe».

¡Salve, Aurora de los mares, Sol que alumbra al alma mía,
Flor que ostenta un casto cáliz entre pétalos de miel!
Oye el cántico amoroso de mi tierna melodía,
tú que sabes los secretos de la dulce poesía,
tú que guardas la pureza
y el candor y la belleza
de las flores del vergel.

—

Soy el pobre marinero que abandona los hogares
donde brilla la luz pura de la aurora del amor;
tengo el alma desgarrada por congojas y pesares
y he lanzado mis suspiros en las rocas de los mares
y he cantado barcarolas
con el ritmo de las olas
que acallaban mi dolor.

—

Yo las costas abandono con el astro matutino
y á la tarde torno á ellas con la luz crepuscular,
y ora en luz, ora en tinieblas, como eterno peregrino,
navegando triste y solo sin hogar y sin destino,
siempre «avante» en mi barquilla,
voy tocando hacia la orilla
ó perdièndome en el mar.

—

Yo me acuerdo, cuando á solas surco intrépido los mares,
de mi patria cariñosa, de la aldea en que nací,
de sus valles y colinas, del rumor de sus pinares,
de los ecos que resuenan en sus montes seculares,
de aquel viejo monasterio,
de aquel santo cementerio,
de los seres que hay allí.

—

Yo me acuerdo de sus gratas florecientes primaveras
con sus bellos arreboles y horizontes de carmín;
de sus altos peñascales, de sus bosques y praderas,
de sus vegas y campiñas, de sus fértiles riberas,
del clamor de la campana
de la ermita que lejana
se divisa en el confín.

—

Madre tierna y cariñosa, yo te imploro con anhelo
que mitigues la tortura de mi pobre corazón,
que es muy triste al que navega sin amor y sin consuelo
ver las playas eternales en las cúspides del cielo,
y alcanzar tan solamente
con los ojos de la mente
¡la pared de su prisión!

—

El clamor de la campana de la ermita bendecida
que en las islas más remotas se adivina y no se ve,
cada vez que yo te invoco con el alma dolorida,
me parece entre las olas de la mar embravecida
ser tu voz que me responde
bajo el astro que se esconde
tras la bruma de la fe.

—

De la fe que alzarse vemos en la tumba triste y muda
que recuerda los naufragios de la vida y del amor;
que es el puerto venturoso que á lo lejos nos saluda
y es el astro que disipa las borrascas de la duda,
y es la nave que ligera
va dejando la ribera
de los mares del dolor.

—

De la fe que santifica los palacios y cabañas
y en los templos resplandece majestática y triunfal;
de la fe robusta y firme que traslada las montañas,
la que inspira del guerrero las heroicas hazañas
y es el áncora sublime
que nos salva y nos redime
del naufragio universal.

—

Si lanzado á las borrascas en el mar de mi amargura
fluctuando yo me viera sin amparo y sin sostén,
tiéndeme tus brazos bellos, no me dejes, Virgen Pura,
llévame contigo al puerto de la paz y la ventura
donde nunca se naufraga,
donde el alma se embriaga
con las brisas del Edén.

Paz y porvenir

Obreros y patronos, como hermanos,
á las montañas del amor trepad;
y en las cumbres, asidos de las manos,
el himno hermoso de la unión cantad.

—

Caiga á sus ecos la muralla oscura
que se alzara en los campos del rencor,
y flote en otra atmósfera más pura
el iris de la paz y del amor.

—

Como las aves que, al alzar su vuelo,
todas se bañan en la misma luz,
altos y bajos, de la tierra al cielo,
todos se abrazan á la misma cruz.

—

Es el Trabajo timonel que guía
la nave de la humana Sociedad,
el viento que la impele es la Armonía
y es el puerto la hermosa Caridad.

—

A sus riberas volarán las almas,
y sus campos serenos de zafir
cruzando alegres, alzarán sus palmas
los hijos de la paz y el porvenir.

Narciso Alonso Cortés

Nació en Valladolid, el día 11 de Marzo de 1875. A los diez años publicó sus primeros versos, en un semanario de la misma ciudad, titulado *El Nuevo Mundo*.

Siendo estudiante fundó los periódicos *El Pinciano* y *El Aula*. Después dirigió los titulados *¡Velay!* (3.ª época), *La Bruja* y *La Patria de Zorrilla*. Al mismo tiempo colaboraba en las más importantes revistas de Madrid y Barcelona.

Fué catedrático de Literatura, por oposición, en el Instituto de Santander; hoy ocupa la misma cátedra, mediante nueva oposición, en el de Valladolid. Es Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, Cronista de Valladolid, Académico de la de Bellas Artes de esta ciudad, Correspondiente de las Academias Española, de la Historia, de la Poesía Española y de otras varias.

OBRAS

La Mártir. Leyenda (1895).—*Fútiles*. Poesías (1897).—*Rengloncitos*. Poesías (1899).—*Condición jurídica del extranjero en la Edad Media* (1900).—*Un pleito de Lope de Rueda* (1903).—*Noticias de una corte literaria* (1906).—*Romances populares de Castilla* (1906).—*Elementos de Preceptiva literaria* (3.ª edición, 1912).—*Resumen de Historia de la Literatura* (3.ª edición, 1913).—*Modelos literarios españoles* (3.ª íd. íd.).—*Id. extranjeros* (2.ª edición, 1910).—*Briznas*. Poesías. Algunas de ellas traducidas al italiano (1907).—*Romances sobre la partida de la corte de Valladolid en 1606* (1908).—*La corte de Felipe III en Valladolid* (1908).—*Juan Martínez Villergas* (2.ª edición, 1913).—*La mies de hogaño*. Poesías (1911).—*Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa*. Traducida del inglés (1911).—*Miscelánea Vallisoletana* (1912).—*Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Valladolid* (1913).—*Las Eroticas de D. Esteban Manuel de Villegas*. Edición con prólogo y notas (1913).—*Don Hernando de Acuña* (1913).

La espada vieja

Vieja espada de Toledo
que, roída del orín,
das más lástima que miedo:
sucia, mellada y roñosa,
ves que se acerca tu fin
con muerte poco gloriosa.

Yo no sé si acaso fuiste
de algún soldado modesto
que rodó, inválido y triste,
por zaguanes y antesalas,
mendigando humilde puesto
al abrigo de las balas.

Ignoro si algún magnate
te ciñó, airoso, en su cinto
sin blandirte en el combate,
y, con orgulloso porte,
por el arduo laberinto
te condujo de la corte.

¿Fuiste de algún pendenciero
que en burdeles y tabernas
empañó tu limpio acero?
¿Han manchado tu camino
las hazañas sempiternas
de los naipes y del vino?

Pero no. La ejecutoria
de valor y de nobleza
veo á través de tu historia.

Eres noble. Tu inscripción
claramente así lo reza:
«No me saques sin razón...»

¡Vieja espada de Toledo!
No hay recuerdos, vieja espada,
de tu audacia y tu denuedo.
Se olvidaron, por tu mal.
Tú no puedes decir nada
con tu lengua de metal.

Quizá tu acero templado
que hoy, roido del orín,
yace sucio y olvidado,
estuvo tinto algún día
en sangre de San Quintín,
de Mulberg ó de Pavía.

Quizá en alguna campaña
tuvo, heroica, que arrojarte,
buscando mayor hazaña,
la mano que te esgrimiera,
para escalar un baluarte
ó arrancar una bandera.

Hoy, sin gloria ni ventura,
sucia, roñosa y mellada,
yaces en estancia obscura;
y sin lástima no puedo
contemplarte, ¡vieja espada,
vieja espada de Toledo!

Almas hermanas

En campo secular, donde se abraza
gentil pareja—Historia y Poesía—,
vago rumor y sorda algarabía
resuena, entre lamento y amenaza.
Sobre el recio metal de la coraza
gotea el verso, en lenta sinfonía,
y en el rostro inmortal de la Armonía
su beso va dejando cada raza.
Eco sublime que en los siglos late,
recoge en el festín y en el combate
la voz que canta, el grito que apostrofa,
y, ufano, al descansar de una proeza,
el pasado reclina su cabeza
en el dulce regazo de la estrofa.

Salta en la lira del aeda tracio
disperso enjambre de vibrantes notas,
como en la fértil margen del Eurotas
pueblan sones guerreros el espacio.
En los robustos árboles del Lacio
un pueblo triunfador labra sus flotas,
que llevan á las playas más remotas
las estrofas magníficas de Horacio.
Después, sobre un imperio que vacila,
los vigorosos bárbaros de Atila
esgrimen vengadores su arma burda;
y bajo el cielo azul de la epopeya,
su rastro van dejando Odín y Freya
junto á las aguas de la fuente de Urda.

Un monje, sobre el codice amarillo
deja caer su frente fatigada;
con arresto marcial ciñe su espada,
sediento de aventuras, un caudillo.
Un trovero á las puertas del castillo
canta al són de su cítara acordada;
en el esbelto trazo de una arcada
descarga un alarife su martillo.
Tiende un césar su mano sobre Europa,
y entre el sordo clamor de airada tropa,
coloca sobre sangre su diadema;
y cuando el rumor bélico se apaga,
una mano viril, con una daga,
graba en mármol los versos de un poema.

Genio de lo que fué: por tu camino
una sombra impalpable se desliza.
Igual vaga en el campo de la liza
que en las ruinas de un templo bizantino.
Misteriosa deidad, numen divino
que vibra y canta, evoca y profetiza,
que del tiempo remueve la ceniza
y las nieblas deshace del destino.
Es el hombre-poeta, que, en acecho,
recoge los latidos de tu pecho
cuando á la gloria eterna te sublimas;
el sudor va enjugando de tu frente,
y cubre tu sepulcro, reverente,
con el cendal sagrado de sus rimas.

José Samaniego L. de Cegama

José Samaniego nació en Valladolid, el 7 de Enero de 1878, y comenzó desde muy joven á cultivar la poesía. Los periódicos de Valladolid primero, y los de Madrid y Barcelona después, insertaron sus composiciones, mientras que en los Juegos Florales alcanzaba repetidos triunfos. Publicó con Narciso Alonso Cortés el semanario satírico *Pifartos,* sumamente celebrado, pero que dió grandes disgustos á sus dos redactores, todavía mozalbetes.

Hizo la carrera de abogado en su pueblo natal, y en la Audiencia del mismo, una vez graduado de doctor, desempeñó el cargo de Fiscal sustituto. En Marzo de 1910 tomó posesión del Juzgado de 1.ª instancia de Villalpando, obtenido por oposición.

La poesía *Mi Cristo,* que á continuación se inserta, fué distinguida en los Juegos Florales de Córdoba (1906), con premio extraordinario.

OBRAS

Serio y festivo. Poesías (1895).—*Multicolores*. Poesías (1899).—*Trébol*. Poesías, en colaboración con Perrín y Torre-Ruiz (1902).—*El consejo de familia*. Tesis doctoral (1902).—*El moderno pesimismo* (1903). — *El tonto del pueblo*. Zarzuela (1905).—*Algo sobre la cuestión social* (1906).

Mi Cristo

Para Cristo nací y á Cristo vuelvo.

Enfrente de mi cuna, clavado en duro leño,
las ansias despertando de mi infantil piedad,
guardián de mi inocencia, testigo de mi sueño,
se alzaba el viejo Cristo, un Cristo marfileño,
reliquia veneranda de una lejana edad.

—

La luz amarillenta que junto al Cristo ardía
quebraba en la escultura su trémulo fulgor;
y á su reflejo vago la imagen parecía
cadáver insepulto, que absorta el alma mía
miraba á un tiempo mismo con miedo y con amor.

—

¡Qué bello era mi Cristo! Sobre su frente pura,
signada por la huella del arte medioeval,
un hálito flotaba venido de la altura;
y del marfil lustroso la cándida blancura
prestábale aureola luciente y virginal.

—

De nieve parecía su cuerpo inanimado
que de la cruz copiaba la rígida tensión;
de nieve el noble rostro de espinas circundado;
y, sangre sobre nieve, la herida del costado,
cuyo divino bálsamo dió vista al centurión.

—

Cuando al caer la tarde y al despuntar el día
postrábame de hinojos del viejo Cristo al pie,

mirando sus congojas con ansia le pedía
amar como él amaba, sufrir como él sufría,
morir en el tormento por conservar mi fe.

—

Y mientras á los cielos ingenua y susurrante,
cristalizada en lágrimas subía mi oración,
brillaba de sus ojos el rayo agonizante,
sus labios sonreían, vagaba en su semblante
del ritmo de la vida la plácida expresión.

—

¡Oh sueños venturosos de amor y de ternura,
oh cándidas visiones de la lejana edad
en que nutrida el alma de fe sencilla y pura,
un viejo amigo viendo del Cristo en la escultura,
contábale mis cuitas con crédula piedad!

—

Vuestra nostalgia siento, risueñas ilusiones
forjadas en mi mente del viejo Cristo al pie.
¡Cuán pronto el pecho mío rindióse á las pasiones
y de mi labio huyeron las tiernas oraciones
que me enseñó mi madre para cantar mi fe!

—

Turbada por la duda la paz de mi conciencia,
mi espíritu entre sombras hacia el abismo va.
De la sagrada imagen hoy tiemblo en la presencia;
marchita para siempre la flor de mi inocencia,
mi Cristo marfileño no me sonríe ya.

—

¡Señor, no me abandones! La diestra omnipotente
que el ímpetu refrena del viento y de la mar,
ampare al débil náufrago que las angustias siente
de la infernal vorágine que en torno de mi mente
desátase rugiendo con sordo batallar.

—

Señor: fuí de los tuyos y á Tí volver anhelo,
soy descarriada oveja que torna á tu redil,
mi corazón ansía buscar en Tí consuelo...
Para calmar mis ansias, para templar mi duelo,
¡Señor, que me sonría mi Cristo de marfil!

—

Aquel que ante mi cuna, clavado en duro leño,
por el fulgor bañado de moribunda luz,
guardián de mi inocencia, testigo de mi sueño,
alzaba su imponente contorno marfileño
trazando con los brazos la sombra de la cruz.

Vida nueva

Mi musa rinde su cerviz al tedio;
del prosaico deber sonó la hora
y mi existencia se desliza en medio
de una vulgaridad aterradora.
Si mis ojos se vuelven al pasado
turba la paz de mi vivir mezquino
el lamento de un hombre resignado
á dejarse llevar por el destino.
Como alondra cegada por la lumbre
que lanza el sol en su estival carrera,
quise, cantando, transmontar la cumbre
donde tiene su alcázar la quimera.
Mas de mis alas el polvillo de oro
llevó en su errante batallar el viento
y se extinguió mi cántico sonoro
y el miedo al hambre me robó el aliento.
Hoy á ras de los rígidos trigales
revolotea mi ambición menguada
y son mis más gloriosos ideales
los rubios granos de la mies dorada.

. . . .

Náufrago soy que jadeante toca
en un ignoto litoral lejano
y absorto mira desde ingente roca
cómo traga su nave el Oceano.

La rauda nave cuya quilla breve
surcó el mar de mis sueños juveniles
llevando á bordo como carga leve
las ilusiones de mis veinte abriles.

Una roca que vence á la marea
es el dón que me brinda la esperanza.
En el nombre de Dios, bendita sea,
que la furia del mar ya no me alcanza.

Y pues no ha de volver el bien perdido
y densa bruma en mi horizonte veo,
doy del Dante las glorias al olvido
para ser Robinsón ó Prometeo.

Mi suerte afronto; en el vital combate
debo un arma esgrimir, lira ó esteva.
Rasgue los vientos tu canción ¡oh vate!
yo labraré mi roca: vida nueva.

Zacarías Ilera

Nació en Valladolid, el día 28 de Diciembre de 1879. Obtuvo el título de abogado en Octubre de 1907. En la actualidad desempeña, mediante oposición, un cargo en la administración provincial.

Desde muy joven inició sus triunfos literarios. En los Juegos florales de Valladolid (1906) ganó un accesit por una descripción, en verso, de costumbres populares, y sucesivamente alcanzó nuevas distinciones en otros certámenes análogos.

OBRAS

Iris. Cuentos (1906).—*Amapolas.* Versos, con prólogo de Ferrari (1907).—*Nido sin aves.* Novela (1908).—*De la vida á la estrofa.* Versos (1913).

Romeros del amor

Apoyada en mi brazo la dulce compañera
camina por el soto que va á la romeria,
con más risas que flores tiene la primavera,
con más deslumbramientos que un sol de mediodia..

Bajo la luz gloriosa de los cielos azules,
gocemos la alegría de la tarde de estío,
escuchando la orquesta de los trigos garzules
y el rumor cadencioso de las ondas del rio.

Marchemos con el alma repleta de ideales;
á tu paso la alondra desparrame sus rimas,
y al carmín encendido de tus labios carnales,
se diluya envidiosa la escarlata en las cimas.

Marchemos por la senda bordeada de flores,
absortos, sin fijarnos en yentes y vinientes:
los ojos en los ojos, fulgurantes de amores,
las manos enlazadas y erguidas nuestras frentes.

Y difunda amorosa con su frescor la brisa
de flores que se abren un teocrital perfume;
y al rodar armonioso de tu amable sonrisa,
tu boca toda mieles, en la mía rezume.

Que en tus labios de incendio, pródigos en bondades,
vibre la picardía de los Decamerones,
y que charlen tus ojos mentiras y verdades,
inundando mi pecho de locas ilusiones.

Que en tus claras pupilas quiero aprender virtudes,
cuando allá, en ultramontes, se desvanezca el día;
y cuando el sol se ponga, quiero que te demudes
y me abraces llorando de emoción y alegría.

Que la eterna belleza de la llanura sientas
y en los campos inmensos con fervor te embeleses:
¡mira la roja sábana de amapolas sangrientas,
que es una risotada de alegría en las mieses!...

Que á nuestros alborozos la vega se engalane,
que florezcan las zarzas donde el malvis anida,
y que en las espesuras el ruiseñor desgrane
triunfales epinicios de juventud y vida.

Quiero que, de mi brazo, y embriagada de ensueño,
despliegues á los aires tu cabellera blonda;
y que al ver los hechizos de tu rostro risueño,
se estremezca de amores la lujuriante fronda.

Que tiene tal encanto tu risa cantarina,
que parece que en ella se deshoja un secreto,
y es más rubia tu egregia cabecita divina,
que una rubia cabeza del genial Tintoretto.

Ven á mí, amada mia, bajo el frondoso umbráculo
y entonemos un himno á la Naturaleza,
viendo cómo se extiende el bravio espectáculo
que copia en tus pupilas su esplendor y belleza.

Ven á mí, dulce encanto; no sabes lo que diera
por ver reproducidos esos ojos tan bellos
y esa boca armoniosa como fuente parlera
en el rostro de un niño de dorados cabellos...

Distante de la alegre y ufana romería,
gocemos jubilosos, en nuestro eterno idilio,
la quietud de los campos donde la poesía
es «Bucólica» dulce del poeta Virgilio.

Y cuando tras los montes el padre Sol muriente
camine desangrándose hacia el otro hemisferio,
contempla los celajes de roja luz poniente
que alumbra la llanura sumida en el misterio.

Que la flor de tu boca de bendiciones llena,
beba todo el ozono que difunde la brisa,
y ponga en el amargo sabor de cada pena
la armoniosa dulzura de una sonante risa.

Y que el ensueño de oro de locas ilusiones,
venturas eternales á nuestras almas preste;
y que el ritmo robusto de nuestros corazones
se ajuste á la armonia de la extensión celeste.

Retardemos el paso, que es muy triste el camino
cuando avanza uno solo por la faz de esos mundos;
pero si me acompañas con tu rostro divino,
será el camino corto y las horas segundos.

Que las constelaciones se apaguen en la altura,
dejándonos perdidos en los campos amenos,
y que alumbren la eterna noche de mi ventura
las estrellas brillantes de tus ojos serenos...

Blancura viva

Quebrando los cristales movedizos
de la fresca laguna limpia y clara,
la venus de alabastro se prepara
á bañar sus espléndidos hechizos.

Luce senos redondos y macizos,
ojos zarcos refulgen en su cara,
y en su cabeza de hermosura rara
tiembla un incendio de dorados rizos.

Su cuerpo joven de arrogante diosa
se sumerge en la linfa rumorosa
turbando la quietud de la laguna;

y semeja su espalda nacarina
un témpano de nieve, que ilumina
el haz de rayos de la blanca luna.

Tomás Gutiérrez Perrín

Tomás Gutiérrez Perrín nació en Valladolid el día 31 de Enero de 1881, y en la Universidad de la misma ciudad estudió Medicina. Pasó luego á Madrid para cursar el doctorado, y con especiales aficiones á la Histología, amplió sus conocimientos al lado del insigne Cajal.

Trasladado más tarde á Méjico, se dió bien pronto á conocer y obtuvo distinciones y cargos varios, entre ellos el de profesor de la Escuela Dental y director interino de los Laboratorios nacionales. En 1913 fué nombrado catedrático de Histología de la facultad de Medicina, en la capital de la república.

Actualmente tiene en estudio el bacilo de la lepra, que ha conseguido cultivar.

OBRAS

Trébol. Poesías, en colaboración (1902).—*¡Lo mismo!* Entremés cómico (1906).—*El cabo Noval.* Episodio histórico (1910).

El Castillo de la Mota

Á A. Torre Ruiz

Sobre el candente suelo que doran las espigas
elevan tus murallas su majestad grandiosa,
y en el azul purísimo de un cielo inmaculado
destacas el contorno de tus almenas rotas.

Un pueblo que á tus plantas extiende sus dominios
venera esos despojos, herencia de la Historia,
y mira reflejada tu recia arquitectura
del Zapardiel tranquilo sobre las mansas ondas.

No sirvió tu recinto de señorial morada
á la feudal tutela del débil opresora,
¡tus muros no ampararon la cínica barbarie
del que imponía al pueblo su tiranía odiosa!

Alcázar fuiste un día de aquella reina augusta
que uniendo en los altares en una dos coronas,
como un glorioso timbre de esfuerzo y de grandeza
grabó sobre tu escudo su egregio *Tanto Monta.*

El sol su luz oculta. Trepida en los carriles
el tren potente y raudo que avanza entre las sombras,
y envuelve tus murallas el blanco torbellino
que en espirales de humo de sus entrañas brota.

Como bendito incienso, por las alturas sube
la blanquecina bruma que tus contornos borra.
¡Ofrenda que el progreso dedica en su carrera
al ídolo que encarna la tradición gloriosa!

Íntima

Sin que en mi oido vierta el cariño
sus dulces frases;
sin que en mi frente sienta los besos
de un sér amante;

mísero y solo, sin la esperanza
de que haya nadie,
que ría ó llore mis alegrías
ó mis pesares;

triste en mis glorias y en mis desdichas,
cruzo este valle
cual hoja seca que el viento arrastra...
¡No tengo madre!

. . . .

Cuando en mi lecho, pensando en ella,
mi vida acabe
y ante mis ojos pinte la fiebre
su dulce imagen.

Cuando la muerte reste á mi vida
su último instante
y mi alma vuele, dejando rauda
su estrecha cárcel,

mi despedida para este mundo
nido de males,
será tan sólo:—Gracias Dios mio,
¡ya tengo madre!

Miguel de San Román

Miguel de San Román nació en Valladolid, en 17 de Febrero de 1883. Trabajó durante varios años en la redacción de *El Porvenir* y colaboró en otros muchos periódicos de la región. Obtuvo premios en varios Juegos Florales, y la flor natural en los de Valladolid (1906); en el teatro consiguió repetidos triunfos.

Actualmente reside en Madrid, como funcionario de aquel Gobierno Civil. Colabora en diferentes periódicos, principalmente en *El Liberal.* Su sainete *El bululú* alcanzó el premio en el último concurso celebrado por el ayuntamiento madrileño, y se ha estrenado recientemente, con aprobación unánime del público y la crítica.

OBRAS

Flor de vida. Poesías.—*Almas vulgares.* Comedia en un acto.—*Las alondras.* Comedia en tres actos.—*La décima musa.* Poema en un acto. —*La abuelita Lulú.* Comedia.—*La señora no quiere comer sola.* Comedia, en colaboración con R. Marsá. — *El pájaro verde.* Zarzuela en un acto, en colaboración con I. Alberti.—*El diamante azul.* Comedia en cuatro actos, en colaboración con Alberti.—*El bululú.* Sainete.

El patio de San Gregorio

(FANTASÍA)

A Salvador Rueda

Fué una noche llena de misterios hondos,
una de estas noches del otoño lánguido,
cuando en el ambiente de las calles yertas
tejía la niebla sus vahos.
Sobre las aceras, húmedas y lisas,
sonaban á hueco mis pasos,
y dejaba caer en mi cuerpo
su peso de plomo el cansancio.
Estaba en los cielos tendida la luna,
tendida la luna y soñando,
como una princesa dormida
en espera de un novio romántico.
Al convento vetusto y austero
llegué paseando,
y sediento de brisas de arte
entré en el recinto del patio.
¡Oh, qué fresca lluvia de emociones nuevas,
qué desbordamiento de conceptos altos,
qué visión augusta de ignorados mundos
hirieron entonces mi ánimo!
La luz de la luna serena
marcaba en los ángulos
una línea siniestra de sombra,
y en el fino encaje de piedra labrado
dejaba, como una caricia,
su tibio fulgor verde pálido.

Surgía en el fondo, rotunda y valiente,
la curva gentil de los arcos,
sobre las esbeltas columnas rizadas,
cuyos huecos, en torno girando,
parecían huellas de serpientes hoscas
que trazasen hélices de contornos trágicos.
Al rayo sutil de la luna
las pétreas labores temblaron;
bajo la cornisa quedó, unos momentos,
la cadena de roca oscilando;
soltaron las gárgolas anchas
un chorro de luz, tenue y claro,
y como las fibras de excitada médula
vibró todo el patio.
Ponía la luna galante
su tímido beso callado
en la filigrana de los arabescos
y en la crestería de contornos vagos;
hinchaba los vientres de unas lagartijas,
ardía en el lomo de un gato,
esfumaba el verdín de las losas,
teñía de jalde los pámpanos,
doraba el perfil de una ninfa,
torcía los cuernos de un fauno,
y empujaba á la torpe pareja
de un desnudo clásico
como si agitase sus cuerpos sin vida
el choque sensual de un abrazo.
Un rayo más vivo y más fuerte
surgiendo del núcleo del astro
hizo que se alzasen todas las figuras
como al golpe brusco de un conjuro mágico.
Inclinaron las ninfas airosas
sus cuerpos gentiles y blancos,
y todas las bocas contaban
leyendas de tiempos pasados,

hazañas de heroicos guerreros,
plegarias de místicos sabios,
tormentos de frailes ascetas,
conquistas de reyes-soldados,
crujidos de férreas corazas,
galopes de recios caballos
que iban persiguiendo siempre la victoria
á la sombra santa de flotantes lábaros.
Se escuchaba el batir de las armas,
el chasquido brutal de los látigos,
la arenga del bravo caudillo
y el ruido del viento que izaba penachos,
movía las crines hirsutas,
gemía en los cascos
y en las carreteras, sobre los ejércitos,
levantaba un polvo blancuzco y fantástico.
¡Fué toda una historia gloriosa de siglos,
la epopeya entera del vigor hispano
narrada por gnomos de piedra
en el misterioso recinto del patio...!
Después, cesó todo. Callaron las ninfas,
cesaron los ruidos extraños,
y quedaron las piedras inmóviles
durmiendo su sueño letárgico.

. . . .

Salí. Miré al cielo. Dos nubes
manchaban su pompa con velos grisáceos.
Sobre ellas estaba tendida la luna,
tendida la luna y soñando
como una princesa dormida
en espera de un novio romántico.

Mi eclecticismo

Soy joven y poeta. Castilla fué mi cuna;
he vestido uniforme de soldado español;
y me encanta el misterio de las noches de luna
y la pompa solemne de las puestas de sol.

Me entusiasma la historia de los héroes románticos
y la hidalga bravura del gallardo don Juan,
y por eso en la varia floración de mis cánticos
aletea su espíritu vigoroso y galán.

Una sed de ideales llena mi pensamiento,
y á su conquista corro, con la fe por lanzón;
no sé si son gigantes ó molinos de viento:
sólo sé que el estímulo de mis hazañas son.

Amo la vida. Nunca la sombra de una pena
ennegrece las horas de mi edad juvenil:
para mi dicha bastan una tarde serena,
un manojo de versos y una novia gentil.

Desdeño la amargura de la melancolía,
me aparto del siniestro reinado del dolor;
quiero que en mi camino me guíe la alegría,
que es juventud y es fuerza y es alma y es amor.

Me place el azul limpio del cielo luminoso,
me gozo en la frescura del claro manantial,
gusto la fruta sana del árbol más jugoso
y arranco los capullos más bellos del rosal.

Para mis madrigales corto en el campo flores,
de los panales saco para mis rimas miel;
si quiero epitalamios, voy á los ruiseñores;
si anhelo gloria, busco la sombra de un laurel.

¿Soy romántico? Acaso. No sabría yo mismo
afirmar si padezco tan grave enfermedad.
Bien haya esa dolencia; que en el romanticismo
pueden las ilusiones más que la realidad;

y es grato cuando llegan brumas de desconsuelo
que atrofian la energía y matan la ilusión
dar un impulso al alma para batir el vuelo,
y que en sus alas suba gozoso el corazón.

Rindo á la Poesía honores de realeza;
el culto al Arte inunda de claridad mi sér;
sobre todas las cosas adoro la Belleza,
y de todo lo bello prefiero á la mujer.

Soy ecléctico. Elijo lo bueno de la vida.
Un poco reflexivo y un mucho soñador,
voy—aunque no soy sabio—por mi *senda escondida,*
opulento de sueños y mendigo de amor.

Y sueño en una musa con cuello de paloma,
en cuyos besos halle delicias y quietud;
que en mi espíritu vierta, como cálido aroma
de azucena sin mancha, toda su juventud.

Que á mis caricias tienda sus brazos ondulantes,
y toda su hermosura tiemble y deshoje amor,
como al soplo halagüeño de las brisas errantes
tiemblan todas las ramas de un limonero en flor.

Poner á los pesares un gesto de ironía,
ese es el gran secreto de la felicidad;
—y conseguir que reine triunfante la alegría,
se logra con un poco de buena voluntad.—

Soy propicio á la vida; mi voluntad es buena...
¿Por qué no ser dichosos, si en la edad juvenil
para serlo nos bastan una tarde serena,
un manojo de versos y una novia gentil?

Esteban Clemente Romeo

Nació en Valladolid, el 3 de Agosto de 1887. Estudió Medicina con brillantes notas, y fué alumno interno, por oposición, en el Laboratorio de Histología, Anatomía patológica y Bacteriología.

Su afición á las bellas artes le llevó á cursar pintura y escultura en la Academia de Valladolid.

Actualmente ejerce su profesión en la villa de Hoyos (Cáceres).

OBRAS

Versos de la Aurora (1907).

Locura de amor

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

¡Pobre madre! duerme con la faz serena,
que fué reposada su dulce agonía;
guardan aun sus labios muecas de oraciones,
y sus brazos guardan, rígidos y yertos,
el cariño ignoto que en sus ilusiones
revivía loca con halagos muertos...
Corona de santa su rostro lucía...
¡rostro de una mártir adorable y buena!

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

Tenía un infante de rubia melena
en cuyas pupilas el cielo reía...
¡Era como un astro de sutil blancura!
¡como flor de estío que en los campos mora!
Y aquel tierno infante de noble hermosura
—lucero de amores, flor encantadora—
una tarde triste de nostalgia plena,
voló con el ángel al morir el día...

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

La madre angustiada contempló la escena:
fué su niño al cielo cuando el sol moría...
y al ver á las flores cerrar sus capullos,
y al ver á las aves caminar al nido
y á los arroyuelos callar sus murmullos,
creyó que dormía su infante querido...
¡Y esperó la madre, de cariños llena,
una nueva aurora que no nacería!

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

Creyó que su infante de rubia melena
gozoso á sus brazos con el sol vendría...
Y llegó la aurora plena de colores,
y los pajarillos surcaron los cielos,
y abrieron al día su cáliz las flores,
y gluglutearon claros arroyuelos...
volvió con las luces la vida terrena...
¡Sólo el niño rubio ya no volvería!

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

Una tarde augusta, plácida y amena,
marchó por los campos loca, en su manía,
y al morir las luces allá en lontananza
creyó ver la imagen del hijo adorado
que prendió en su pecho lumbre de esperanza...
Y en un grato ensueño, noble y reposado,
rompió de la vida la dura cadena
y voló con su hijo cuando amanecía...

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

¡Pobre madre! duerme con la faz serena,
que fué reposada su dulce agonía;
guardan aun sus labios muecas de oraciones,
y sus brazos guardan, rígidos y yertos,
el cariño ignoto que en sus ilusiones
revivía loca con halagos muertos...
Corona de santa su rostro lucía...
¡rostro de una mártir adorable y buena!

Dicen unas gentes que murió de pena
y otras aseguran que fué de alegría...

Humildad

Clavó en el cielo su mirada pura
el buen anciano que cruzó la senda
sembrada de amargura..
¡flor de su ofrenda!

Y en tanto que descansa en el camino
junto á rústica fuente solitaria,
musita el peregrino
dulce plegaria...

—Señor: yo soy aquel aventurado
a quien diste tu amor, que es infinito,
tu corazón amado,
tu pan bendito...

Esclavo de tu amor nací á la vida
como nacen los frutos de las flores...
¡Hice senda florida
con tus amores!

Y fué tu corazón para mi humano
y en tu nombre di el mio que sangraba...
¡Se le ofreci á mi hermano
cuando lloraba!

Y el pan que por tu amor yo recibia
lo regaba tres veces con mi llanto,
¡porque de ti venia
tres veces santo!...

Y, hoy, Señor, á ti acudo en esta calma
que parece de muerte y es de vida...
porque llevo en el alma
profunda herida...

Esclavo de mi espiritu, fuí al llano
dejando tras de mi regias ciudades,
que es mi pecho oceano
de tempestades...

Creó mi amor espinas, nunca flores...
Sufri... Te amé, Señor... ¡Rosas divinas
hicieron tus amores
de mis espinas...!

Sangrante el corazón fué humana fuente...
Sufri... Te amé, Señor... Y senti frio
pensando amargamente
que no era mio...

Y fué el pan que me diste abandonado...
Sufri... Te amé, Señor... Y hoy te bendigo,
que él es santificado
¡y lo harás trigo!...

Señor, Señor, porque tu amor redime,
al cruzar esta senda, triste y viejo,
en tu mano sublime
mis penas dejo...—

Calló el anciano, prosiguió el camino,
buscando hacia el oriente su consuelo:
el sol de su destino...
¡la paz del cielo!

Fermín Pérez Menéndez

Fermín Pérez Menéndez nació en Valladolid el día 7 de Julio de 1889. En la misma ciudad cursó el bachillerato y la carrera de Derecho.

Fundó, siendo todavía estudiante, una especie de ateneo ó tertulia literaria, á la cual asistían varios catedráticos, poetas y escolares, con objeto de discutir semanalmente un tema literario, jurídico, religioso, etc.

Colabora en diferentes periódicos de Madrid y provincias.

OBRAS

Auras Castellanas. Poesías.—*Ondas de luz*. Id.—*Lugareñas y Campestres*. Id.

¡Sursum, Castilla!

Región preclara de idioma de oro,
de estirpe ilustre, de suelo santo:
¡soy hijo tuyo, cual tal te adoro!
¡soy hijo tuyo, cual tal te canto!

Solar insigne, viril Castilla,
alma del noble pueblo español
de cuyos lauros la gloria brilla
con resplandores de eterno sol.

A tu aurea historia vuelvo los ojos
y, al verla henchida de egregia fama:
¡salve, Castilla!, lleno de hinojos
y arrebatado mi pecho exclama.

Fué tu pasado tan venturoso
como pujante fué el idealismo
que te inspiraba lo generoso
de las empresas de tu altruismo.

Cuando influían tus soñadores
que en pos andaban de las quimeras,
dulce Castilla de mis amores,
¡cuán victoriosa, cuán feliz eras!

Ya que hoy te afligen mil desventuras
á erguir tu espiritu pronto disponte;
jamás olvides que tus llanuras
dominan siempre claro horizonte!

Con vigoroso romanticismo
reanuda el fasto de tus hazañas.
¡La fe sublime del heroismo
fluya de nuevo de tus entrañas!

...Y si con bríos tus pasos guías
siguiendo firme tu derrotero,
serás tan fuerte como en los días
de las proezas del Romancero.

Del que te aliente la voz escucha.
Sacude el tedio que te mancilla.
¡Trabaja y lucha!
¡¡*Sursum,* Castilla!!

La Poesía

Del cielo fluyes, y de Virgen tienes
la pureza, la gracia y la dulzura:
¡la triple encarnación de la hermosura
y el más feliz de los humanos bienes!

La esencia derramando de quien vienes,
del triunfo estás en posesión segura;
que, á la par que proclaman la ventura,
el amor y la fe son tus sostenes.

No es tu belleza la del astro errante
que la sombra de súbito ilumina
con llama tan fugaz como brillante.

Eres eterno sol que no declina.
Un sol de esplendidez, siempre radiante.
Un sol de perfección, siempre divina.

Francisco Gómez Mollá

Nació en Valladolid el 2 de Diciembre de 1895. Estudia 2.º curso de la Facultad de Derecho.

Sinfonía breve

¡Alegría!... La mañana
tiene un azul de quimera.
Huele á fragancia temprana
el verdor de la pradera.
¡Ya llegó la Primavera!
Florecieron los espinos
con sus rosas...
Los caminos
se pueblan de peregrinos...
Los parques de mariposas...
¡Ya tienen alma las cosas!
Preludian los ruiseñores
sonatinas.
Hay un renacer de flores
y de fuentes cristalinas...
Llegaron las golondrinas
cantando nuevos amores...
Y parece
que contemplando el color,
el dolor
rápido se desvanece...
Y hasta el sabio y el asceta
abren su alma á la ilusión...
¡Todos tienen corazón
de poeta!
¡Primavera!

¡Oh la divina quimera
de esta mañana tan clara
que bajo el sol se desflora!
¡Alma mía!
¡Ya era hora
que à nosotros nos llegara
la alegria!

El silencio de las horas

¡Horas dolientes de los ensueños,
que en el silencio de augusta calma
traéis al alma
las alegrías de los risueños
días pasados llenos de amor!
Sois las saudades más bienhechoras.
Sois las auroras
consoladoras
de mi dolor.
¡Oh, dulces horas!
tan melancólicas y taciturnas
que á mis nocturnas
meditaciones,
traéis las tristes evocaciones
de mis pasiones,
cuando en mi espíritu no hay ilusión.
Vuestro silencio, que es tan amigo
de la tranquila meditación,
es el testigo
que nos delata con su presencia:
es el martirio de la conciencia
y el enemigo del corazón.

Horas dolientes de misticismo:
¡Sois el abismo
donde concluye mi pesimismo!
¡Horas de vida triste, encantada,
en donde teje la dulce amada
su melancólico romanticismo
sobre la rueca de la Ilusión!
Vuestro silencio —sombra de muerte
que el sueño cuida del cementerio—
es la tragedia que hay en mi suerte
y es el misterio
que martiriza mi corazón...

ÍNDICE

Páginas

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN LA TIPOGRAFÍA DE LA VIUDA DE MONTERO

EL DÍA 1 DE JUNIO

DE MCMXIV





2,50 PESETAS

